

:: EL GENERAL ::
PRIMO DE RIVERA

La muerte imprevista del general Primo de Rivera ha producido hondísima impresión. Figura preeminente, aureolada durante muchos años por la popularidad; más soldado que político, y soldado siempre cuando se trató de defender ó ensalzar la Patria, al morir lejos de ella, pasados el esplendor del triunfo y las asechanzas del dominio, encuentra en la hidalguía del pueblo español el homenaje de sincero respeto y de cordial simpatía que merece y al que «La Esfera» se une de corazón. (Fot. Franzen)

DE LA VIDA QUE PASA

De las cumbres del poder á la nada de la muerte

Lo inesperado ejerció un raro designio en la vida entera de este hombre que acaba de morir, descendido apenas de la más alta cumbre que ha existido en nuestro Estado. En los validos de reyes absolutos, que dispusieron de poder semejante—Lerma, Olivares ó Godoy—había algo de clandestinidad, de ocultación, de favor inconfesable. En Primo de Rivera, no. Asaltó el cargo de gobernar como asaltara antaño las guaridas cabileñas en las quebradas tierras de Melilla; se apoderó del mando y dispuso á su voluntad de España, durante seis años, como mejor le plugo, sin más norma legal ni más traba que el de su propia intención, y en pleno afán de comunicación con las muchedumbres. La caída inesperada había de corresponder á lo inesperado de la exaltación, á lo inesperado del mantenimiento en el Gobierno, prolongado de plazo en plazo, y á la crueldad inesperada con que la muerte se le ha acercado y rendido, en la expatriación, en el cuarto de un hotel, en la soledad de un momento de abandono...

Ya los biógrafos han recordado estos días la vida entera de este hombre, llevado á la pública notoriedad desde muy joven. Sin embargo, en el juicio de las gentes, su personalidad de militar, que luchó en nuestras guerras coloniales y de expansión, y de político que llegó á exponer en el Parlamento la idea del abandono de Marruecos, se borra y desaparece ante su acción de gobernante desde el famoso 13 de septiembre. En este aspecto, la muerte misma no ha logrado poner un final definitivo á este período histórico, ni logrará en mucho tiempo hacer que deje de figurar el nombre de Primo de Rivera en las contiendas de la política española.

Se atribuye á uno de sus hijos esta afirmación: «¡Lo han matado!» Se refería á las circunstancias, inesperadas para él, en que se produjo la crisis que lo arrancara de la gobernación del Estado; de tal modo se creía vinculado al ejercicio del poder público, cuya sucesión imaginó poder reglar y condicionar. Optimista por temperamento, acostumbrado al halago del azar propicio, fiado de su simpatía conquistadora de voluntades, había olvidado la trágica evocación de aquel pregonero de la caída y castigo de don Alvaro de Luna: «Esta es Castilla, que hace los hombres y los gasta.»

Encumbrado, se vió rodeado de amigos y loaders. Hombres de Derecho y hombres de letras; gentes que habían figurado con idearios liberales, le rodearon y se le ofrecieron para ayudar á quien llegaba al Poder por un acto de fuerza y había de instituir el Gobierno de fuerza y de juicio personal, por encima de toda ley, que es una dictadura. Su mucha bondad se vió en cerco y en asedio de cargos, de destinos, de beneficios. Y en las provincias que están corrompidas, envenenadas de favor político, se le ofrecieron los partidarios á cientos de millares y se le alucinó con la comedia de los Comités y las Juntas, á cambio de las alcaldías y las con-



Uno de los últimos retratos de don Miguel Primo de Rivera, hecho en París

cejalías, que son la máscara de los antiguos cacicatos. Cuando viajaba, se le preparaban recepciones fastuosas y alucinantes, y el pueblo le seguía como á un taumaturgo, que realizaba el milagro de transformar á España, sin que España tuviera que hacer esfuerzo, ni trabajo, ni sacrificio alguno para transformarse.

Primo de Rivera creyó efectivamente en la realidad que se aparecía á sus ojos y que él reproducía en sus notas oficiosas con indudable sinceridad. España entera, salvo un centenar de inadaptados y de extravagantes, le seguía, le apoyaba, le incitaba á seguir aplicando á la nación, no curada aún, su terapéutica dictatorial. Y he aquí que planteada la crisis, Primo de Rivera advirtió que había estado viviendo un ensueño; que esta España de los Comités y las Juntas y las recepciones ha creado una ficción de opinión frente á la ficción de Derecho y de respeto á la legalidad que constituye el viejo régimen. No se sabe quién, si el pueblo ó la oligarquía, engaña mejor á quién. Quedó en soledad y fué esta soledad precursora de su muerte. Así, con razón, puede repetir su hijo: «Lo han matado.»

Si la muerte no pusiera limitaciones á nuestro juicio, temeroso de parecer y aún de ser apasionado é injusto, yo recordaría con qué confiado ardimiento comenzó este hombre su conspiración contra los partidos y contra el régimen en cierta casa de la calle Fernanflor,

frente por frente de las ventanas del despacho de Secretarios del Congreso, bastante antes de que se eligieran las Cortes que plantearon el problema de las responsabilidades, en el doliente otoño de 1921. No fué, pues, la Dictadura una improvisación, sino el término de un largo proceso, en el que muchos colaboraron. Y luego, triunfante, se trocó de intento de rápida depuración en cansina obra política, por alentamientos de esa España logrera que ha hecho de los partidos negocio y oficio y de esa España inconsciente que vitorrea á todos los triunfadores.

Aparte el restablecimiento del orden en Cataluña y en Marruecos, que eran nuevas acciones de Gobierno, no quedará nada de la obra política que Primo de Rivera, alentado por aquellas interesadas sugerencias, intentó realizar. Pieza á pieza se desmontarán los organismos que creara; pasarán al panteón de la *Colección Legislativa* las numerosas disposiciones que imaginaron su arbitrio y su paternalismo, que creían tener fáciles soluciones para los más arduos problemas, y los servidores de la Dictadura emplearán su actividad en loa y enaltecimiento de nuevos señores.

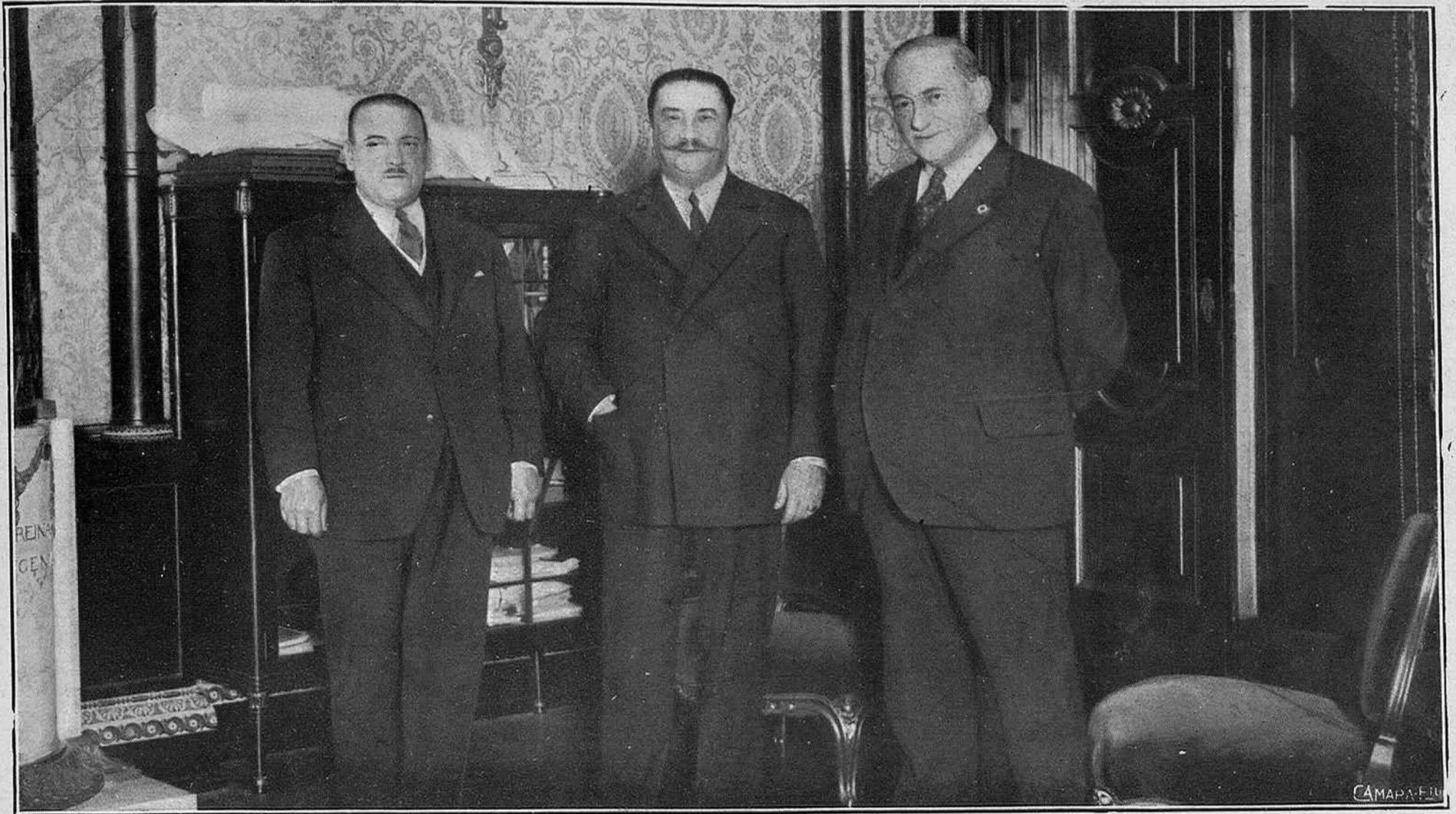
Hay, sin embargo, en el desenlace que lo inesperado ha puesto á esta vida, una lección que la realidad brinda á la conciencia española: la de la ineficacia de querer seguir teniendo á la nación en este régimen de artificialidad, de preconcebimiento, de normas que España no se ha dado, sino que le han sido impuestas por una deplorable tradición. Basta ya de querer hacer una Es-

paña á la medida de prejuicios, como los que indujeron á Primo de Rivera. Es preciso que España se haga á sí misma, en plena libertad.

La realidad de este derrumbamiento, al que ha puesto término misericordioso la muerte, contiene otra lección también: la de la ineficacia de la arbitrariedad como procedimiento de gobierno. Este hombre alegre, optimista, generoso, arriesgado en las batallas, afortunado en la vida, pudo ser un gobernante bien considerado en la Historia y dejar tras de sí una labor beneficiosa; no se recordará de su empeño político, sino la coacción de la Censura, mantenida seis años, la organización policíaca, las detenciones caprichosas, las multas extralegales, el desorden en los gastos, el aumento de deuda, el favor dilapidado con generosidad no agradecida...

Sin duda, la visión de todo esto recobrada rápidamente en los días que siguieron á su apartamiento del Poder, en su viaje á Cataluña, en su soledad del hotel parisino, rindió su cuerpo enfermo y llamó á la muerte... Y murió como si quisiera prestar á la patria, que amó sin duda con equivocados conceptos, este último servicio de ofrendarse como lección y ejemplo que incline á otros hacia la práctica de más útiles justicias.

DIONISIO PEREZ



El general Primo de Rivera en el momento de resignar el mando. A su lado, los generales Berenguer y Martínez Anido

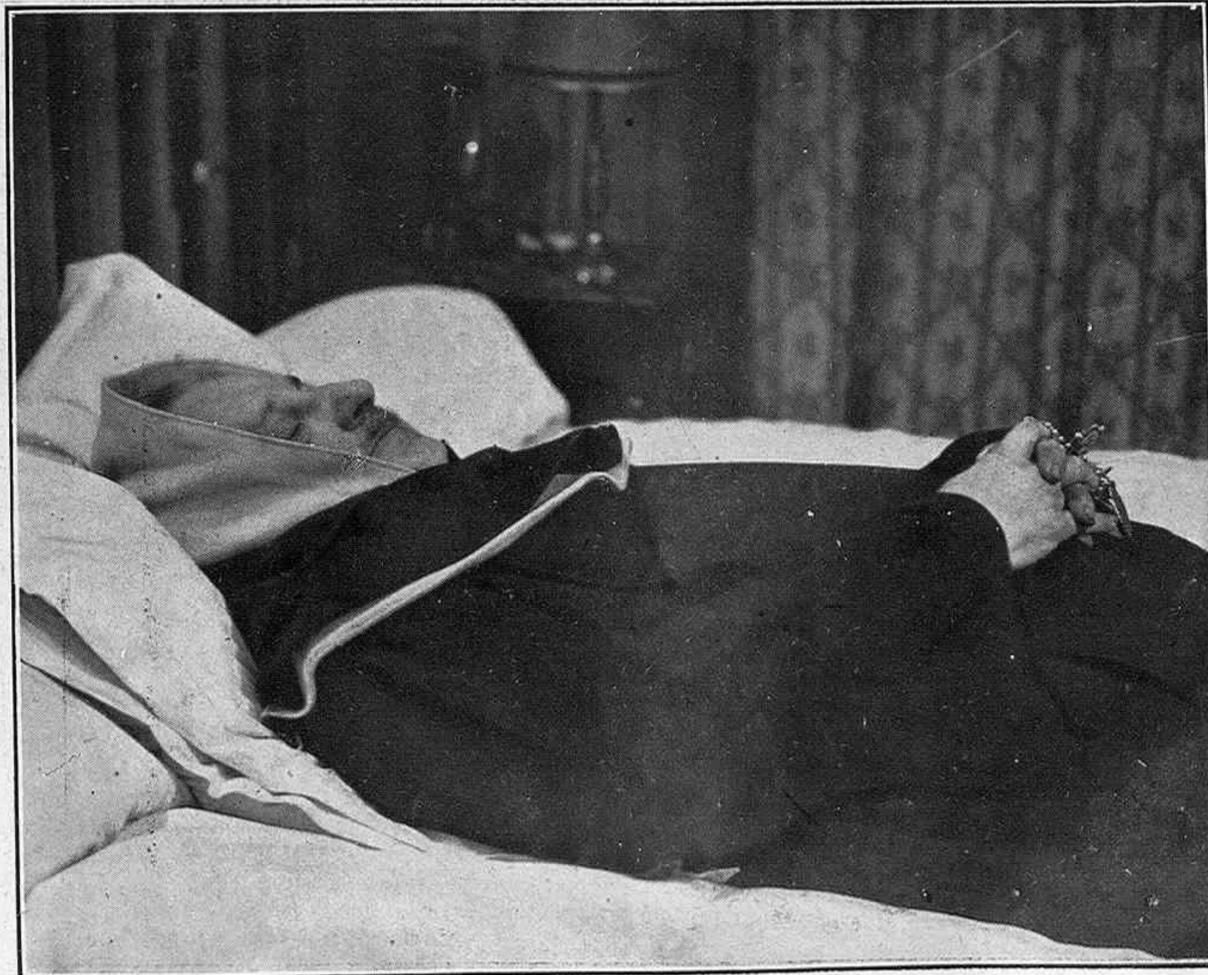
EL FINAL DE UNA VIDA ANTE EL CADAVER DEL EX DICTADOR

EL general Primo de Rivera ha muerto súbita, inesperadamente, cuando se preparaba a someterse a una cura que había de devolverle completamente la salud.

Las previsiones médicas no son, desgraciadamente, suficientes para precaver esos desenlaces fulminantes de procesos patológicos que muchas veces sólo por ese final trágico se hacen conocer. El mismo enfermo se sentía mejor cuando tenía la muerte más cerca y seguramente ni aun en el momento supremo pudo darse cuenta de la inminencia del peligro.

Es insidiosamente cómo las embolias llegan a truncar una vida, y así ha sido cortada la del general Primo de Rivera.

Tal vez en la evolución final de esos males tenga una parte fundamental, y quizá decisiva, el estado psíquico, moral, del enfermo. En ninguna en-



El general Primo de Rivera, en la capilla ardiente en París

(Fot. Marín)

fermedad debe ser totalmente descartado ese elemento, que, sin embargo, no siempre es tenido en cuenta.

El estado de ánimo del ex dictador, determinado por su dimisión, con la consecutiva transmisión de poderes al general Berenguer, y por su total cambio de vida al pasar desde los esplendores del Poder a una *chambre* modestamente elegida por su propia voluntad, en un hotel parisino de segundo orden, forzosamente había de determinar cambios bruscos en la manera de ser y de pensar del ilustre soldado.

El mero cambio, tan absoluto y total, de vida, pudo producir cambios orgánicos trascendentales que coadyuvaran a la evolución del mal. No sería necesario más para explicar fenómenos en cuya producción pudieron influir, además, como causas determinantes, los trastornos morales.

CAMARA-FILM



El general Primo de Rivera, con los miembros del Directorio Militar, en el Ministerio de la Guerra, al llegar á Madrid después del golpe de Estado (Fot. Díaz Casariego)

Seis años de poder son muchos años de vida

SEIS años en el poder! Para los hombres roídos por la ambición de mando y de dominio pueden ser un ideal, sobre todo si el poder es omnímoto, el dominio absoluto y al mando va fatalmente uni-

da la obediencia. Seis años de poder vistos desde la galería, juzgados por las apariencias externas solamente, pueden ser, aún para los menos ambiciosos, algo muy apetecible; pero en eso como en to lo y más



El general Primo de Rivera, despachando con el Rey en los primeros días de actuación de la Dictadura



El general Primo de Rivera en Alhucemas



El general Primo de Rivera firmando el tratado hispano-francés

quizás que en todo es torpe dejarse engañar por las apariencias siempre falaces; seis años de poder son al mismo tiempo seis años de responsabilidad, seis años de obsesión constante que gravitando obstinadamente sobre el espíritu minan, solapada, insidiosamente, el cuerpo y finalmente le derrumban totalmente, agotadas sus energías, en una lucha callada, sin belleza externa, tenaz y constante, en la que, al cabo, hay instantes en que se anhela, como una redención, ser vencido.

Todos los halagos, todas las embriagueces del triunfo no bastan para compensar esa angustia perseverante y despiadada; obran todo lo más como anestésicos, adormecen la sensibilidad, la dan reposo, breve siempre, pero cruel, porque, al fin, la sensibilidad acrecentada, hace sentir el peso como más abrumador aún.

Quien lo dude, busque en las diversas fotografías que publicamos la huella del tiempo y las verá acrecentadas, mucho más hondas, porque sobre cada día, sobre cada instante pesa una preocupación honda, la conciencia de la responsabilidad acrecentada por la omnipotencia y que un momento



El general Primo de Rivera, según el último retrato, hecho en París

culminante de su dominio hizo encanecer rápidamente al general Primo de Rivera.

Comparando al dictador al llegar a Madrid y ponerse al frente del Directorio militar para comenzar la obra de gobierno, con el dictador en Alhucemas y con el general Primo de Rivera alejado pocos días, horas, antes del poder, se siente toda la tragedia de esa doble vida en que el hombre va entregando, poco a poco, su existencia á cambio quizás de un puñado de ilusiones efímeras, fugaces.

De un hombre fuerte en la plenitud de vida, ante el cual una existencia sin cuidados ni preocupaciones parecía abrir un amplio horizonte de longevidad, seis años de poder hacen un viejo caduco junto al cual se presiente ya la silueta trágica de la intrusa.

Y efectivamente, la muerte está allí segura de su presa; el corazón que latió generoso, audaz, amador, late ahora sin fuerzas y empuja por la intrincada red vascular el émbolo que en un instante cegará y cortará la existencia.

Seis años de poder son muchos años de vida; ¡y si al cabo fueran de vida feliz!

SANTIAGO HERRERA

LA SEMANA TEATRAL

«La Nazarita» ✧ «La rosa del azafrán» ✧ Más zarzuelas

COMO es de suponer, la semana teatral ha sido completamente lírica: los teatros de verso no han ofrecido ninguna novedad; y en cambio, hemos tenido dos estrenos líricos, un traslado de Compañía lírica y dos debuts de Compañía de zarzuela también, aunque de géneros distintos, una en Eslava y la de Casals, en Fontalba.

Hablemos solamente de los estrenos; *La Nazarita*, zarzuela de López Núñez y Moya, con música de Villa, aunque, como en todos los casos de obras líricas, valdría más decir zarzuela de Villa, con letra de Moya y López Núñez, y *La rosa del azafrán*, zarzuela de Guerrero, con libro de Fernández Shaw y Romero.

En este caso concreto, el orden de factores sí altera el producto: en las zarzuelas, lo más importante, y cada vez en mayor escala, suele ser, naturalmente, la música; pero de ahí resulta la modificación del producto, porque el libro pasa a segundo lugar y no sin detrimento.

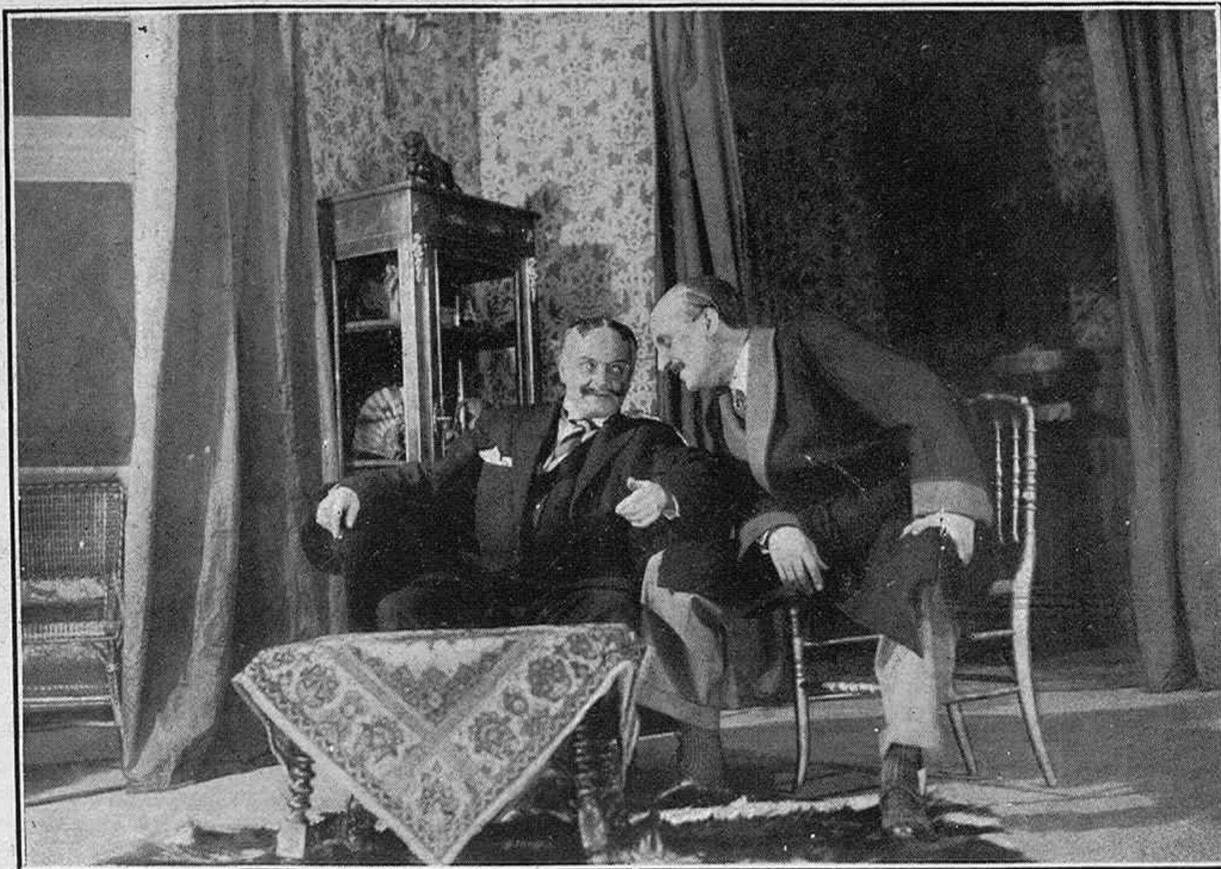
La zarzuela ha venido a ser un género especialísimo en que por ninguna parte se ve cómo han ido evolucionando la música por un lado y la literatura por otro. Es un género que se plantó, cuajado en moldes que eran muy gratos en tiempos infinitamente mejores para el teatro lírico español: en los tiempos remotos de «Jovellanos».

De esa detención resulta que los libretistas de zarzuela, en general, continúan aún, con cerca de un siglo de retraso, escribiendo libros a la manera de Scribe, como si esos libros que «se llevaban» entonces en todos los géneros de literatura dramática, hubieran sido únicamente libros para zarzuela, y ellos fueran la característica del género.

A ese tipo de libros hay que juzgarlos, para ser relativamente justos, con un criterio coetáneo de su molde. De otra manera, su defecto inicial, generalísimo, parece un defecto ó mejor una serie de defectos particulares, y puede resultar absolutamente inadmisibles lo que forzosamente y mientras no se cambie el criterio inicial habremos de admitir, so pena de renunciar completamente, ó poco menos, al género lírico.

Tal es, por ejemplo, el caso de *La Nazarita*, zarzuela estrenada en el Circo: su libro es scriberiano (valga la palabreja) y sólo juzgándole con un criterio de los tiempos de Scribe puede ser rectamente juzgado.

Con ese criterio cabe decir que está bien: suficientemente melodramático y por lo tanto interesante, desde el punto de vista de la curiosidad, inferior si se quiere; pero que aún se lleva



Una interesante escena de la obra «Manos de plata», original de Francisco Serrano Anguita, estrenada con gran éxito en el Teatro Lara, y en la que el gran actor Manolo González obtiene unos de sus más resonantes triunfos (Fot. Piortiz)

en el teatro; tiene, además, la condición propia de los libros de zarzuelas: da al músico las ocasiones indispensables para hacer números de conjunto más propicios a la música moderna, y números de divo, más apropiados para caer en arcaísmo musical si miramos a la música desde un punto de vista que no sea el propiamente zarzuelero.

Así, pues, el libro de *La Nazarita*, específicamente y dentro de su género, está bien; genéricamente ya no podría decirse otro tanto; pero esto ya no es culpa de los autores sino del ambiente zarzuelero en que han tenido que moverse al hacer su obra. Fuera de él y sin la presión de la rutina, seguramente hubiesen hecho algo que, no sólo específica, sino también genéricamente hubiese sido digno de aplauso.

po, ennoblecido por el buen gusto de los autores, que ha reducido a un minimum lo melodramático y ha dado más importancia al ambiente, estudiado de un modo directo en la realidad.

No es que falten en la nueva zarzuela del maestro Guerrero los momentos «de divo», es decir, los de una exaltación dramática—más ó menos natural y lógica—que permita romanzas y dúos de amplio diseño; pero los autores del libro disimulan suficientemente la razón de ser de esos números y de ese modo resultan menos desagradables.

Tienen los libros de ese género una indiscutible ventaja que se vió muy patente en *El caserío*: permite hacer música más española, buscando los elementos populares y tratándolos como esos elementos merecen.

En *La rosa del azafrán*, esos elementos son manchegos, seguidillas, jotas castellanas. El maestro Guerrero los ha utilizado muy hábilmente en los números de conjunto y ha trazado sobre ellos, muy hábilmente, los diseños melódicos de los números de divo.

El público, ahora, como ante *El caserío*, oyó la partitura con mucho gusto y aplaudió calurosamente la mayoría de los números, oyéndolos dos veces. Los aplausos fueron también para el libro que, en conjunto, está bien, y para los intérpretes, y muy singularmente para Felisa Herrero, gran cantante; Sági Barba, siempre el mismo; Ramona Galindo, excelente característica; María Téllez, José María Alba y algunos más.

Ahora bien, ¿por qué el público musical tiene un criterio distinto y más viejo para juzgar música dramática que para apreciar música sinfónica?

ALEJANDRO MIQUIS



Final del primer acto de la zarzuela «La Nazarita», original de Francisco Moya Rico y Juan López Núñez, música del maestro Villa, estrenada con gran éxito en el Teatro Price (Fot. Díaz Casariego)

¿CRÓNICA SOCIAL Ó CRÍTICA DE ESTRENO?

« ACUARELAS »

REVISTA EN TRES ACTOS, SUBDIVIDIDOS EN QUINCE CUADROS, ORIGINAL DEL CÉLEBRE COMPOSITOR CHILENO DON OSMAN PÉREZ FREIRE, ENVIADO EXTRAORDINARIO DEL GOBIERNO DE CHILE EN LA EXPOSICIÓN IBEROAMERICANA

Dirección artística, coreográfica y escenográfica: Señorita Mimo Moreno Osorio y señores Conde de Yebes, Ramón Maura y Pedro García de Arribas.

Principales intérpretes: Quince muchachas de la aristocracia.

VEINTITRÉS de Febrero de 1930. El duque del Infantado, su gentil poseedor, reinagura el suntuoso Teatro Calderón, en esta noche de gala. Asistentes: todo ese conjunto de personalidades, femeninas ó masculinas, cuyos brillantes apellidos son prestigio de la Corte de España. El inusitado esplendor de la sala acentuase paulatinamente de maravillosas *toilettes*, alhajas deslumbrantes, ojos bellísimos.

Expectación. Compases vibrantes de la *Marcha real*. Cuando la Real Familia aparece, la unanimidad de espectadores—está completo el Teatro Calderón—les rinde una continuada ovación.

Penumbra progresiva. En un jardín de ensueño, bajo la guarda de la Luna, unas rosas primorosas juegan sus pétalos en armoniosa danza sonámbula: Belén y Mercedes Amézaga, María y Pilar Crespy de Valldaura, Pepa Chávarri, María Jura Real, María Lola Liniers, Carmen Moreno Osorio, Lili Pérez Freire, María Luisa Mendoza Cortina, Belén Villacieros y Pilar Alvear que, en sueños, canta, por todas, su nostalgia.

Después, Regina de la Mora es la eurítmica bayadera que, en sombra chinesca, luce su gracia desenfadada y su arte delicioso.

Luego, *En el molino...*, á la hora de la tarde en que se esconde el Sol, narra la molinera la historia de sus amores idos á las felices molineritas del contorno. La entristecida molinera es Lili Pérez Freire, y las dos hermanas de Crespy de Valldaura, María Luisa Mendoza Cortina y Lulú Valdés Fauli, las lindas campesinas.

Tres *Muñecas* adorables, María Lola Liniers, Carmen Moreno Osorio y Belén Amézaga—porcelana de China—, cometen graciosa y rítmica escapada al escenario desde sus cajas de frágil condición.

Mimo Moreno Osorio, prodigiosa silueta en robe púrpura, de soberana distinción, baila impecablemente, maravillosamente, un *vals* que



«Sólo fué una ilusión». Es un jardín de ensueño, sus pobladoras todas rosas...
(Fots. Marín)

es envidia y espejo de la profesional más depurada.

El eterno y moderno Pierrot. Meche Pérez Freire, Pilar Alvear, el marqués de Bolarque y José Gros, secundados de nueve Colombinas—*toilettes* y peinados originalísimos—, miman y bailan insuperablemente la más deliciosa comedieta.

A un cuadro de verdadero ambiente romántico—canzonetas clásicas y trovas de amores, minués ceremoniosos, ¡1830!—, sucede bruscamente—1930— el *jazz-band* de «Six Gray Players». No obstante, María Lola Liniers, Belén y Mercedes Amézaga, Carmen Moreno Osorio nos reconcilian absolutamente con el desarticulado *charleston*. Es *Ayer y hoy*.

Hay una parte de concierto, un *Coro casi ucraniano*, de efecto dinámico é interpretación de la más aguda comicidad: tangos por la Orquesta típica «España-Argentina», música de saxofón por los «Six Gray Players» y una *marcha final* á cargo de once disciplinados marineritos, cuya orquestación y movimientos son, con *El*

eterno y moderno Pierrot y *Ayer y hoy*, lo mejor de la obra.

Pero olvidábamos, á conciencia, lo principal. El autor de esa canción de fama mundial que es el *¡Ay, ay!*, también el autor de la revista, tiene dos hijas, Lili y Meche Pérez Freire, quienes, acompañadas al piano por su madre, doña Adela de Lara de Pérez Freire, ó ellas mismas por sus guitarras, entonaron prodigiosamente diversas canciones originales de su padre. Aplausos toda la noche brindáronse con merecida y justificada largueza á los felices intérpretes é inspirado autor; pero el suceso máximo de la jornada lográronlo estas chilenitas que todo lo reúnen: gracia, belleza, inteligencia, distinción, sentimiento delicadamente emotivo, ¡arte! Un tango-canción, *Mujercita*, alcanzó una ovación inenarrable.

Del entreacto, doblemente disfrutado, faltó tiempo en el primero para admirar á la Reina de España y á sus hijas, las Infantitas Cristina y Beatriz; en el segundo no quedaba tiempo para anotar nombres. Sirva por todos—símbolo de la mejor entre las mejores—, por las damas, la duquesa de Santa Cristina; por las muchachas, la marquesita de San Nicolás. ¿Qué adjetivo más exacto ó cumplido que la necesidad de recordarlas?

Noche de gala en el Teatro Calderón. Un éxito para los organizadores y unos miles de pesetas á beneficio del Hospital del Niño Jesús.

Pienso que la vida, las preocupaciones sociales no debieron trocar el destino de esas señoritas que llevan los apellidos de Liniers, la Mora, Pérez Freire, Moreno Osorio, Amézaga... Excepcionales triunfos les aguardaban si el arte las hubiera exigido para sí.

Fiesta de juventud. Ese tango-canción la considera cuán efímera:

*Mujercita, mujercita,
pasaste toda tu vida
sin querer;
tu belleza está marchita
y murió todo tu encanto
de mujer.*

*Tu silueta ya es de ayer;
apenas tiene un buen lejos
«tom success»,
recuerdo viejo,
¡y ya no hay nada que hacer!*

LUIS FRANCO DE ESPES

(Barón de Mora)



«En el Molino...» El tiempo ha pasado..., partió el galán. La entristecida molinera cuenta, á las campesinas del contorno, sus cuitas sin consuelo

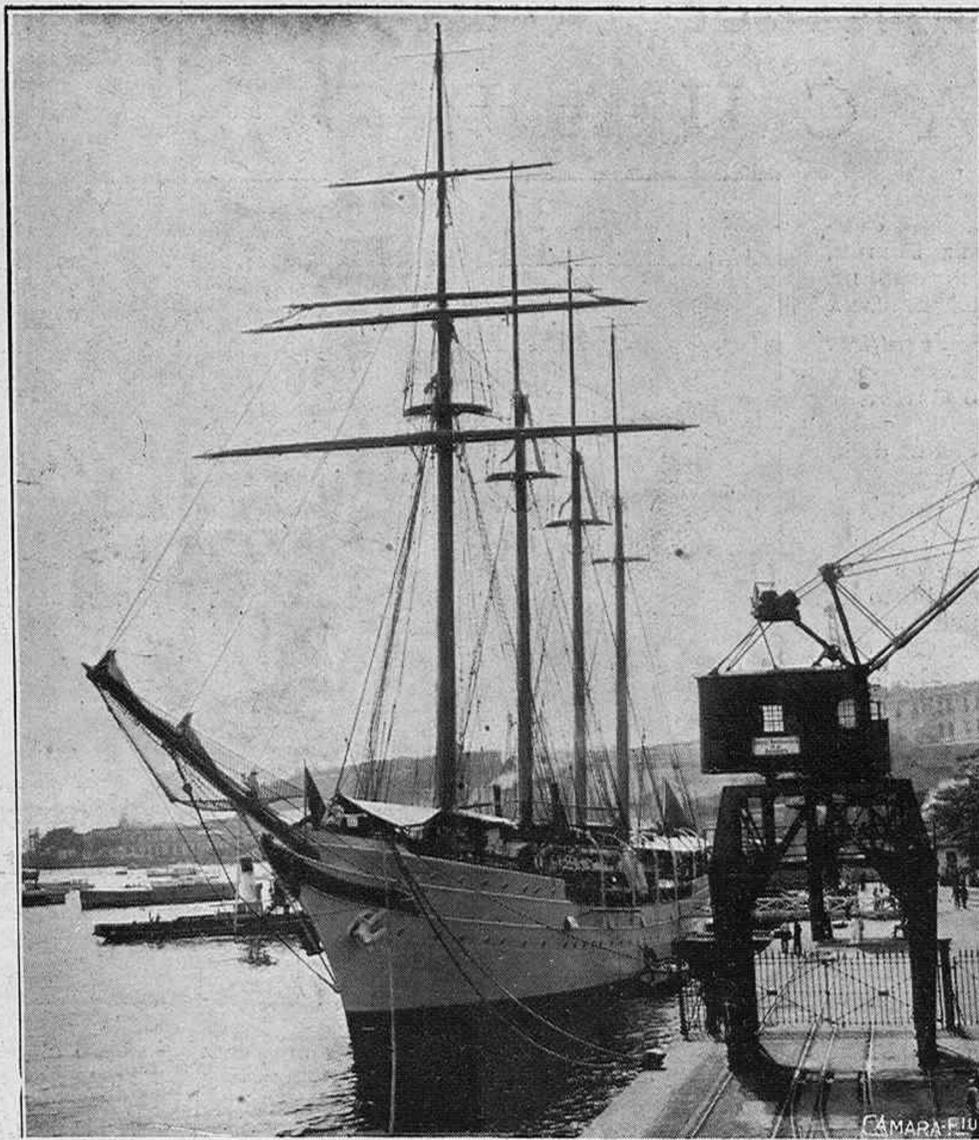
Los marinos españoles en América

*** del Sur ***

UNA vez más, un buque-escuela español recorre las costas americanas llevando á ellas con la bandera patria lo. anhelos generosos de nuestra juventud marinera, que caldea los corazones de los guardías marinas.

En todas partes, el *Juan Sebastián Elcano* es ahora acogido con cordial entusiasmo, y los marinos, jóvenes y viejos, maestros y discípulos, que en él viajan, festejados con entusiástico cariño.

Esos viajes tienen un doble interés capital: la instrucción de los futuros oficiales de nuestra gloriosa Armada y la penetración racial, que, mediante el mutuo conocimiento,

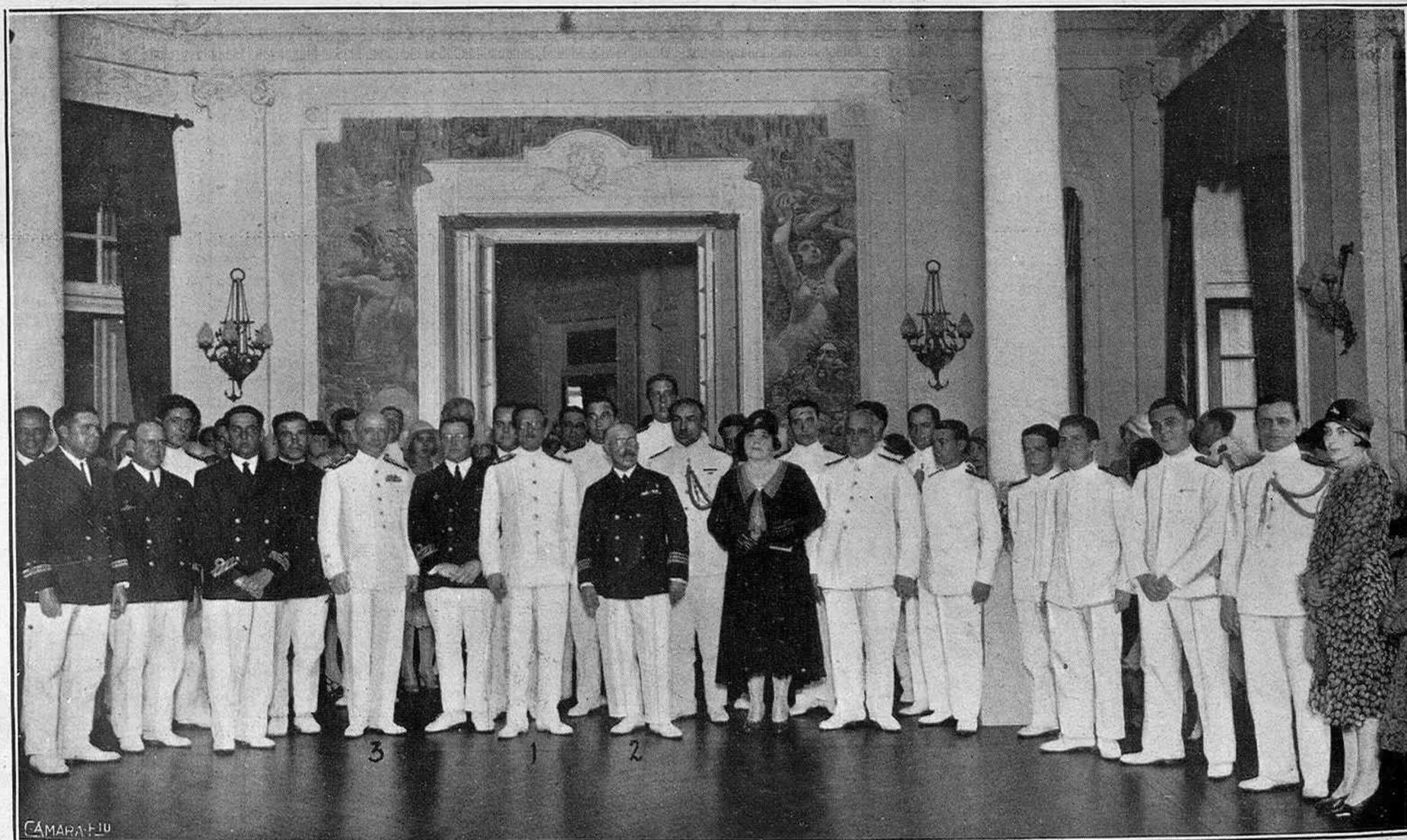


Un viaje de instrucción en el "Juan Sebastián Elcano"

puede engendrar, y engendra seguramente la mutua cordialidad.

El *Juan Sebastián Elcano* ha de recorrer, naturalmente, puesto que hace un viaje de circunnavegación, otros países; pero lo más interesante de su viaje, desde el punto de vista afectivo, serán esas escalas en la América del Sur, donde perduran los espíritus de España y de la nación hermana: Portugal.

El navio-escuela español «Juan Sebastián Elcano» atracado al costado de uno de los muelles del puerto de Río de Janeiro



Río de Janeiro. —Recepción en el Club Naval del comandante y la oficialidad del «Juan Sebastián Elcano». En el centro, el almirante brasileño Pinto da Luz (1), ministro de Marina, comandante del «Juan Sebastián Elcano» (2), y almirante J. M. Penido (3), jefe del Estado Mayor de la Armada

(Fots. Vidal)



CÁMARA-F10

NIEBLA EN AVILA

Amanecer.

*Esta noche
ha descendido la niebla
sobre la ciudad; rezuman
agua y silencio las piedras.*

Avila aun duerme.

*Lejana,
se ve de un farol la trémula
luz que agoniza en el fondo
de una olvidada calleja.*

*Hora de grises fantasmas,
de una infinita tristeza,
hora de vagos temores...*

Amanecer.

*En la densa
quietud del eco, se escucha
caer, como un llanto, lenta,
el agua de los aleros
que tristemente gotea.*

Avila aun duerme.

*Un reloj
—herrumbre y cansancio—deja
oír su voz. Aterido,
desde su torre, bosteza,
cruje y, al fin, cuenta cinco
campanadas.*

*Todo queda
en calma otra vez.*

*—¡Qué largas
se hacen las horas en estas
ciudades donde la vida
parece un remanso, muerta!—*

*Hoy no habrá sol. Cuando, ahora,
la luz del día aparezca,
no se verán desde Avila
los álamos de la vega.*

Amanecer.

*Unas sombras
ya, sutilmente, comienzan,
tras del telón de la bruma,
á dibujarse quiméricas.*

*Una yunta con su arado...
Un aguador que acarrea
sus cántaros... Vagabundo,
un can... Después una vieja...
Un canónigo...*

Maitines.

*Un campanil tintinea
llamando á misa.*

*En el fondo
de la olvidada calleja,
la luz del farol se apaga
mientras el alba clarea.*

FERNANDO LOPEZ MARTIN

LA ACTUALIDAD ARTÍSTICA
EXPOSICION
 * PEYRÓ *



Figura representando «Madrid»



ANTONIO PEYRO MEZQUITA
 Ilustre escultor ceramista



Figura representando «Granada»



«Gitanería»

EN el Palacio de Bibliotecas y Museos acaba de inaugurar el ceramista Peyró una Exposición de sus esculturas, en las que se advierte en seguida cómo va ampliando cada vez más los motivos temáticos, dentro de su peculiar racialidad.

Es Peyró de los que más pronto y mejor supieron ver cuanto es posible y racional esperar de la cerámica española moderna, desligada de cuanto supone pastichismo arcaizante ó formularias simulaciones.

Supo dotar á su obra españolísima de coetaneidad, de originalidades indudables, tanto en el sentido de su procedimiento técnico, cuanto se refiere á sensibilidad, á riqueza cromática, pero siempre enraizándola, por los temas, al encanto entrañable de una gozosa racialidad.

En toda la producción de Peyró es de admirar, además del encanto peculiar del esmalte y las sorpresas un poco brujas de la vitrificación misteriosa, la tonalidad suave y el acorde espléndido de sus tonos. Sus figuras nos hablan de una España amplia y diversa, vistosa y diferente de ritmo, de sensibilidad y de aspecto.

Ha ido eligiendo figuras femeninas de diversas regiones, y nos las ofrece con sus indumentos típicos y con sus adornos peculiares.

En otro tiempo, el ceramista valenciano gustaba generalmente de modelar hembras de su tierra, con sus rodetes, sus corpiños, sus anchas faldas de revuelos graciosos, sus flores...; ó tipos sevillanos «de española» y torería literaria. Ahora, ya más seguro de su capacidad téc-



Figura representando «Salamanca»

nica, más dueño de recursos de taller, más íntegro en expresividades hondas, amplía las figuras con modelos de otras regiones. Nos ofrece mujeres celtas, tan alegremente vistosas, tan pintorescamente ataviadas, y otras mujeres de otras regiones, igualmente interesantes.

Con ello señala, además, rutas insospechadas á este arte, al que se le ofrecen extensos horizontes.

La indumentaria rural española es muy diversa, muy variada y muy vistosa. Suele tener generalmente un gran sentido del color y de la armonía.

Una armonía ya vieja, pero que parece rejuvenecida, actual, y que á las veces incluso participa de los extremismos audaces de los modernos gustos decorativos.

Zamora, Salamanca, Galicia, las provincias nórdicas, tan íntegras aún en hondas tradiciones peculiares, en tipos, ofrecen al ávido escultor temas inapreciables y motivos de plasticidades propicias magníficas.

Se puede decir que las figurillas de Peyró, personificaciones plásticas de tipos españoles, tienen un interés folklórico inclusive, aparte del que les presta la variedad y su valor esencialmente decorativo.

Además, que frente á la cerámica extranjera, esta obra ya considerable de Peyró, como la de otros ceramistas españoles tan perfectamente interesantes y sensibles—los Zuloaga, los Alcántara etc.—señalan claramente la capacidad industrial nuestra y nuestras posibilidades in-



«Sevilla»

por conseguir... No se domeña á los límites de sus posibilidades estéticas; no se conforma con repetir unos tipos que sabe bien logrados ni adoptar un tranquilo capaz de resolver las dificultades técnicas que puedan ofrecérsele.

Procura poco á poco ir mejorando su producción, en la que se advierte más dominio de la técnica cada día, más conocimiento del *metier*, más seguridad en sus facultades y se ve cómo es más dueño de sus recursos y de sus procedimientos.

Así, su arte aparece más colmado de excelencias, más perfecto, más interesante cada vez.

Además, Peyró no es sólo el habilidoso ceramista que conoce los secretos de la cocción y del colorido; es el escultor, dotado de aquella cualidad que es la inspiración, que separa el artista del artesano.

Porque no se limita á plasmar los tipos femeninos ni á llevar á su arte el realismo cotidiano que se ofrece á su mirada insatisfecha siempre. A las veces idealiza esos tipos, esas figuras, esas síntesis raciales de las mujeres de nuestra tierra, y sabe ponderadamente sintetizar sus indumentos, tan diversos y tan complejos, tan varios y tan vistosos.

Sabe sintetizarlos y además acordarlos cromáticamente dentro de un gran sentido decorativo como cumple á unas figuras que, sobre todo, han de servir «de adorno».

E. ESTEVEZ-ORTEGA



«Chulona»

sospechadas. Peyró sabe hacer un arte amable y sugestivo, un arte dotado de esas breves condiciones que requiere el *biblotte*, que no puede ser, que no debe ser, una figurilla deforme al uso algunas veces; ó tipos zafios, por muy bien conseguidos que estén, por muy cumplidamente realizados que se nos ofrezcan.

Busca en la feminidad, una feminidad juvenil, viva y palpitante, sus modelos, que saben de actitudes graciosas, que tienen euritmias mozas y saben de indolencias gozosas.

Sabe cantar al eterno femenino con delectación y regusto espiritual. Deja voluntariamente para otros ceramistas los tipos varoniles, los rudos campesinos, las figuras astrosas y humildes, que tienen también su calor y su interés, y recoge en su obra mujeres jóvenes de España, bien ataviadas con telas de abigarrados colores.

Por eso sus figuras amables, sugestivas [y bellas cumplen su cometido y tienen un valor decorativo innegable y preciso, que es cuanto se las puede pedir.

Es, por tanto, una obra lograda en cuanto al propósito requerido y en cuanto á su finalidad.

Peyró es de los artistas que tienen una gran inquietud y muestran siempre un noble afán por lograr, por colmar,



«Gallega»



CUENTOS DE «LA ESFERA»

LA PELUCA ROJA

ROSINA estaba anegada en llanto, con la cabeza sobre el terciopelo de la butaca.

Hacia tres meses que se había casado, y su marido ya apenas si la miraba á los ojos; si la besaba en los labios; si, en algún momento fugacísimo, tenía para el amor de ella, perenne é inmutable, una palabra de cariñosa comprensión ó de pasional desbordamiento.

Y ella sabía que su marido había ido al casamiento enamorado locamente, porque esa es una cosa que no escapa á la intuición femenina.

El, no sólo la quería, sino que estaba subyugado por su expresión, por su gesto, por su voz, por las actitudes felinas de su cuerpo, por su gracia al andar, por su movilidad de esférula de azogue, y, sobre todo, por aquella compenetración mutua.

¡Cuántas veces, los dos á un tiempo, habían pensado lo que todos los que logran entenderse lo mismo en lo parvo que en lo grande, en lo profundo que en lo superficial: «Nosotros somos un alma en dos cuerpos»; y cuando la pasión los unía: «Un alma en un cuerpo solamente.»

Aquellos eran los tiempos en que hubieran querido mostrarse todos sus jardines mojados de rocío ó dorados de sol, y cuando se besaban, fulgían luminarias en las almenas de sus formidables ilusiones. Se casaron por amor. Y ahora... Allí estaba Rosina, echada sobre el brazo de la butaca, lo mismo que si sólo su traje lacio de seda untuosa fuese el que allí estuviera tirado, en abandono.

Vino el Carnaval. Ella, que había recuperado un tanto de su aplomo, pensó en disfrazarse.

«Iría al baile con Ernesto, quien le había insistido á que pensara en disfrazarse é ir con él á los bailes del Círculo.»

Pensó en vestirse de maja y de «Colombina»; pero optó por ir con un traje de seda gris y negra, adornado con gasas y encajes, que había copiado de un retrato de Gainsborough.

El otro traje era un capricho floral, algo como una alegoría de la primavera.

Se probó mil veces la peluca rubia, que iba muy bien con sus ojos garzos y su tez clara.

¡Cuántas veces modificó el corpiño de raso y las guirnalda de flores y hojas verdes del traje de mayo florido, y cómo se recreaba en la gargantilla de perlas que luciría con el disfraz de Gainsborough!

Casi un mes estuvo pensando en los disfraces. Ella misma se confeccionó los zapatos de raso negro para el primer día, de terciopelo verde musgo, para el tercero.

Quería á toda costa gustarle á él; ver si podía aprovechar una racha de apasionamiento para enredar de nuevo á su cariño, á aquel tornadizo Ernesto, que se iba desligando cada vez más de sus brazos amantes.

El seguía frecuentando los círculos, yendo á excursiones con los amigos, encerrado en su despacho planeando negocios. Para ella, nada. Los «buenos días» ó las «buenas noches», y una corrección irritante de visita. Nada más.

Ernesto estaba cansado de cariño. El siempre fué así: voluble, inquieto, lleno del afán de lo nuevo, de lo último, de lo que no fuese todavía,

de lo vago, de aquello que se quedase en nebulosa sin llegar á ser estrella. Vagaba siempre por los países multilacunares de los ensueños, donde la luna tiene cada noche agua distinta para bañar su cuerpo blanco.

Tuvo siempre, en toda su vida de treinta años, múltiples amores, á todas horas, de distintas mujeres contrapuestas, en distintos países. Suspiraba por lo exótico cuando poseía el amor de una mujer de su país, y por la añoranza de la carne ambarina de las mujeres de su tierra cuando viajaba por países donde la piel tenía otros matices...

Hubiera querido sorber cien vinos á la vez, sin mezclarlos en una copa, y paladearlos simultáneamente; pero degustarlos distintos unos de otros en cada paladar y cada aroma.

En las márgenes en que Epicuro buscaba su ideal, él veía morir el sol de sus ilusiones.

Cuando vió á su mujer con aquel traje suntuoso y á la vez aéreo, con el escote de mármol caliente, circuido de perlas, y, sobre todo, con aquel divino cabello empolvado cayéndole en bucles á lo largo del rostro, perfectamente ovalado, creyó que era otra, que no Rosina, la dama que le decía «cuando quieras» con una sonrisa discretamente pintada de bermellón.

Bajo la plancha de la pechera enlucida y de la seda del forro del frac sintió esa opresión que hacía tiempo que no sentía, aquella deliciosa constricción dulcemente dolorosa de cuando estaba enamorado de su mujer.

Los ojos garzos, aquellos ojos garzos que él

tanto había querido, eran distintos, completamente distintos, bajo el empolvado de los cabellos que daba cálidas transparencias á la frente.

Cuando iban en el *auto*, Ernesto la besó.

Ella, poseída de su papel, le amonestaba casi seriamente: «¡Nada de bromas! Iban al baile, y era preciso llegar con toda compostura.»

Poco después, ella le reñía: «¡Por Dios, que me estropees el peinado!»

La felicidad corría con ellos en 40 H. P.

Aquella noche Ernesto no se movió un solo instante del lado de Rosina. Bailó con ella, charló con ella, se miraba en los ojos de su mujer como cuando eran novios.

Era la novedad del noviazgo, la inédita novedad del «tiempo de novios», tan lleno de promesas, tan ansioso de consecuciones, tan loco de quimeras en el aire.

Así quería aquella noche Ernesto á Rosina. Le decía las palabras más ardorosas y erguidas, como si jamás se las hubiera dicho, como si hubiese tornado al comienzo de sus amores.

Ella estaba maravillada. Creía firmemente, con la credulidad de los enamorados, que su marido volvería á ella con el fuego de antes y jamás se iría otra vez para dejarla abandonada á su sola desventura.

Mientras sonaba, como si viniese de muy lejos, un *shimmy* con cadencias orientales, y las parejas tejían con los pies la extraña urdimbre del baile moderno, ellos se habían encerrado en su cámara flotante y navegaban con rumbo al país de las quimeras exaltadas de donde se vuelve con las órbitas de los ojos más cóncavas y una laxitud de anestesia agrídulce á lo largo del cuerpo.

Aquella noche fué una nueva noche de bodas, intensa, saboreada hasta lo infinito, de besos crujientes y de entregas absolutas.

Al día siguiente, aún alucinado por la metamorfosis que hacía otra mujer á su mujer y le daba á sus ojos otra expresión más dulce, ovalaba más puramente su rostro y hasta le parecía que transformaba su voz, Ernesto estuvo junto á Rosina toda la tarde, y por la noche no quiso ir á ningún baile, por gustar íntimamente la compañía de la otra vez nueva por el hechizo de unos bucles empolvados.

Al tercer día de Carnaval ya Rosina sabía á qué atenerse. Tenía que transformarse radicalmente. Su cabello castaño oscuro lo cubriría con la peluca rubia, color de un oro tostado, un dorado de hojas de trigo en Agosto.

Todo el día anduvo electrizada de nervios, intranquila por el problemático éxito, probándose, modificando los pliegues de la falda, cambiando la colocación de las flores, de las hojas, de las sedas y los colores, para que, dentro de lo abigarrado del traje, resultara un conjunto armonioso, que se asemejara á la armonía de la primavera del campo.

Por fin, antes de la cena, con la lámpara de su dormitorio encendida, terminó el disfraz.

Varias veces había querido Ernesto entrar en la habitación para verla vestirse. Ella no quiso.

El esperaba nervioso, como quien espera que llegue á la cita la mujer prohibida y amada.

«¿Cómo estaría? ¿Qué habría ideado? ¿Sería tal su transformación que fuese otra, completamente otra?»

Por fin, después de mirar al reloj varias veces, de fumar cigarrillo tras cigarrillo, que dejaba casi enteros en la bandeja de plata, apareció ella.

Traía puesto el antifaz y era una lluvia de flores todo su cuerpo. Había monstruosas orquídeas, oscuros asfodelos, amapolas, hortensias... Todas las flores caían en guirnalda y recordaba el traje un dibujo que dejó Aubrey Beardsley sin terminar.

El fondo era de un verde intenso atrevidísimo. La cabeza, de oro, parecía un sol iluminando aquel campo, y el pecho,

descubierto, sin joyas, era una fuente de alabastro donde el sol se reflejaba... La cabellera, rubia, fuertemente rubia, se esponjaba graciosa, como una áurea maraña, en el perfume de heno que la circuía.

El antifaz negro era, en aquella eclosión de belleza, el mayor de los encantos.

Ernesto llegó al baile transpirando ansiedad. Quería ver el rostro de su mujer descubierta. De buena gana le hubiese tirado del antifaz para besar los ojos y los labios de aquella mujer que para él era ahora «una desconocida».

Nadie conoció á la máscara. Le dieron á Ernesto bromas de la rubia que llevaba del brazo y á Rosina le hablaron de ella misma, de la mujer de su marido...

Los dos se reían atolondrados, mareados de ilusión. El se gozaba en el equívoco que hacía aún más deseable el momento de estar á solas con su mujer; ella reía por la dicha de sentir suyo al que tanto amaba.

Los ojos garzos de Rosina, al quitarse el antifaz, eran negros, casi negros, más rasgados, más hondos al enmarcarlos el oro de la peluca. El lunar de la mejilla se recortaba más intenso, como una estrella en un cielo en negativo.

Aquella noche aún fué más gloriosa la dicha de los dos. Ella no sabía qué hacer, qué decir para mostrar la ventura que la devoraba por dentro de delicia, que la mataba de claridad sonora, como si se hubiese inundado de luz y de melodías exuberantes.

Despertaron el miércoles con los oídos zumbándoles de cansancio.

Ya Ernesto estaba otra vez huído, como extraño á la belleza de su mujer, á la dulzura de su voz, de sus caricias y de sus besos. Ya no escuchaba sus palabras de amiga, de hermana, de novia, de amante...

«Había roto de nuevo el encanto de lo deseable. La transformación había cesado, y ahora Rosina era la de todos los días, la que todas las mañanas veía peinar frente al espejo de su tocador Luis XVI y leer delante de la estufa del gabinete. Se sabía de memoria sus trajes, sus joyas, sus *deshabillés*. Aquel frasquito de Coty era su perfume; aquella agua de lavanda inglesa era la que usaba para el baño. Conocía todos sus gestos, todas sus frases, todas las inflexiones de su voz...»

Y el tedio volvía á él como caía el agua de las nubes en aquella tarde de Febrero, ventosa y salpicada de lluvia.



La cabeza, de oro, parecía un sol iluminando aquel campo

Durante aquellos tres días, Rosina había adelgazado mucho. No podía dormir. Apenas si comía. Era el fracaso total de sus ardides. No pudo conseguir nada, nada.

En vano fueron sus esfuerzos por encauzar á su marido por la vereda ancha y tapizada de blando césped que conducía á su cariño.

En su desequilibrio sufría atrocemente.

Alguna vez Ernesto le recordaba que tenía que comer ó que «la noche anterior la había sentido desvelada».

Ella ocultaba su llanto; aunque tal vez si hubiese derramado lágrimas delante de él, ensombrecido por su eterno descontento, su marido no las hubiera notado.

Llegó el Domingo de Piñata.

Rosina había querido quemar los últimos fuegos de artificio. «Tendría que dar la mayor cabriola para llegar á transformarse en otra mujer, completamente otra».

Apenas si cenó. Dejó á Ernesto aún en la mesa.

El pensar del descontento iba y venía sobre una idea fija: «Aquella rubia que cantaba tan bien... Sí... Pero... Desde luego... Aquella rubia...»

En la noche había músicas agrias, voces fingidas por la calle. Estaba estrellado el cielo.

Miraba á lo que no se mira cuando entró en el comedor su mujer. Olía á claveles. Un traje negro de crespón, cuyas mangas surgían del filo de la veste y subían á los brazos en forma de alas de vampiro. El escote, muy bajo, iniciando el valle de entre los pechos, constelado de rubies brillando como sangre. La boca roja, pintada furiosamente sobre la cara pálida, con los ojos desmesuradamente abiertos en un ansia infinita de amor.

Diabólica, sensual, como pervertida de amor doloroso, su cara terminaba en una cabellera roja, una llama encrespada, como si toda ella fuese una pira, una antorcha encendida peleando con el viento.

Al ver que él permanecía impávido, Rosina se acercó á la butaca en que su marido pensaba en «aquella rubia», y le puso la mano en la cabeza al distraído.

—Ernesto, ¿no te gusto?

—Sí, mujer—masculló frío y con la misma mirada perdida.

—Pero, ¿no vamos al baile?

—No. Yo tengo que ir á una reunión de accionistas del Banco... Perdona... ¡Lástima que te hayas vestido!

Le dió un beso en la frente y salió.

«Aquella rubia que cantaba tan bien... Venía pensando en eso.

Abrió la puerta con su llavín. Estaba todo apagado.

Encendió una luz en su escritorio.

«¡Qué extraña había estado aquella noche su mujer! ¿Por qué se pondría aquel traje negro y aquella peluca roja?... Pero aquella rubia...»

Leyó un momento una novela de Barbey d'Aureville: *La cortina encarnada*. Tenía sueño. Pensó en acostarse.

Se dirigió al dormitorio como un autómatas. En la puerta tropezó con una cosa rígida y blanda á la vez. Dió á la llave de la lámpara rosa que colgaba del techo.

Allí estaba su mujer, tendida, con un revólver engatillado entre los dedos. Pálida, la muerte la había moldeado en cera.

De la sien derecha, la peluca roja le fluía, le continuaba más roja aún, le llenaba de hilos rojos la mejilla y se extendía por el *parquet*, honrosamente roja, como una cabellera destrenzada que le maculase de rubies el traje de crespón negro.

ROGELIO BUENDIA

Huelva, 1929

(Dibujos de Penagos)

UN LUGAR DE HISTORIA LITERARIA

EL MOLINO DE DAUDET

Los literatos franceses, que no suelen olvidar tan pronto a sus progenitores en letras, sin perjuicio de sentir en la juventud fervores iconoclasticos, se preocupan ahora de la posible desaparición del molino en que Alfonso Daudet vivió una temporada y en el que escribió algunas bellas páginas que unió bajo el título de CARTAS DE MI MOLINO. Los amigos de Daudet piden que el molino en que el autor de SAFO, EL ACADEMICO, JACK y otras magníficas inolvidables obras vivió, sea conservado como monumento nacional y es muy posible que lo consigan.

Su propósito basta para dar actualidad al contrato de compra de aquella «finca» por el gran escritor y a la descripción que de ella hizo en la primera de sus cartas.

Decían así:

CONTRATO DE COMPRA DEL MOLINO

«Ante mí, Honorato Grapazi, notario residente en Pamperigouste, ha comparecido:

»El señor Gaspar Mitifio, marido de Vivette Cornille, vecino del lugar llamado de los Cigarrales y habitante en él,

»El cual, por el presente, vende y transfiere con todas las garantías de derecho y de hecho, y libre de toda clase de deudas, privilegios é hipotecas,

»Al señor Alfonso Daudet, poeta residente en París, aquí presente y aceptante,

»Un molino harinero de viento, sito en el valle del Ródano, en pleno riñón de la Provenza, sobre una ladera poblada de pinos y carrascas; estando el susodicho molino abandonado hace más de veinte años é inútil para moler, por efecto de las vides silvestres, musgos, romeros y otras hierbas parásitas que trepan por él hasta las aspás.

»Eso no obstante, tal como es y está, con su gran rueda rota, y la plataforma con hierba crecida entre los ladrillos, el señor Daudet declara encontrar el susodicho molino de su conveniencia y apto para servir en sus trabajos de poesía, lo acepta de su cuenta y riesgo, y sin recurso alguno contra el vendedor por causa de las reparaciones que en él pudieran hacerse.

»Esta venta es al contado y mediante el precio convenido, que el señor Daudet, poeta, ha sacado y puesto sobre la mesa en dinero constante y sonante de ley, el cual precio ha sido cobrado y guardado por el señor Mitifio; todo ello á vista de los notarios y testigos infrascriptos, de lo cual se extiende carta de pago con reserva.

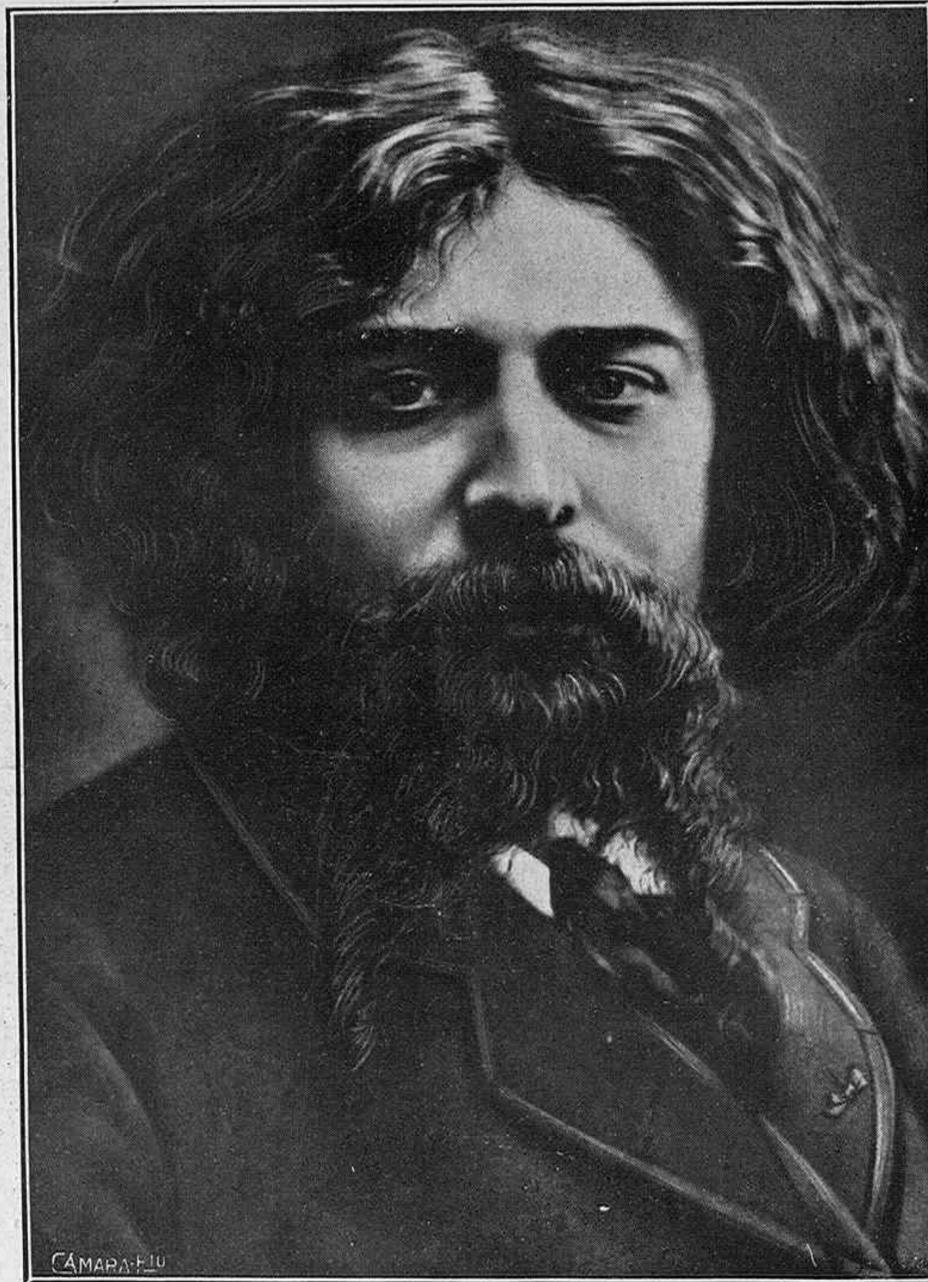
»Contrato elevado en Pamperigouste, en el estudio de Honorato, en presencia de Francet Mamai, tañedor de pifano, y Luiset, apodado el Quique, portador de la cruz de los penitentes blancos;

»Quienes firman con las partes y el notario, previa lectura...»

La primera carta fué esta:

INSTALACION

¡Lo que se han asustado los conejos!... Al cabo



ALFONSO DAUDET

Admirable novelista, autor de «Safos», de «Jack» y de las «Cartas de mi molino», entre un centenar de obras maestras

de ver tanto tiempo cerrada la puerta del molino, las paredes y la plataforma invadidas por la hierba, habían acabado por creer extinta la raza de los molineros; y hallando buena la plaza, habíanla convertido en algo así como una especie de cuartel general, un centro de operaciones estratégicas, el molino de Jemma-pes de los conejos... La noche de mi llegada, sin mentir, había lo menos veinte sentados en corro alrededor de la plataforma, calentándose las patas delanteras en un rayo de luna... Al tiempo de abrir una ventana, ¡zás!, todo el vivac sale pitando y se cuelan por la espesura, enseñando las blancas posaderas y rabo al aire. Espero que volverán.

Otro que al verme se queda muy extrañado, es el vecino del piso primero, un viejo buho, de siniestra catadura y cara de pensador, el cual habita en el molino hace ya más de veinte años. Lo he encontrado en la cámara del sobradillo, inmóvil y tieso encima del árbol de cama, en medio del cascote y las tejas que se han desprendido. Me ha mirado un momento con sus redondos ojos; luego, desfavorido al no conocerme, echó á correr chillando «¡Hú, hú!», y se puso á sacudir trabajosamente las alas, grises de polvo:—¿qué demonio de pensadores, nunca se cepillan!—No importa; tal como es, con su parpadeo de ojos y su cara enfurruñada, ese inquieto silencioso me agrada mucho más que otro cualquiera, y no me corre prisa desahuciar-

lo. Conserva, como en lo pasado, toda la parte alta del molino con una entrada por el tejado; yo me reservo la planta baja, una piececita enjalbegada con cal, de bóveda rebajada como el refectorio de un convento.

•••

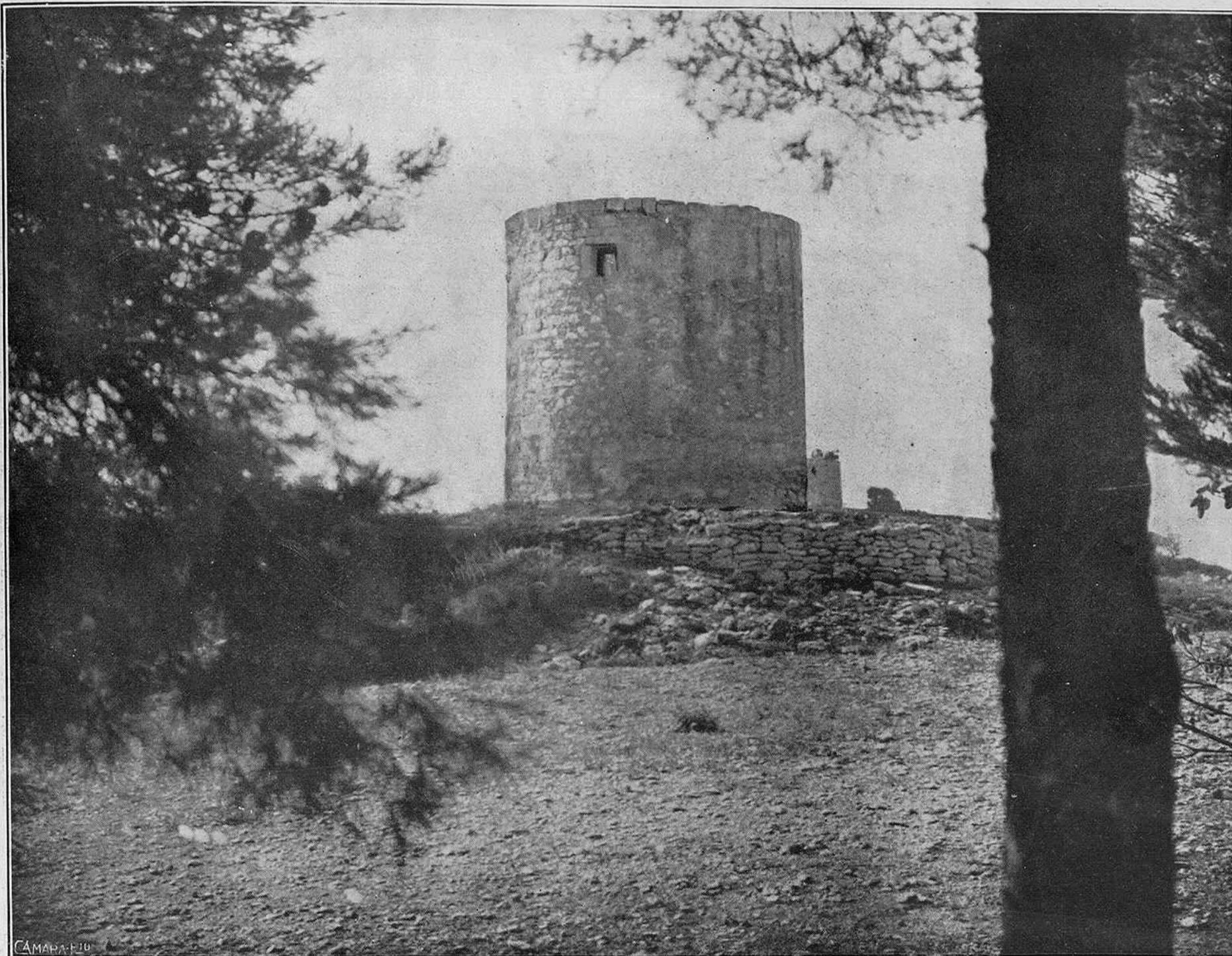
Os escribo desde ella, con la puerta de par en par, y un sol espléndido.

Un lindo bosque de pinos, chispeante de luces, baja ante mí hasta el pie del repecho. En el horizonte destácanse las agudas crestas de los Alpilles... No se oye ruido alguno... A lo más, de tarde en tarde, el sonido de un pifano entre los espliegos, un collarón de mulas en el camino... Todo ese hermoso paisaje provenzal sólo vive por la luz.

Y ahora, ¿cómo queréis que eche de menos vuestro París ruidoso y oscuro? ¡Estoy tan bien en mi molino! Este es el rinconcito que yo buscaba, un rinconcito aromático y cálido, á mil leguas de los periódicos, de los coches de alquiler, de la niebla... ¡Y cuántas cosas bonitas en torno mío! No hace más de una semana que estoy aquí instalado, y tengo llena ya la cabeza de impresiones y recuerdos... Sin más, ayer tarde presencié la vuelta de los rebaños á una *masía* que está al pie de la cuesta, y os juro que no cambiaría ese espectáculo por todos los *estrenos* que hayáis tenido esta semana en París. Y si no, juzgad.

Habéis de saber que en Provenza es costumbre enviar el ganado á los Alpes cuando llegan los calores. Brutos y personas pasan allí arriba cinco ó seis meses, alojados al sereno, con hierba hasta la altura del vientre; luego, al primer frescor del otoño, vuelta á bajar á la masía; y vuelta á rumiar burguésmente los grises altonazos que aromatiza el romero... Quedábamos en que ayer tarde regresaban los rebaños. Desde por la mañana esperaba el zaguán, de par en par abierto; y los apriscos tenían el suelo alfombrado de paja fresca. De hora en hora exclamaba la gente: «Ahora están en Eyguières, ahora en el Paradón.» Luego, de pronto, al atardecer, un grito general de «¡ahí están!», y allá abajo, en lontananza, veíamos avanzar el rebaño entre un grandísimo nimbo de polvo. Todo el camino parece andar con él... Los viejos moruecos vienen á vanguardia, con los cuernos hacia adelante y aspecto montaráz; detrás el grueso de los carneros, las ovejas un poco cansadas y los corderos entre las patas de sus madres; las mulas con pelendengues rojos, llevando en serones los lechales de un día, á quienes mecen al andar; después los perros, chorreando de sudor y con la lengua colgante hasta el suelo y dos grandísimos tunos de rabadanes envueltos en mantas encarnadas, que les caen á modo de capas hasta los talones.

Todo esto desfila ante nosotros alegremente y se precipita en el zaguán, pateando con un ruido de chaparrón... Es cosa de ver qué movimiento de asombro en toda la casa. Los gran-

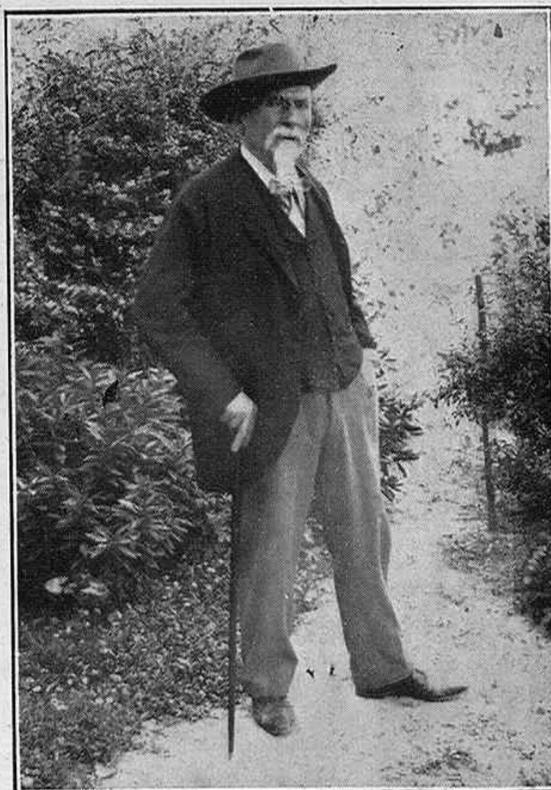


El molino en que Daudet buscó la tranquilidad y el reposo, engendradores de bellas páginas, y que está en peligro de desaparecer

des pavos reales de color verde y oro, de cresta de tul, desde lo alto de sus perchas han conocido á los que llegan y los acogen con una estridente trompetería. Las aves de corral, recién dormidas, se despiertan con sobresalto. Todo el mundo está en pie: palomas, patos, pavos, pintadas. El corral está como loco; las gallinas hablan de pasar en vela la noche... Diríase que cada carnero ha traído entre la lana, á la vez que un silvestre aroma de los Alpes, un poco de ese aire vivo de las montañas que embriaga y hace bailar.

En medio de ese barullo, el rebaño penetra en su yacija. Nada tan hechicero como esa instalación. Los borregos viejos enternécense al volver á contemplar sus pesebres. Los corderos, los lechales, los que han nacido durante el viaje y nunca vieron la granja, miran en torno suyo con extrañeza.

Pero lo más conmovedor aún, es ver los perros, esos valientes perros de pastor, atareadísimos tras de sus bestias y sin ver otra cosa sino ellas en la *masía*. Por más que el perro de guarda los llama desde el fondo de su nicho, y que el cubo del pozo, rebosando de agua fresca, les hace señas, ellos no quieren ver ni oír nada, antes de que el ganado esté recogido, pasada la tranca tras de la puertecilla con postigo, y los pastores puestos á la mesa en la sala baja. Sólo entonces consienten en irse á la perrera; y allí, mientras lamen su gamella de sopa, cuentan á sus compañeros de la granja lo que han



El verdadero «Mistral», según Daudet

hecho en lo alto de la montaña: un paisaje tético donde hay lobos y grandes digitales purpúreas llenas de rocío hasta el borde de sus corolas.



En aquel molino escribió Daudet páginas muy bellas, cuentos y relatos en que aparece un Daudet, más Daudet que el de las grandes novelas, por ser un Daudet más íntimo, más de su tierra, ya en su tierra.

Tienen las *Cartas de mi molino* un suave perfume campesino de flores silvestres, bien caldeadas y bien soleadas por el cálido sol de aquel Mediodía de Francia que creó el espíritu de tantos poetas admirables, entre los que descolló con Daudet, Mistral, de quien ahora celebran sus paisanos el centenario.

La casa de Mistral estaba á tres leguas del molino y el autor de *Sajo*, contó en una de sus cartas una visita hecha al autor de *Mireya* y en ella pintaba así al poeta:

«No hay más que un Mistral en el mundo: el que sorprendí yo el domingo último en su lugarejo, con el sombrero de fieltro de alas anchas en la oreja, sin chaleco, de chaquetón, con su faja roja catalana ciñéndole los riñones, brillantes los ojos, con el fuego de la inspiración en las mejillas, magnífico con sus dulce sonrisa, elegante como un pastor griego y andando á paso largo, con las manos en los bolsillos, haciendo versos».

D. T.

BELLEZAS ARQUITECTÓNICAS DE ITALIA
EL PALACIO DÁNDOLO EN VENEZIA



El palacio Dándolo, que tiene su entrada principal por la famosa «Priva degli Schiavoni», es una bella construcción del siglo XVI. Fué construído para la familia Dándolo y luego fué morada de divos, de príncipes y de insignes artistas

CÁMARA-FLO

M I T E A T R I L L O

Historias de mis sainetes (que á nadie le importa) y segunda parte de «Memorias... A la familia»

LA COMEDIANTA FAMOSA

LA protagonista de este sainete es María Ladvenant y Quirante, célebre actriz nacida en Valencia el 23 de julio de 1741.

De esta comedianta dice D. Casiano Pellicer en su «Tratado histórico sobre el origen y progreso de la comedia y del histrionismo en España», que fué el embeleso y asombro histriónico de su tiempo.

Cuando murió se levantó un clamor de que el teatro quedaba huérfano de padre y madre. Sobresalía con notable aplauso en lo serio, en lo cómico, en lo blando, en lo amoroso, en lo compasivo, en lo airado y en lo modesto, porque era igualmente insigne en lo trágico y en el sainetear. En su muerte ejercitaron sus buriles los profesores, grabando su retrato, y el ingenio los poetas, celebrando sus extraordinarias habilidades.

Entre ellos publicó unos «Cuartetos» don Francisco Mariano Nifo, director del *Correo General de España*, que decía así:

«Aquí yace, cristiano, sepultada
una mujer de todos aplaudida.
Murió en lo más florido de su vida.
Era flor; no es extraño verse ajada.
Vea aquí, la hermosura su jornada.
Vea aquí que será la más erguida.
Ya con tierra y gusanos nos convida
María Ladvenant la celebrada.
Celebrada será (¡dichosa suerte!)
más bien que por su vida, por su muerte.»

Murió de edad de veinticuatro años, ocho meses y nueve días, el 1.º de abril de 1767, el mismo día en que se intimó á los jesuitas su primera expulsión.

Un autor de entonces, dice, según el insigne Cotarelo:

«Que habiendo ocurrido el día de la muerte de la Ladvenant otra novedad á todas luces de mayor importancia (la expulsión de los jesuitas), ni en calles ni en paseos se oía hablar de ésta, y sí de aquella, á todos y en todas partes.»

«Conoció que se moría—añade el ya citado Nifo en un folleto que titula «Súplicas y muerte de María Ladvenant»—; pues habiendo sacado antes de expirar un brazo para vérselo, díjola el que la exhortaba que no era ya tiempo de volver al cuerpo los ojos; y ella respondió:

«Dice usted muy bien; pero yo me miro solamente la mano para cerciorarme de que estoy cercana á la sepultura, pues me veo ya tierra, y me alegro mucho, porque se me acerca el tiempo afortunado de no ofender más á Dios. Fué preciso contenerla el que la auxiliaba, porque decía, sin rubor ni miramiento, y absolutamente desposeída del amor propio—que era su pasión dominante—todos sus pecados á todos y en alta voz.»

Y aquí entro yo, después de decir que tuvo amores con un duque y con otros varios mortales que no fueron duques.

Pues bien, amable lector (te llamo amable, y puede ser que tengas un genio de mil demonios; pero hay que guardar las formas) de todo esto quise escribir un sainete—biografía— y me salió largo y pesado como un libro con notas, y lo rehice, limitándome á la parte amorosa. Saqué á plaza «á mi señora» doña María Ladvenant y Quirante, al señor duque, á un menestral que se «pirraba» por ella, y que de oficio tapicero, cada mes la renovaba el mueblaje con sus cortinas de color amarillo, que era el preferido por la histrionisa, y con sus espejos, arañas, cornucopias y todo «lo al» que dice Cervantes, y que, indudablemente, cuando él lo dice, estará bien dicho, porque «el hombre», aunque era manco, «no era manco». ¡Que me vengan á mí con paradojas! Me río yo de Unamuno, si bien con el más profundo y reverente respeto.

Una vez concluído mi sainete, y después de obtenida la más entusiástica aprobación por parte de mi familia y de algunos amigos míos que me debían dinero, y ante los cuales lo leí, le llevé á un simpático y popular empresario, que al día siguiente me llamó y me dijo que el primer cuadro le había gustado mucho; pero que el segundo, no; que lo reformara y me lo pondría en escena en seguida.

Al oír la palabra «reformar» me acordé de lo que en sesión pública oí á un senador vitalicio cuando se estaba discutiendo la reforma de la Constitución:

«Cuando mi ayuda de cámara me dice: «Señor, hace falta reformar el frac», yo replico en el acto: «Adiós, frac». Pues lo propio digo ahora; ¿Queréis reformar la Constitución? Adiós, Constitución». Y esto mismo se me ocurrió acerca

de mi sainete. Si lo reformo, adiós, sainete. Se lo llevé, pues, á otro empresario; lo leyó y á los pocos días se presentó en mi casa, diciéndome con acento de verdadera convicción: «Si suprimes el primer cuadro, porque á mi juicio sobra, ensayaremos á escape y te lo estremo la semana próxima».

—No te molestes—le objeté—; ó se hace el sainete tal como está ó me quedo con él para leérselo á las «visitas», y así no vuelven á mi casa.

No estuvimos conformes, y se me ocurrió mandar mi obrita á Valladolid, en donde actuaba una notable Compañía, expertamente dirigida por don Carlos Sánchez, muy estimable actor en los tiempos del gran Romea, y que acogió el sainete con suma benevolencia, no extraña en él, que fué siempre un noble y perfecto caballero.

Lo ensayó cuidadosamente, lo puso en escena el 8 de diciembre de 1907 y «el diestro (que era yo) escuchó palmas y se vió obligado á dar varias vueltas al ruedo, saludando graciosamente al respetable público». Esta es una figura retórica de que me valgo para decir que el sainete pasó divinamente; yo no asistí al estreno.

Justo es consignar que mucho debí á la excepcional interpretación á cargo de las señoras Siria, Sánchez (R.), Domínguez, señorita Infiesta, del discretísimo actor Rodrigo (don Francisco), y de otros cuyos nombres no recuerdo ahora.

A los cuatro meses conseguí que fuera estrenado en el Teatro Español, en noche de beneficio. Pudo ser representado antes, en Buenos Aires; pero un actor á quien nunca fui agradable, y al que siempre aplaudí con las dos

manos, valiéndose del invencible recurso de la resistencia pasiva, evitó el estreno. Y digo que aplaudí con las dos manos, porque hay quienes aplauden con una. Esto es, dando golpecitos con la derecha en el reverso de la mano izquierda, á la que dan rorma de puño.

Desempeñaron maravillosamente sus papeles nada menos que las señoras Roca (Josefina), Salvador (Elena) y Bárcena (Catalina), tres figuras de altísimo relieve en nuestro teatro contemporáneo, y los célebres Carsi, Mendiguchía, Codina, Díaz (Manuel), Allen Perkins, Urquijo y Vargas.

Y para término de este artículo, que será el encanto y admiración de aquellos que no lo lean, transcribiré aquí el final del sainete.

María Ladvenant y Quirante, rechazando el ofrecimiento de boda que le hace el duque (esto lo inventé yo, porque María no llegó á verse nunca en semejante caso) dice:

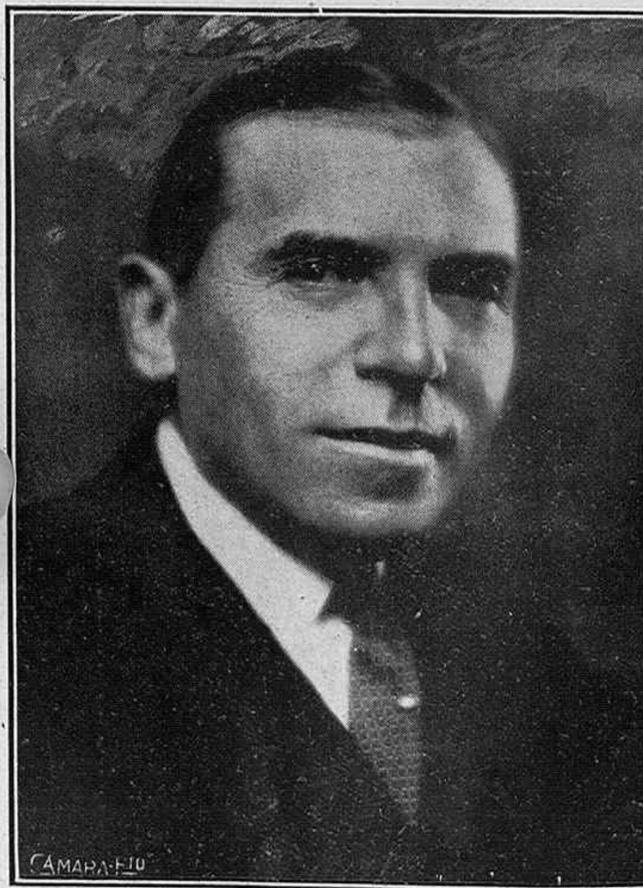
«Tuya, cuando yo lo quiera; porque antes de resolverme me has de probar tu firmeza.

«La comedianta famosa», aunque alegre y desenvuelta, no ha de dar nunca su mano si no á quien se la merezca...

Y ahora digamos humildes, haciendo una reverencia: TODOS. Aquí da fin el sainete; perdonad las faltas nuestras.»

TOMÁS LUCENO

PERSONAJE NORTEAMERICANO

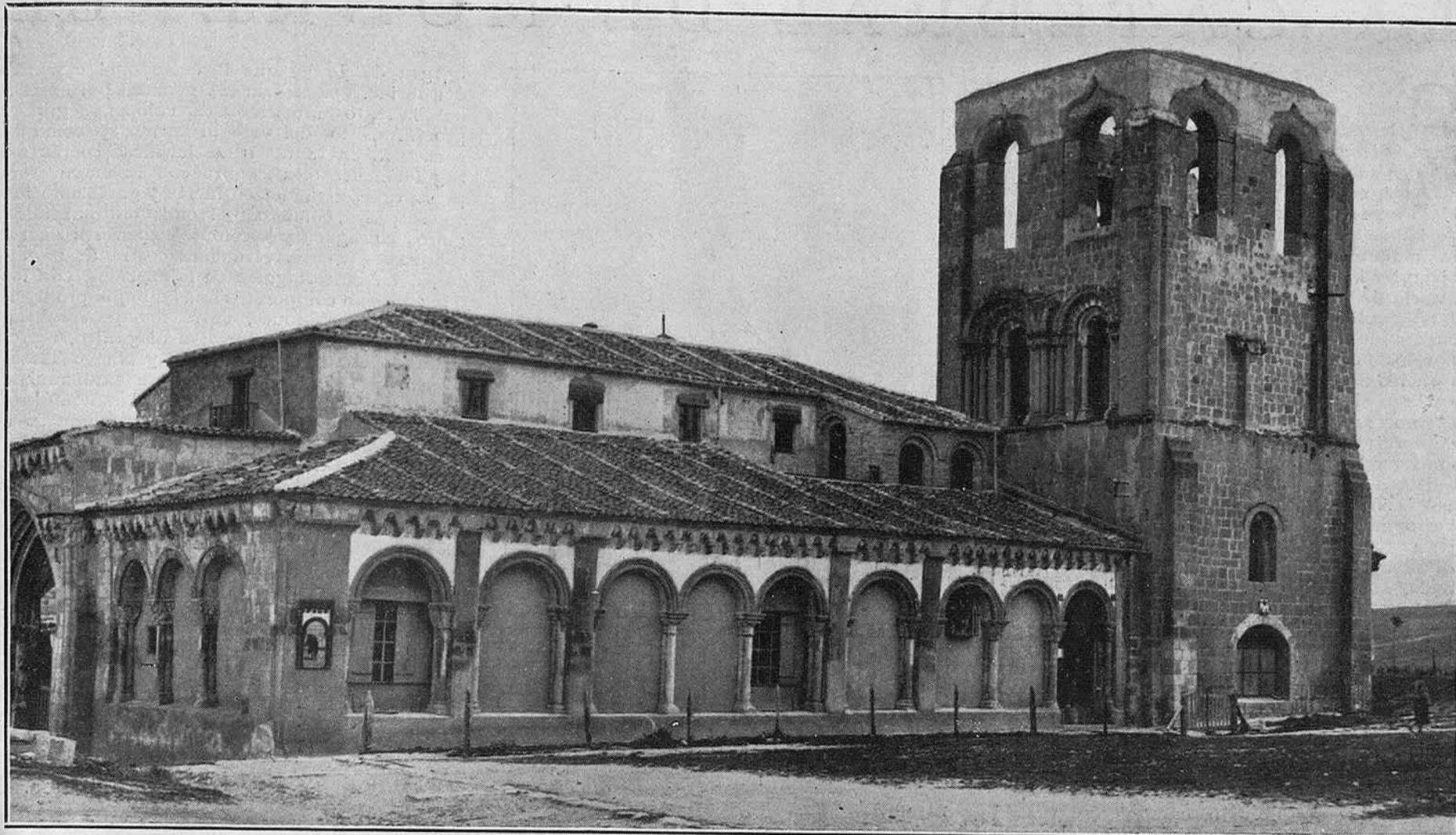


El representante del Estado de Nueva York en el Congreso de Washington, Sol Bloom, á cuyas gestiones se debió que el Gobierno de los Estados Unidos destinara 75.000 dólares para concurrir á la Exposición de Sevilla. El representante Sol Bloom es uno de los más entusiastas defensores de los intereses de Puerto Rico, habla correctamente el español y ha visitado España tres veces



«Hogar», cuadro
de Marisa Roësset

POR CAMPOS DE CASTILLA UNA IGLESIA SIN CULTO



Una vieja iglesia segoviana, sin culto, en la que hay instalada una fábrica de cerámica

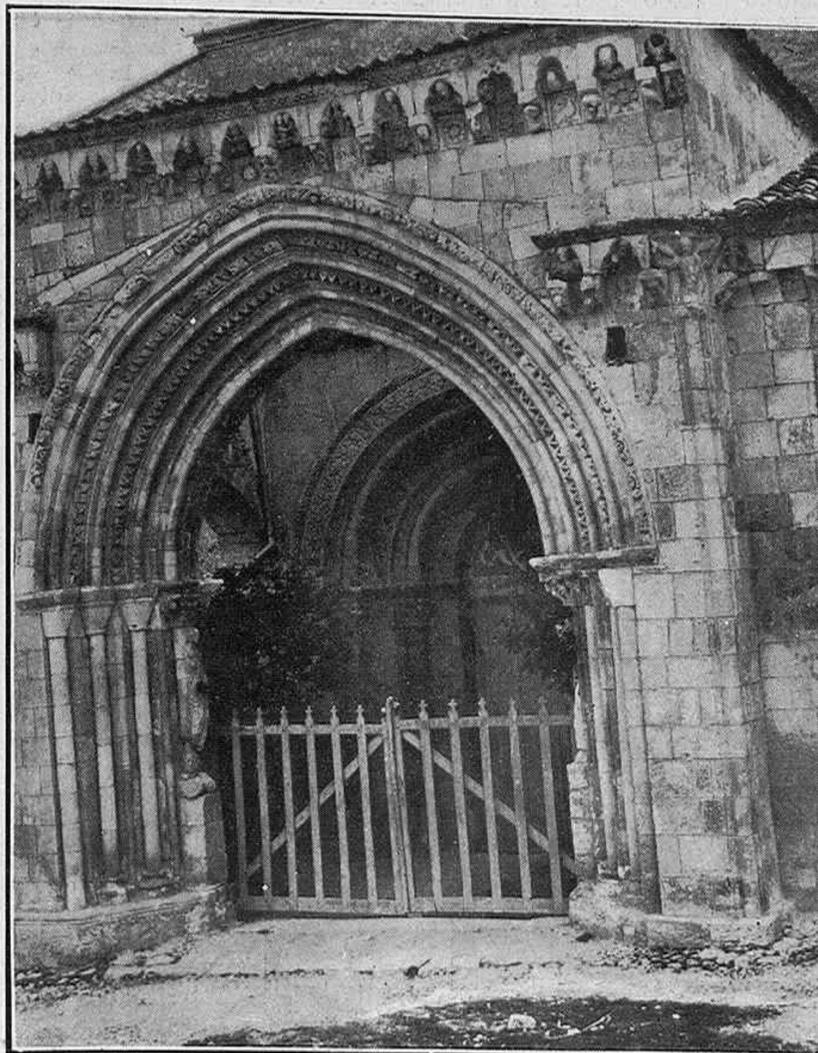
Mejor que «una iglesia sin culto» sería decir «una iglesia que varió de culto». Donde ayer se rindió culto á Dios Nuestro Señor, se oficia hoy en el culto profano al arte y á la belleza.

Un artista de buen gusto puede encontrar gratos para morada, y fuertemente impregnadora de arte, los viejos muros y las naves amplias de una iglesia abandonada; pero el alma piadosa que cruza, peregrinando en busca de emociones artísticas, las tierras castellanas, puede, por mucho que sea su fervor por el arte, sentir ante el destino nuevo del templo viejo como la ofensa cruel de una traición.

Los viejos templos abandonados y sombríos tienen aún, en el verdín de sus paredes, más gérmenes engendradores de melancolía y desconsuelo que las ruinas seculares de fortalezas y de palacios. Palacios y fortalezas, morada de hombres constantemente acuciados por los cuidados materiales de la vida cotidiana, semejan, al cabo, cuerpos humanos de los que el alma, cansada del batallar estéril, volará un día en busca de un mundo mejor. Las iglesias que perdieron su culto lloran más intensa y crudamente la pérdida de su espíritu, porque en ellas, en tiempos mejores, todo pretendió ser espíritu.

A veces, una iglesia que dejó de serlo es sólo un templo que, llevado por el tráfico social inconstante é inconsciente, se desplazó; un poblado que amengua y, finalmente, se extingue. Sólo el templo queda en pie; pero sin alma ya.

Más duele aun ver un templo sin



Portada de la iglesia convertida en fábrica
(Fot. Ricardo Schmelz)

culto cuando el abandono fué por olvido de una devoción; templos muchas veces humildes, lugares de peregrinación que un día se inflamaban en fervores místicos y atraían á la muchedumbre, llena de fe, y un día, porque la moda tornadiza llevó de otro lado la devoción, comenzaron á verse solitarios y, al fin, nada quedó en ellos de lo que antaño hubo y fué atractivo, consuelo y esperanza de almas piadosas.

Cuando uno de esos templos abandonados alza su mole en el campo desolado que se pierde grisáceo, monótonamente terroso, en un horizonte inacabable, parece, por contraste imaginativo, que aun aumenta el desconsuelo y la desesperanza en el espíritu humano.

Por cada vieja iglesia perdida para el culto se alzan, seguramente, varias iglesias nuevas. Van á buscar al hombre allí donde el hombre trabaja, se afana, padece, ¡vive!, y van á buscarle con el halago visual del blanco, del oro, de la cálida policromía de los acristalados ventanales...; piedad nueva y religión confortable. A esos templos les falta la pátina que puso en los viejos muros de los templos, luego abandonados, más que el tiempo y más que el humo de los cirios, el dolor, destilando gota á gota, del alma angustiada...

Fábricas, talleres, teatros algunas veces, los templos abandonados no logran que el afán ni la alegría del vivir borre de los muros enverdecidos la melancolía.

S. H.

MONASTERIOS ITALIANOS

LA CATEDRAL DE MONREALE

GUILLERMO II, *el Bueno*, rey de las Dos Sicilias, escogió el ubérrimo valle de Palermo para erigir en él una iglesia que fuese «digna de la gloria de Dios, que puso el cetro en sus manos y le libró de toda calamidad».

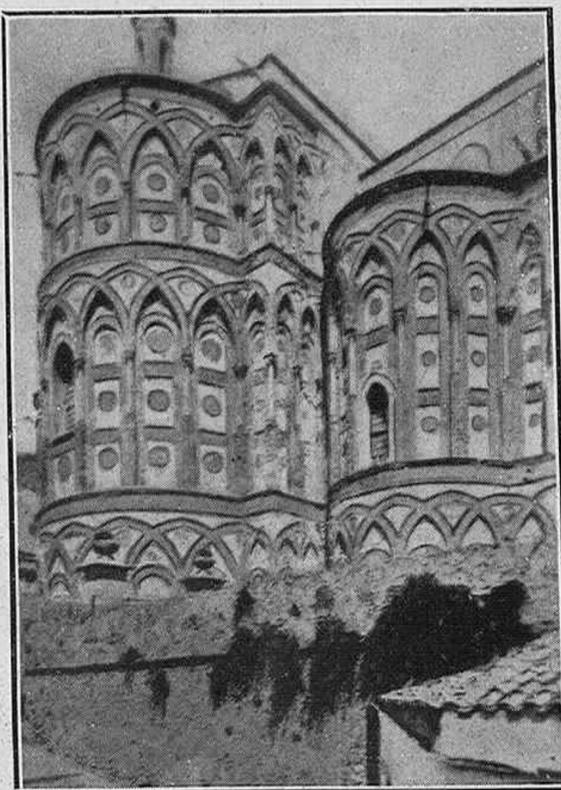
Y así, con tan vehemente deseo, dióse principio en 1174 ó 1176 á la fábrica que más tarde había de brillar como preeminente joya de la monumentalidad italiana y constituir un ejemplar interesantísimo, producto de una feliz mezcla de estilos normando, árabe y bizantino.

Se explica esta trinidad artística, habida cuenta de la invasión de la Italia meridional por los normandos, quienes capitaneados por Roberto Guisard, penetraron en Sicilia, fundando en 1130 el reino de las Dos Sicilias. Los artistas normandos llegados á Palermo no dejaron de servirse de la colaboración de los artistas árabes y bizantinos que residían en la isla conquistada. De esta suerte, mediante semejante asociación, surgieron sobre el suelo siciliano diversos monumentos religiosos y civiles de alta jerarquía, contándose entre los primeros la Abadía benedictina de Santa María de Monreale, á unos cinco kilómetros de Palermo, levantada, según la tradición, en el mismo lugar donde en el siglo VI San Gregorio Magno había fundado un santuario. Y en vista del aspecto magnífico que en seguida tomó el templo, el Papa Lucio III, en 1182, elevó la Abadía á Arzobispado, á petición del propio monarca Guillermo II.

En algunas secciones de esta soberbia construcción priva el estilo árabe, libre de toda cooperación bizantina; en otras, es el bizantino el orden que domina, exento á su vez del árabe. Pero puede decirse que á través de todo el vasto edificio no se observan contrastes duros ni decepcionantes divergencias; antes bien, impera sobre la obra, así en cuanto á conjunto como en pormenores, la virtud tan estimable de la armonía y de la más exquisita afinidad espiritual.



En el exterior de este templo obtienen las primeras ponderaciones de asombro del visitante las dos puertas de bronce que figuran en la fachada principal. Ambas datan de la segunda mitad del siglo XII. La septentrional, de exorno mucho más prolijo y delicado que su compañera, y que constituye un verdadero portento, es obra del famoso Barisano de Trani, escultor y fundidor, á cuyo talento y refinado gusto débense buen número de puertas de basílicas italianas. La occidental, muy severa y de traza más tosca, es obra de Bonannus, quien debe ser el mismo artífice Bonano Pisano, ingeniero, arquitecto y escultor, autor de al-



Exterior de los ábsides

guna de las puertas de bronce de la Catedral de Pisa, como también de la iniciación de la obras del *Campanile* ó torre inclinada de dicha plaza.

Y que cause verdadera admiración, ya sólo queda en la parte externa el conjunto de los tres ábsides posteriores, sumamente originales, adornados merced á una distribución de tres zonas horizontales, en cada una de las cuales se produce una sucesión de arcos apuntados, enlazados entre sí, y de aspecto bien curioso, pues la piedra que deja dibujadas las arquerías figuradas es de un color bastante obscuro, negruzco, mientras que en el resto de los muros la piedra es de un tono gris, causando la combinación un peregrino efecto.

Al penetrar en el interior de esta meritísima basílica, queda de momento poderosamente atraída la atención del devoto por la majestuosa presencia, que impone, de las dos ringlas de altas columnas de granito, monolíticas, de clásica arrogancia, que señalan las naves. Deben las mismas proceder de alguna insigne construcción romana.

Después, cuando se avanza unos pasos sobre el magnífico enlosado de pórfido y mármol, consigue toda la atención del visitante la gran

imagen de Jesús, que llena todo el cascarón del ábside. Queda trazada mediante el empleo de diminutos mosaicos de colores, según el procedimiento del arte bizantino, y como se encuentra en tantas otras basílicas coetáneas. Seguidamente se descubre con la mayor sorpresa, que se traduce en fuerte y grata emoción en el espíritu, cómo todo el semicilindro absidial, muros contiguos y secciones superiores de las tres naves, es una verdadera costra de mosaicos, á base de fragmentos minúsculos, con los que se dejan compuestos unos dibujos prodigiosos, orlas y festones, entre los que resaltan grandes figuras, de expresión magnífica, representando escenas del Antiguo y Nuevo Testamento. Y tales mosaicos, en su exuberancia, suntuosidad y colorido son verdaderamente fantásticos, como no es posible imaginar.

El arte bizantino, en cuanto á ornamentación interior, tiene en este océano de mosaicos de la Catedral de Monreale una manifestación tan elocuente y portentosa que, para ensalzarla, no encontramos palabras de suficiente valor ponderativo; basta decir que consigue el máximo de esplendor. De todos modos, hemos de confesar que semejante ornato y tanto fausto, demasiado vivo por causa de la estridencia de sus colores y la excesividad de sus combinaciones, propios del estilo bizantino, y que se encuentran en buen número de templos, entre ellos Santa Sofía, de Constantinopla; San Marcos, de Venecia; San Apolinar, de Rávena, amén de esta Catedral de Monreale, nos agradan, sí, y hasta logran nuestro entusiasmo por lo que se refiere á la producción artística. Como exorno para un templo, su falta de severidad nos disgusta; más que aumentar el fervor, lo repele.

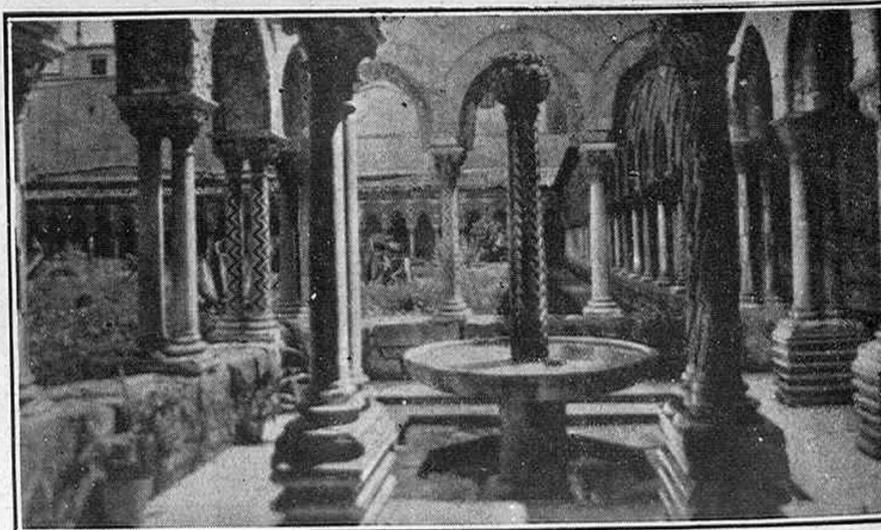
Nimba el claustro la fama evidente de constituir uno de los panoramas monumentales más bellos del mundo. Es vastísimo. Circunda el patio, colmado de ufana vegetación silvestre, una galería uniforme. Sus arcos, ligeramente apuntados, libres de tracería, se apoyan en columnas pareadas, muchas de las cuales tienen labrados sus esbeltos fustes, culminando sobre ellos las finuras superlativas de cada juego de capiteles, que ora se acercan á las serenas líneas corintias, ora muestran las características genuinas de cada uno de los estilos bizantinos, normando y árabe, ya empleados en la basílica.

Santa María de Monreale fué víctima de las luchas políticas, en el pasado siglo. Sus monjes fueron expulsados. Pero no hubo mano criminal que empuñara el hacha destructora ni la tea incendiaria; no hubo mano que se atreviera á profanar la tumba de pórfido donde reposan los restos del fervoroso Monarca fundador. ✧

SALVADOR SEDO



Interior de la nave central



El templete del claustro

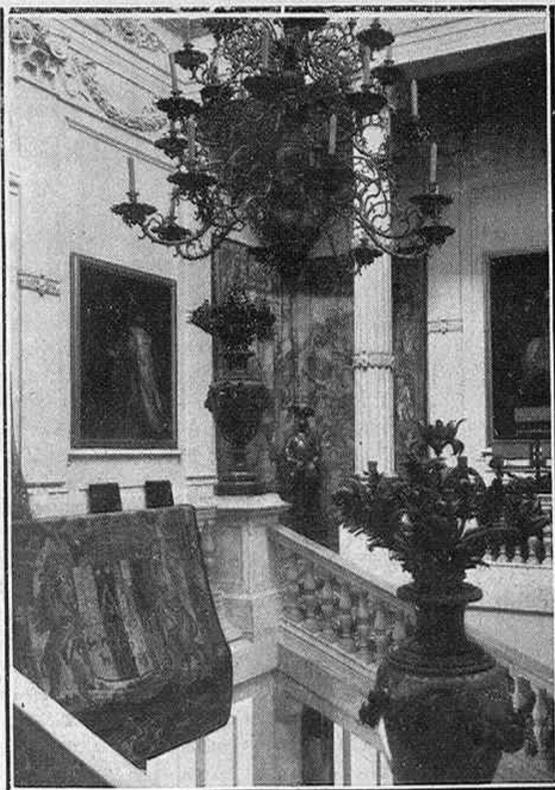
LAS GALERÍAS ARTÍSTICAS MADRILEÑAS EL PALACIO DEL DUQUE DE ALBA ES UN PALACIO DE ARTE

ALFOBRAS recias, mu-
llidas, donde los pies
se hunden como en
blando y escurridizo léga-
mo. Mesas de bronce de
finísimos alicatados y be-
llos adornos, donde la ma-
no y la mente del artista
en su hora de plenitud
grabó sutilísimos arabes-
cos. Anchos y hondos si-
llones donde reposar del
mundano ajeteo. Mesitas
enanas de laca con ceni-
ceros de oro. Doradas y
transparentes vitrinas que
guardan deliciosas buje-
rías, costosísimas miniatu-
ras y joyas de un subido
valor: abanicos, medallas,
camafeos, regias cedu-
llas ó documentos histó-
ricos. Este reloj de oro,
ancho, plano, con menu-
da esfera, amarrado á una
finísima cadenita, fué del
padre de la Emperatriz
Eugenia. Aquel legajo de
papeles donde el tiempo
puso su color de ictericia
son cartas de Colón, y es-
toto envoltorio de per-
gamino constituyen el tes-
oro epistolar de aquel
gran señor de la prosa
castellana, fray Luis de
Granada...

¿Y los riquísimos tapices que decoran las salas? ¿Y la profusión de cuadros magníficos que cuelgan de los testeros? ¿Y las porcelanas, bronce, estatuas y armaduras que hacen de este palacio un museo de cosas raras y exquisitas?

El ojo se enriquece aquí con encantadoras imágenes. Pero más borran las siluetas de las otras, y la carga de belleza fatiga la mente.

Cuando nuestro brazo descorre las albas cortinillas por donde se filtra, tamizada, la luz en las regias estancias, el resplandor daña nuestras pupilas y miramos el tesoro que se presenta á nuestro ojos con el mismo asombro que los sol-



La escalera de entrada al palacio del duque de Alba, con sus riquísimos reposteros, dos niveles estatuas, sus cuadros valiosísimos, sus férreas armaduras y el delicadísimo arabesco de su araña central, son un feliz presagio de las maravillas artísticas que guarda la regia mansión



Fachada principal del Palacio del duque de Alba

dados macedónicos el equipaje de Mitrídates. Y hablamos bajito, buscando vocablos pulidos, sin esquiras, ni durezas, para que nuestra parla tenga la dignidad y el atuendo adecuado al sitio, pues no se habla lo mismo en la buhardilla que en el palacio. Y aunque nuestros ademanes son plebeyos y campechanos, aquí, por la sugestión del ambiente, adquieren aire de petulante y estudiada cortesanía.

«UNA PIENSA EL BAYO»...

Junto á la escalera hemos saludado al duque de Alba. Y le hemos dicho, señalando al palacio.

—Señor duque; esta es la Casa del Pueblo. ¿Cómo no ha de serlo, si todo cuanto encierra es obra del enjambre de artistas españoles y es tesoro acumulado por el esfuerzo y el talento de fenecidas generaciones? Y es hogar común, porque este prócer tiene siempre abiertas las puertas del palacio á pobres y ricos. Un empleado del duque nos ha dicho:

—Todos los días visitan gentes nueva. el palacio. El señor duque abre su casa á todo el mundo. Los turistas que vienen á España pasan por esta mansión.

«Una piensa el Bayo, y otra el que lo ensilla». Aquí fracasa nuestro propósito de hacer la reseña de la galería artística de Alba. Porque nunca será mejor lo que anotemos que lo que se nos olvide, y toda eliminación es, en este caso, una injusticia.

Pero no se puede encerrar en el escueto y reducido marco de unas páginas los cientos de obras de arte que guardan estos muros. Ni una visita de tres horas basta á la anotación minuciosa de cuanto, por su jerarquía estética, tiene derecho á formar en el cortejo.

GRECO, RUYSDAEL, TENIERS Y EL PERUGINO

En el vestíbulo hay varios colmillos de elefante, blancas y agudas hoces, que se yerguen junto á la negruzca caparazón de un cocodrilo, que reptá de espaldas á un oso polar, que apoyado en las dos patas traseras, y con sus nervudos brazuelos en ademán de ataque quiere echarse sobre una invisible presa.

Son los trofeos cogidos por el duque en sus correrías cinegéticas por el Africa oriental inglesa, en las montañas heladas del Polo Norte, ó en Egipto.

En Africa, el duque ha cazado el elefante majestuoso, el león de negra melena, *black maned lion*, que habitan las mesetas del Guasin-gishu, el horroso y colmilludo *Wart-hog*, ó jabalí de verrugas, y la esquiva y rameada cebra, solípedo aligero, corcel vertiginoso de las llanuras africanas.

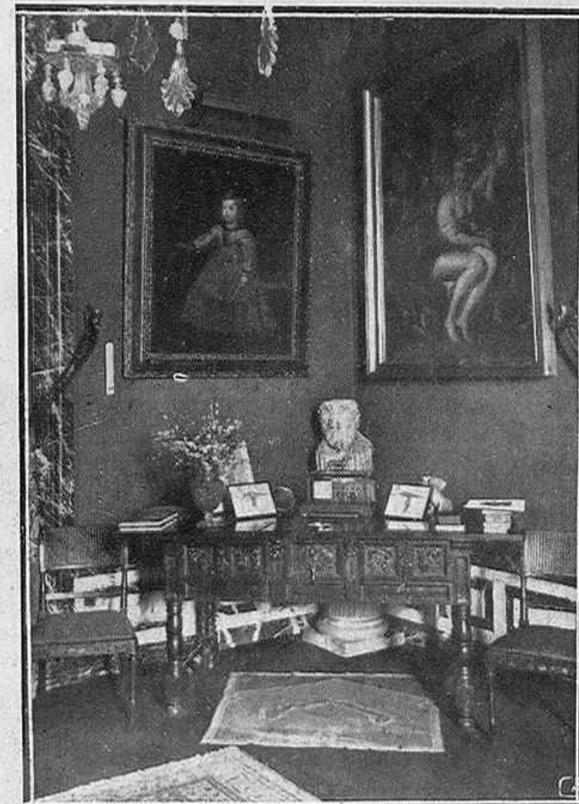
Presidiendo á los animales disecados una estatua, «Zoe», de Emiliano Barral.

Pasamos al salón de vitrinas, donde hay un Cristo del «Greco», en cuya figura el gran artista puso el ascetismo racial en el color parduzco del lienzo. La efígie trae á la memoria la frenética austeridad hispana, la lucha legendaria del ibero contra las apatencias de los sentidos.

Jacobo Ruysdael nos ofrece un paisaje repleto de alusiones celestiales. El maridaje de la tierra y el cielo ofrece una amalgama opaca. En el lienzo, asoma por un boquete la risueña sonrisa de luz que avanza sobre el tapiz ocre del terruño, despojando á las sombras de su maledónico predominio.

El zorrero del Rey, de Francisco Rizi, escena venatoria, se enfrenta con la orgía cromática esplendente donde la viveza del color llena de sensualidad la retina, de *La adoración del niño*, de Pietro Vannucci, «el Perugino».

Más abajo vemos una escena jocunda de Teniers. Un vejezuelo de ojos vivos que esconde en cada arruga una malicia, acaricia á una criada, cuyo justillo aprisiona su triunfante carnalidad. Los ojos humedecidos y amorcosos del valetudinario se clavan con codicia en la rosa-



Un rincón del despacho del duque de Alba. El genio de Velázquez ha dejado aquí su impronta con el retrato de una Infanta. Una cabeza helénica preside el cuarto de trabajo y pone su serenidad augusta sobre los instantes que pasan rápidamente





En este despacho la riqueza y la distinción se hermanan. Hay una muchedumbre de miniaturas que pregonan la destreza de mano de los autores de las «diminutas» maravillas. A la izquierda, el retrato de la Emperatriz Eugenia, en el apogeo de su belleza, y á la derecha, la duquesa María Teresa Cayetana, obra maestra de Goya

está pintado por Canon en 1883 el retrato de su hijo que murió en plena juventud destrozado por las flechas y azagayas de los zulús.

En esta vitrina, hay un libro pequeño, de negra pasta, *La Imitación de Jesucristo*, regalado por la Emperatriz á su hijo el Príncipe cuando el retoño imperial se alistó, afanoso de gloria, con las tropas que combatían en Zululandia. Allí murió el joven. En una hoja de este brillo que tiene ya jerarquía histórica, la Emperatriz Eugenia escribió estas palabras, en francés:

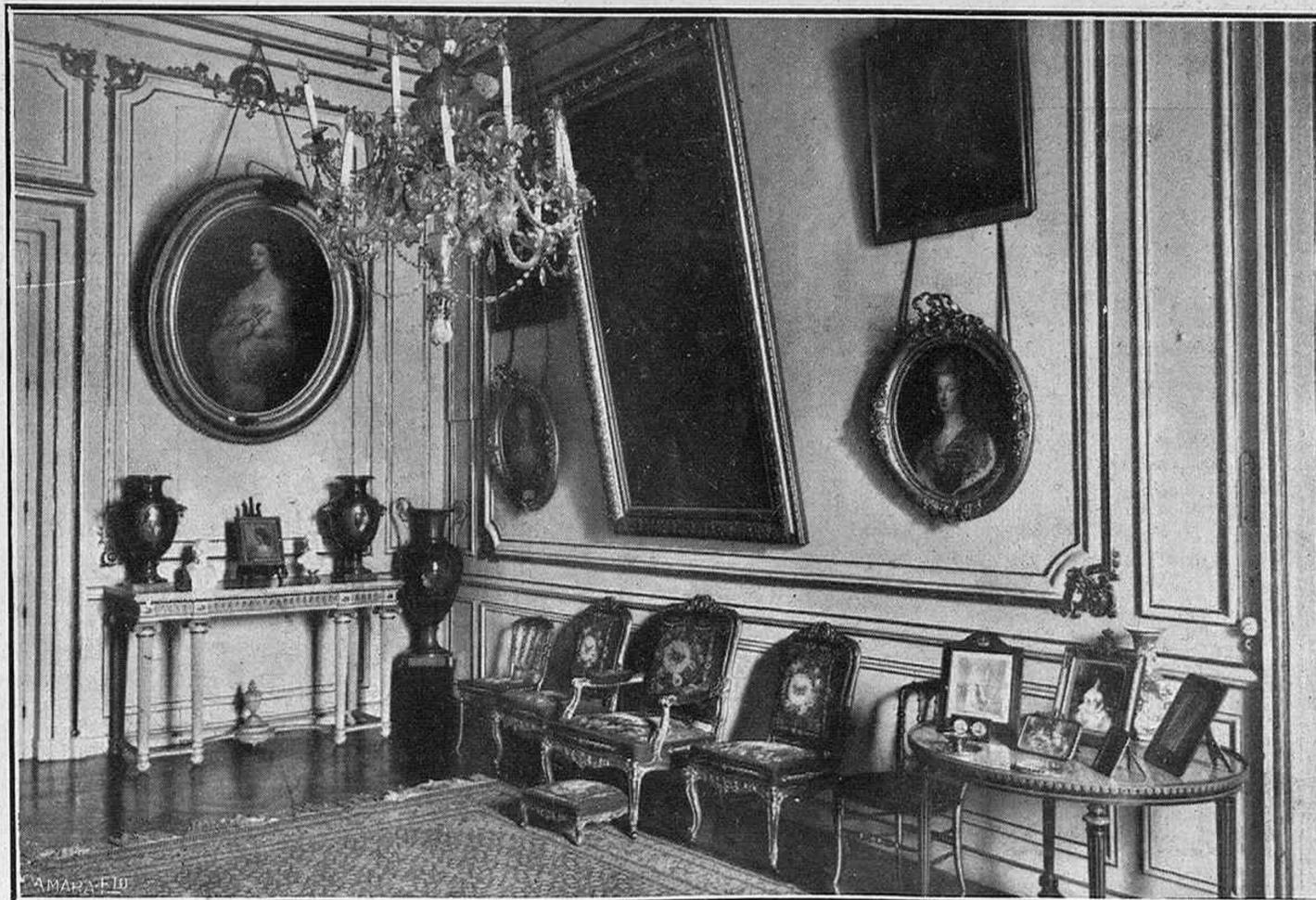
*A mi muy amado hijo Luis Napoleón.
Que Dios proteja á la Francia y que El te dé una vida gloriosa, y tarde, muy tarde, una muerte cristiana. Ama mucho á tu padre y piensa siempre en tu madre. Eugenia. A 26 de Julio de 1870.*

EL DUQUE DE ALBA, POR TICIANO. LOS ACTUALES DUQUES, POR ZULOAGA. LA CELADA DE FELIPE II. TAPICES FLAMENCOS.

Las colecciones de miniaturas son de un incalculable valor. Se piensa con admiración en la legión anónima de artistas que dejaron en estos pequeños cuadritos y medallones la habilidad extraordinaria de sus manos y el fuego creador de sus mentes.

Sobre una repisa el mármol duro tiene blancuras carnales, y la egregia testa de doña Rosa Ventimiglia, duquesa de Berwick y de Alba, regona las excelencias del artífice José Alvarez. Un busto en mármol de María Cayetana de Alva Alvarez de Toledo, XIII duquesa de Alba. Hay dos retratos de la actual duquesa y uno de All a, pintados por Zuloaga, y un cuadro de David Ryckaert, que representa una escena llena de sabor, de dos viejos.

En la llamada «Sala de las batallas», los ver-



Aspecto parcial de la sala donde está, entre otros cuadros de inestimable valor, el retrato del Príncipe Imperial, el hijo de la Emperatriz Eugenia, muerto por los salvajes en Zululandia



El comedor está decorado con riquísimos tapices llamados de las Indias, de una belleza sugestiva. La orgía cromática de los tapices pone una llamarada de luz sobre los objetos y cautiva á la mente con sus fulgores y con las escenas exóticas, que nos transportan á países de ensueño



La sencillez y la magnificencia se unen en este espléndido dormitorio del duque de Alba, nueva muestra del espíritu refinado del prócer artista

da y propinqua faz de la moza que sumerge un plato en una tina.

En un rincón una cabeza en mármol: «La Minerva sin casco»; siglo V, a. de J.

Y por encima de los anaqueles de la librería cuadros de Jacobo Palma. El Veronés, Sarto, y *La aparición de Jesús á la Magdalena* de Rubens y Bruheghel.

DOS CUADROS DE GOYA. LA DAMA QUE CONOCIÓ TODAS LAS GRANDEZAS Y TODAS LAS TRISTEZAS

Tres grandes cuadros se destacan majestuosos en esta sala: el de María Teresa Cayetana, de Goya, donde la paleta del gran pintor tejió con los colores la urdimbre finísima de un ensueño. Sobre el cendal blanquecino del fondo se destaca la figura quebradiza, etérea, fugitiva, de María Teresa. Un rojo y encendido lazo aprisiona el talle de la dama, y el dominio de sus ojos esparce sobre los objetos una adorable tiranía. Frente á la gentil Cayetana está doña María Gabriela Palafox y Portocarrero, marquesa de Lazán: cuadro de Goya. Un aire de femenina y contagiosa sensualidad exuda el lienzo. La carne viva y hervorosa ha sido inmortalizada en un momento de exuberancia y esplendor. Bajo la larga falda, asoma la lengua de áspid de un chapín de seda.

En medio de estos dos cuadros está el de la Emperatriz Eugenia, del pintor alemán Winterhalter. Todo un pasado pletórico de alusiones románticas evoca en nosotros la figura de la dama que conoció todas las grandezas y derrotas. Que para los grandes, ni las tristezas pueden ser mediocres. Reina, perdió un trono; esposa amante, perdió á su marido; madre tierna y cariñosa, perdió á su hijo; dama de belleza extraordinaria, los años implacables se la arrebataron. ¡Qué trágico destino el de esta mujer! Aquí



En este despacho la riqueza y la distinción se hermanan. Hay una muchedumbre de miniaturas que pregonan la destreza de mano de los autores de las «diminutas» maravillas. A la izquierda, el retrato de la Emperatriz Eugenia, en el apogeo de su belleza, y á la derecha, la duquesa María Teresa Cayetana, obra maestra de Goya

está pintado por Canon en 1883 el retrato de su hijo que murió en plena juventud destrozado por las flechas y azagayadas de los zulús.

En esta vitrina, hay un libro pequeño, de negra pasta, *La Imitación de Jesucristo*, regalado por la Emperatriz á su hijo el Príncipe cuando el retoño imperial se alistó, afanoso de gloria, con las tropas que combatían en Zululandia. Allí murió el joven. En una hoja de este librito que tiene ya jerarquía histórica, la Emperatriz Eugenia escribió estas palabras, en francés:

*A mi muy amado hijo Luis Napoleón.
Que Dios proteja á la Francia y que El te dé una vida gloriosa, y tarde, muy tarde, una muerte cristiana. Ama mucho á tu padre y piensa siempre en tu madre. Eugenia. A 26 de Julio de 1870.*

EL DUQUE DE ALBA, POR TIZIANO. LOS ACTUALES DUQUES, POR ZULOAGA. LA CELADA DE FELIPE II. TAPICES FLAMENCOS.

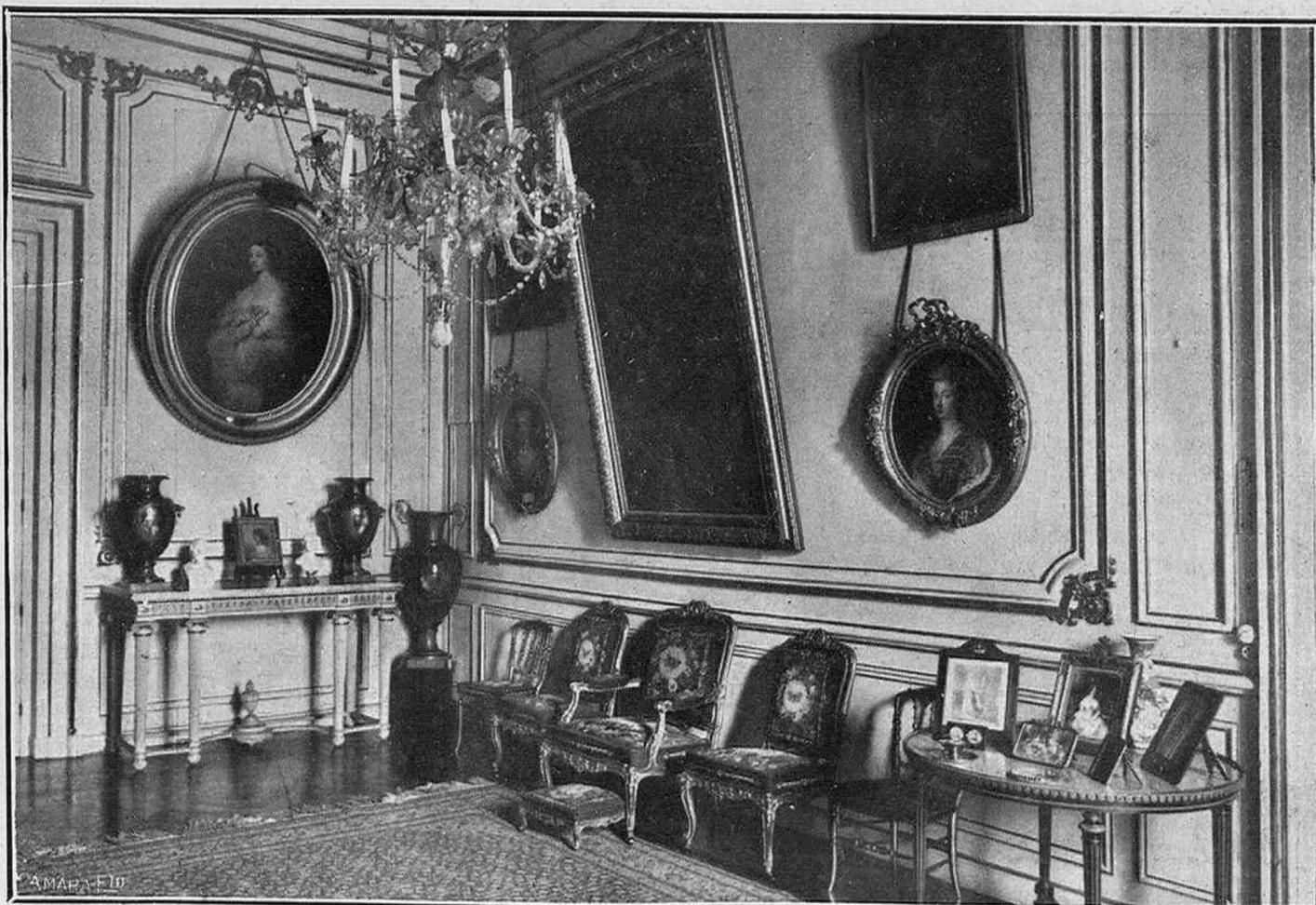
Las colecciones de miniaturas son de un incalculable valor. Se piensa con admiración en la legión anónima de artistas que dejaron en estos pequeños cuadros y medallones la habilidad extraordinaria de sus manos y el fuego creador de sus mentes.

Sobre una repisa el mármol duro tiene blanduras carnales, y la egregia testa de doña Rosalía Ventimiglia, duquesa de Berwick y de Alba, pregonan las excelencias del artífice José Alvarez.

Un busto en mármol de María Cayetana de Silva Alvarez de Toledo, XIII duquesa de Alba.

Hay dos retratos de la actual duquesa y duque de Alba, pintados por Zuloaga, y un cuadro de David Ryckaert, que representa una escena llena de sabor, de dos viejos.

En la llamada «Sala de las batallas», los ver-



Aspecto parcial de la sala donde está, entre otros cuadros de inestimable valor, el retrato del Príncipe Imperial, el hijo de la Emperatriz Eugenia, muerto por los salvajes en Zululandia

des tapices flamencos ponen un polvillo gaseoso en el ambiente. Las rojas cortinas, cogidas por los lazos de cordón, como tallas de mujer, semejan banderas á media asta.

Un ramo de mimosas satura la sala de un finísimo y penetrante olor.

Austeridad ibérica. Reciedumbre; golpes de forja, rechinar de hierros y espadas. Herramientas con las que se forjó la vieja España hidalga y aventurera: pistoletes, corazas, labradas cazoletas; petos de escamas aceradas, largas picas, hojas toledanas que brillaron al sol en Flandes y en Turquía; banderas españolas bajo cuyos bordados pliegues pelearon los españoles de antaño... Sillones de tijera, señoriales; anchos sillones fraileros con sus respaldos tachonados; blandos almohadones con sus borlonas como campanillas...

En la repisa de la chimenea la armadura del viejo duque de Alba. Está hendida por un costado. Golpe de pica que buscó el corazón del caudillo en su lucha con los herejes.

En el retrato de este gran capitán pintado por Ticiano, el famoso militar tiene en su faz las características de los vencedores: la voluntad y la inteligencia.

Valor frío, sereno, sin la estúpida bravura, ni la fanfarronada procaz. Conciencia de su misión y de su destino.

Bernardino de Mendoza, capitán de Tercio, soldado en Flandes, donde mandaba una bandera á las órdenes del duque de Alba, cuenta de su jefe que instándole los soldados impacientes á que diera una batalla, el duque respondió «que no convenía, por no ser llegada entonces nuestra arcabucería, y porque con la que tenía el enemigo en los jardines que nos hacían espaldas, desharía á nuestra caballería, que era muy poca.

«Respuesta que oyéndola el barón de Chevreau, que era capitán de arcabuceros á caballo y había aquel día atacado la escaramuza gallardamente, arrojó el pistoleta en tierra, diciendo con gran despecho:

«¡El duque de Alba no quiere combatir!»

Oyéndole el duque se rió, diciéndole á él y á los demás que estaban presentes, no pesarle de ver que sus soldados hiciesen aquella demostración, por serlo de mucho coraje de poner las manos en los enemigos, que era lo que les tocaba, y á los generales vencer».

Convenientes palabras de un tan sabio guerrero, añade Mendoza, porque los soldados de ordinario quieren combatir para aventajarse



Un rincón de la «Sala de las batallas». Los testeros están cubiertos por magníficos tapices flamencos. Retrato del gran duque de Alba, por Ticiano; sobre un mueble la armadura del caudillo, hendida por un golpe; en la repisa de la chimenea la celada de Felipe II... La vieja España, altiva y guerrera, llena de evocaciones sentimentales. El pasado presenta aquí las armas—petos, herruzas, estandartes—con que forjó la nacionalidad hispana

y ganar honra, mostrando su esfuerzo, y la de los generales es vencer, si es posible, sin pérdida de un soldado.»

En la cornisa está la celada de Felipe II y sobre una mesa una carta de recomendación de los Reyes Católicos á don Diego López de Haro, señor de Carpio, gobernador del Reino de Galicia, á favor de don Alfonso del Burgo, fechada en Salamanca el 22 de Noviembre de 1486.

VAN DICK, MENGES, JUAN CARREÑO, DURERO Y REMBRANDT. LA ORGÍA Y EL BAÑO DE VULGARIDAD

El despacho del actual duque de Alba tiene cuadros de extraordinario mérito. Van Dick: *Retrato de un niño*; Jacobo Palma (El viejo): *Personaje desconocido*; Ticiano: *Federico de Gon-*

zaga, duque de Mantua; Menges: *María Luisa de Borbón, Infanta de España*; Velázquez: *La Infanta Margarita María*. En el dormitorio del duque, un cuadro: *Santa Teresa de Jesús*, por Juan Carreño de Miranda.

Antes de pasar á la galería de estampas vemos la faz de Sancho Panza, por Zuloaga.

—Esto es un museo, amigo mío—digo á mi acompañante—; pero, ¿es que compra el duque pocos cuadros modernos?

—No, señor. Adquiere constantemente pinturas de artistas contemporáneos, pero las tiene que guardar en las salas, sin poder colgarlas, por falta de sitio.

Yo he gastado mi ahorro visual en esta correría por el palacio. El día no me dá más prórroga de luz. Hay cerca de trescientos cuadros que al pasar junto á ellos nos exigen, imperiosamente, la entrega de nuestra personalidad. Estamos fuera de nosotros y cuando al quitar la vista de un lienzo volvemos á rescatar nuestro «yo», otra obra maestra nos exige que perdamos nuestro albedrío.

Hemos topado con tres colosos: Rembrandt, Durero, Leyden... Rembrandt se asoma á nuestra curiosidad con *La estampa de los cien florines*, *El torneo*, *El burgomaestre* y *La Anunciación á los pastores*; Durero, con *San Eustaquio*, y *El caballo de la Muerte*, donde un caballero avanza con su corcel cuyas patas pisan á un jabardillo de bichos, mientras un viejo barbudo y de inquietante mirada enseña al guerrero un reloj de arena.

¡El Tiempo invencible é inexorable!

La tentación en el desierto, de Leyden. Arte-ro, solapado y maligno, el deleite en figura de viejo encapuchado, invita al Santo á que deje sus vigiliias y maceraciones y acuda al banquete de la vida. El asceta sostiene dura pelea, pero el espectador sabe que ha domoñado á la bestia carnal, que aún ruje con toda su fuerza diabólica, escondido en las encrucijadas de los sentidos del cenobita.

—¿Quiere usted—me dice—ver los tapices del comedor?

—No, señor. Muchas gracias—respondo con un gesto de cansancio. Los ojos ya no pueden con la carga de imágenes. Y aunque es verdad que de vez en cuando deben también correr sus orgías, no es bueno acostumbrarlos á lo extraordinario. Yo necesito ahora, rápidamente, un baño de vulgaridad.

(Fots. Cortés)

JULIO ROMANO



He aquí el salón llamado de las vitrinas, con cuadros de Van Dick, Teniers, Greco, Rizi... Las vitrinas guardan bajo las transparentes tapas de cristal muchos documentos históricos: cartas de Fray Luis de Granada, de Colón, de hijosdalgos castellanos, de príncipes, magnates y gobernadores de Estados. Los estantes conservan libros de historia, viejos palimpsestos, pergaminos é incunables...



«Regreso de la cacería», proyecto de decoración mural, de Ximénez Herráiz

UN GRAN ARTISTA MALOGRADO ANGEL XIMÉNEZ HERRAIZ

EN plena floración —en ese momento en que la flor comienza á ser fruto—ha muerto el madrileño Angel Ximénez Herráiz. Veintinueve años han separado su nacer de su morir. Y en tan pequeño espacio de tiempo, ha podido dejar huella imperecedera de su memoria. Su obra, más afortunada que su vida, durará y tendrá siempre un puesto en la historia artística de esta época.

Una característica de este siglo es la precocidad de los artistas. Todos los que están vivos han logrado, al llegar á los treinta años, madurar con firmeza y encontrar la fama y, lo que es más difícil, el estilo de su labor futura. Hay nombres gloriosos —como el de Julio Antonio—que se rodean de una corona de laurel cuando apenas el artista ha asomado sus ojos curiosos al mundo. El camino penoso, lento, obstinado, para después, en los umbrales de la senectud, alcanzar el galardón máximo, no es de nuestro tiempo. Nuestro tiempo es el del artista que, sin haber sido niño, se encuentra bruscamente viejo, cuajado, formado en el sexto lustro de su vida. El es-



«Estampa andaluza», dibujo de Ximénez Herráiz

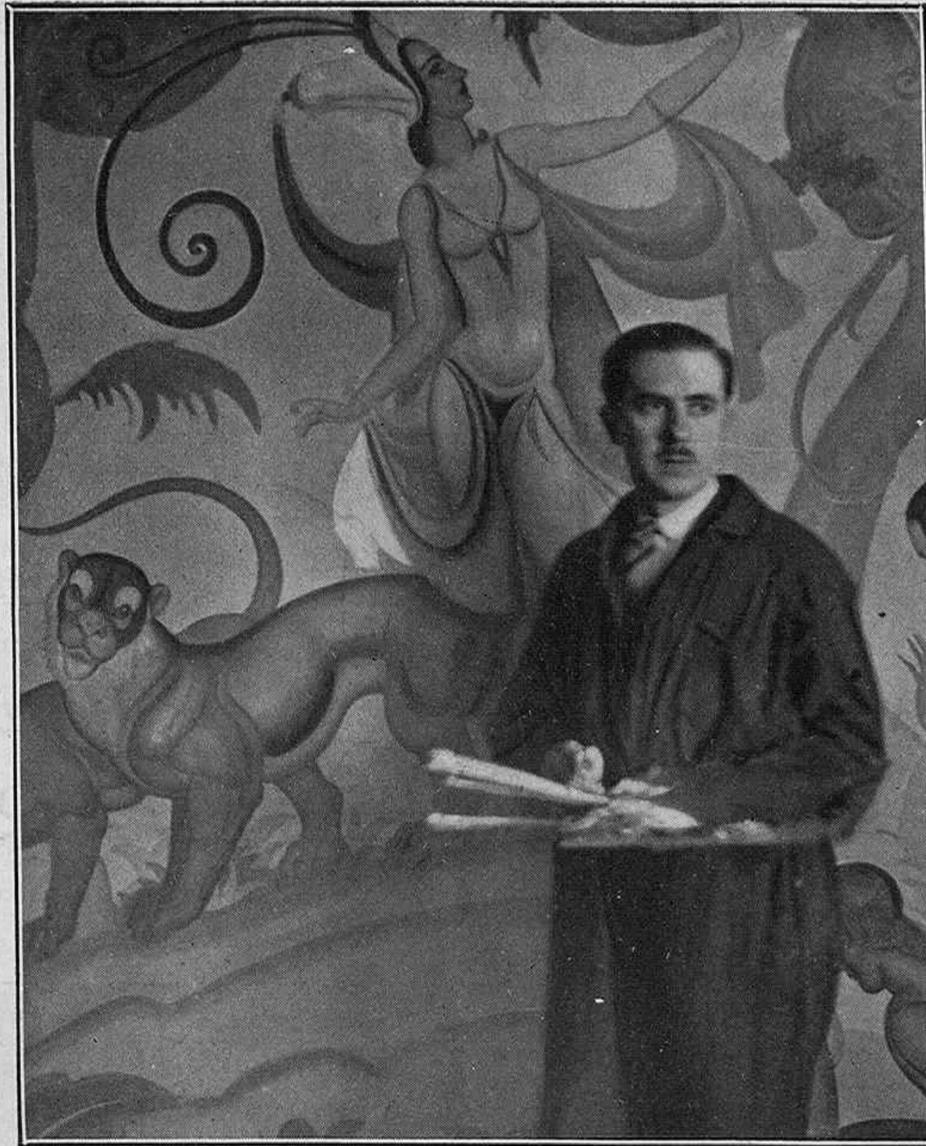
píritu ha suprimido su primer período, el de su infancia. Nace, y es ya joven á los quince años. Y alcanza el mediodía cuando aun no ha desvanecido su rosicler la aurora.

De esta ley ha sido obediente Angel Ximénez Herráiz. Llegó á fructificar temprano, demostración del ímpetu que dentro llevaba. Y en el momento en que alargó los finos dedos para recoger la cosecha, caía herido súbitamente para no levantarse más.

Tenemos, por lo tanto, que hablar de primicias: las primicias de una primavera juvenil, que prometía un etío cargado y colmado. Primicias de pintor y de dibujante. Delicados y sutiles arabescos de esa mágica musa moderna de lo decorativo. Ximénez Herráiz ha dejado poquísima pintura de caballete; algún retrato, algún óleo. Su labor se distribuyó en tres aspectos—los tres tan modernos—de ese arte. Le atrajeron los grandes frisos murales, la afiligranada trama del vitral y la ilustración de libros y revistas. En ello está su obra casi entera y en ello demostró la poderosa personalidad de su temperamento.

Entendía la pintura como un poema. Delicadísimo hasta ser tenue, armónico hasta ser artificial, gracioso como un miniaturista persa, este muchacho no pintaba una naturaleza que veía, sino una naturaleza que soñaba. Como ciertos químicos destilan de metales y plantas sutiles alquimias, él destilaba quintaesencias de ademanes, de colores, de líneas elegantes de su paisaje interior. Si hay alguien que pueda servir de punto de mira para valorar a Ximénez Herráiz, podemos hablar de los prerrafaelistas ingleses. Pero él era un prerrafaelista más oriental, un preciosista más minucioso; más libre también de los grandes temas caballerescos, históricos, épicos. Al modo de Dulac, tenía en las venas una sangre de legendarios orígenes asiáticos y en los ojos la belleza precisa de cada cosa en relación, en acorde, en consonante con las demás. Su fruición por la línea curva, por el escorzo elegantísimo, era igual á su enamoramiento por los objetos que tienen un valor de símbolo y por los agrupamientos de figuras en sentido de friso escultórico ó en sentido más elevado, de musicales alegorías. Era un pintor subjetivo, que tenía un alma remota y de ella extraía composiciones suaves de color, á veces semi-desvanecidas.

Discípulo de Cecilio Plá, el colorista vibrante, que llega hasta lo flamígero, la retina de Ximénez Herráiz no recogió, como la de su maestro, la orgía luminosa de nuestro clima meridional. Había una bruma—la leve niebla del ensueño—ante el sol dorado de lo real, pa-

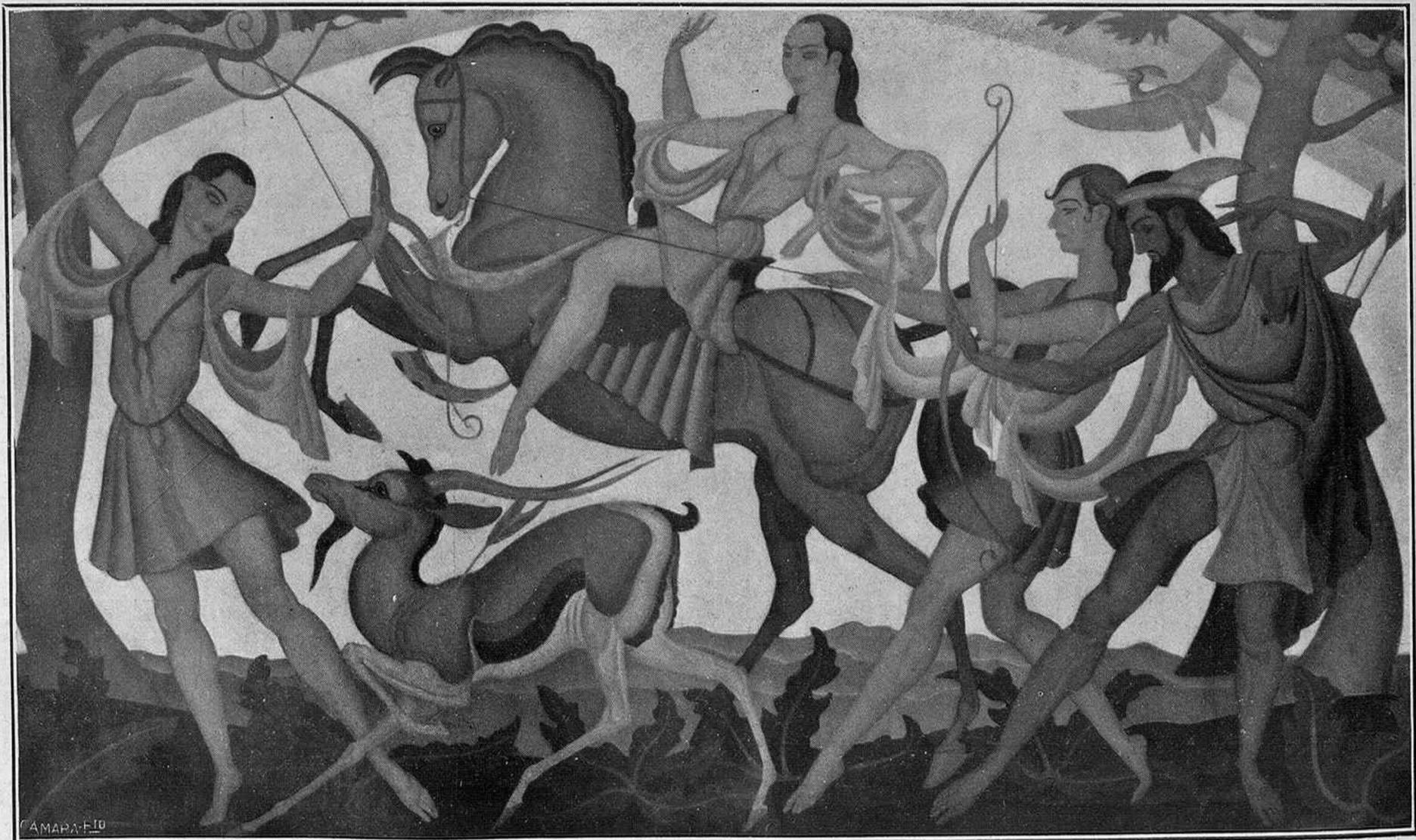


Angel Ximénez Herráiz, el artista tan tempranamente malogrado, trabajando en su estudio

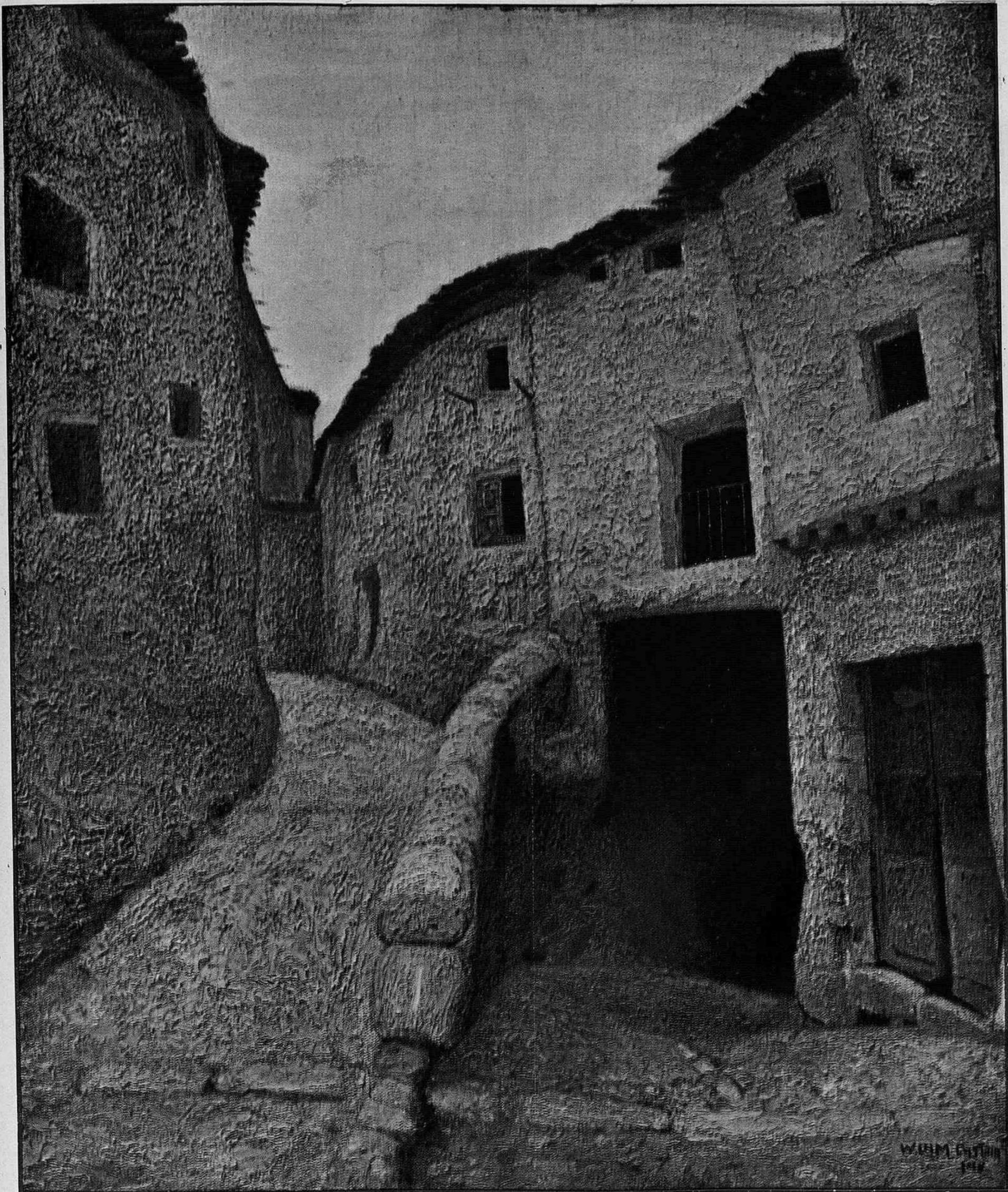
ra este pintor de imaginaciones. Prefería los acordes armoniosos en tonos menores, las dulzuras de las medias tintas, las escalas cromáticas crepusculares. Si Plá, el maestro, era como la *Sevilla* de Albéniz, Ximénez Herráiz, el discípulo, era su *Córdoba*, misteriosa, semicallada y con profundísima proyección hacia el pasado.

Tal este artista, en el que se cumple esa sabida frase de Lucrecio: «Los elegidos de los dioses mueren jóvenes». Tal este artista no museable, porque pintó pocas telas, y que, en cambio, intervino en la dura labor de los días, para poner en ellos su sello de exquisita y auténtica aristocracia espiritual. Su misión fué rodearnos de cosas gratas, llevando á todos las sonrisas del arte, por el cristal coloreado, por la ornamentación del periódico, por la nota constante en los objetos de uso repetido. Hay pintores egocentristas que lo toman todo de la vida y reducen á unos lienzos bien y lentamente trabajados, su devoción. Hay otros que se derraman en ella, se dan á ella minuciosos, pacientes, humildes; los que la engalanan y van con constancia anónima creando cosas hermosas que nadie sabrá quién hizo, pero que, en su conjunto, forman el carácter de un tiempo de civilización. Son los que—como Ximénez Herráiz—nacieron con la misión de embellecer la vida y no se llevan nada de la vida, aunque ellos se lo dieron todo: la carne y el espíritu y el alma.

TOMÁS BORRAS



«El cortejo del amor», cuadro de Ximénez Herráiz



«Una calle castellana» (Lucena)
cuadro de W. Lam

ELÉVASE este castillo en un espacioso cerro, á cuyas plantas, por el lado del Poniente, en una depresión del terreno de más de sesenta metros, y sirviendo á la fortaleza de infranqueable foso natural, se desliza el obscuro río Sil. Una doble cinta de almenadas murallas defiende el recinto del castillo por los demás vientos, y de trecho en trecho se alzan del grueso muro de mampostería que ciñe su dilatado perímetro, vetustos torreones de altas y melladas almenas. La portada ó entrada principal tiene dos elegantes puertas de medio punto, una fuera

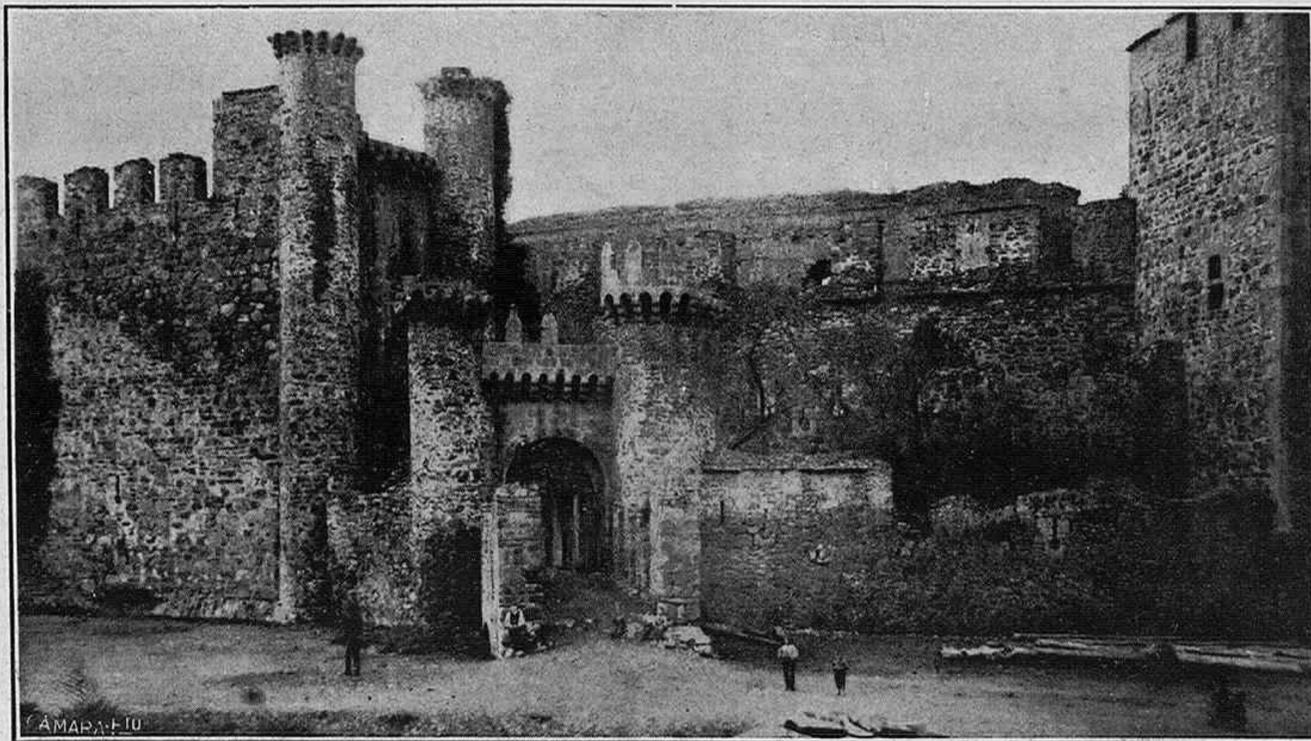
y otra dentro, que custodian cuatro altos y graciosos tambores en forma de minaretes con coronamiento de canecillos y almenas de aguja.

Dentro, entre la desolación de las ruinas y el desmantelamiento de los muros, algunos de cuyos lienzos se conservan verticales por un verdadero prodigio de equilibrio, aun pueden distinguirse los varios compartimientos que formaban esta formidable fortaleza: la plaza de armas, donde fulgían á los rayos del sol los aceros de los valientes Templarios, la Sala de la Encomienda, la capilla en la que profesaban aquellos denonados caballeros, el panteón, las mazmorras de las torres y las caballerizas, en cuyo gótico arco de entrada está esculpida la misteriosa cruz sin remate, en forma de T, que era la enseña de los Templarios.

Nada se sabe á punto fijo de la historia de este castillo antes del año 1178 en que aparece donado á la Orden del Temple por los Reyes de León, don Fernando II y su hijo don Alfonso VIII. Supónese construido el castillo de Ponferrada sobre las ruinas del romano *Inter annium*, el que á su vez se levantó sobre las ruinas de otro celta, y es de suponer que en las enconadas luchas sostenidas para la reconquista del suelo patrio, los montañeses, que palmo á palmo disputaban á los sarracenos el terreno invadido, se valdrían de la estratégica situación del castillo ó de sus ruinas. Del examen de éstas no parece aventurado deducir que su edificación responde á tres distintas épocas, encontrándose vestigios de edificaciones romanas y de estilo gótico primitivo, y sólo en la fachada, que fué la construída por los Templarios, se observa el refinado gusto arquitectónico del siglo XII.

Fernando IV *el Emplazado*, reivindicó el castillo, que en el año de 1340 fué donado por Alfonso XI á los condes de Lemus, quienes le poseyeron hasta los Reyes Católicos. Perdida después su importancia militar, fué nombrado, por mandato, Real Alcaide de la fortaleza el marqués de Villafraña, y finalmente cayó en poder del Ayuntamiento de la villa, hasta que recientemente se lo adjudicó el Estado.

Lo que más acrecienta el valor histórico de sus venerables muros es el haber servido en los siglos XII al XIII de templo, mansión y baluarte de los caballeros del Temple. A estos monjes guerreros les rodea una misteriosa leyenda. Nacieron al calor de las Cruzadas, á un tiempo con los valientes caballeros que formaron las milicias del Hospital y del Santo Sepulcro, en el primer tercio del siglo XII, siendo Rey de Jeru-



Castillo de Ponferrada

salén Balduino II, quien admirado de la fe y decisión de nueve caballeros cristianos, entre los que se contaban Hugo de Paganis y Godofredo de San Ademaro, les concedió un palacio cercano al Templo de Salomón, de donde tomaron su nombre. Los nuevos frailes y caballeros hicieron los votos ordinarios, comprometiéndose además á defender á los peregrinos que visitaran los Santos Lugares y custodiar los caminos de Palestina, y tales fueron sus hazañas y tanta su prez y gloria, que otros afamados caballeros y muchos jóvenes de la nobleza acudieron prestamente á engrosar las filas de la naciente Orden.

Vestían en un principio hábito blanco, al que añadieron después, por concesión del papa Eugenio III, una cruz roja sobre el pecho. El estandarte de la Orden era el «Baucat» ó «Bauceat», compuesto de dos franjas, una blanca y otra negra, significando el blanco la castidad y el negro la dureza y tenebrosidad de la vida de estos extraños freyres, que al entrar en el combate entonaban á grandes voces el versículo de David: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*, y peleaban hasta morir ó triunfar.

Reconquistada Jerusalén por Saladino en 1187, y perdida, por lo tanto, la causa de la Santa Cruzada, todavía los caballeros del Temple cubriéronse de gloria en Tolemaida, desde cuya plaza prestaron poderosa ayuda á los Cruzados, hasta que en 1291, tomado San Juan de Acre por los musulmanes, hubieron de retirarse de los Santos Lugares. Entonces se desparramaron por Europa, cuyos principales castillos ocuparon por dádivas ó generosidades de nobles y monarcas, llegando á poseer una renta cuantiosísima. En España, donde poseían los castillos de Bembibre, Cornatel y Ponferrada, entre otros, consagráronse principalmente á velar y defender á los peregrinos que en su visita al templo del Apóstol Santiago tenían su paso obligado por las montañas de León. Sin embargo, desviados del fin principal de su instituto, desterrados de Palestina, cuánta tristeza y qué melancólicas saudades albergarían sus almas. Todavía no se extinguieron por completo los ecos de su grito de guerra que resonó iracundo en las mansas orillas del Jordán. En el éxodo triste, abandonados los Santos Lugares, los ojos de los monjes volvíanse á Palestina; aun entre la fimbria de los hábitos se acumulaba el polvo glorioso de las llanuras de Jericó, donde florecen las rosas mágicas de fuego... ¡Jerusalén!...

Otra desgracia, mayor si cabe que la pérdida

de Palestina, les amenazaba aún: su poderío había llegado á despertar los recelos de los Reyes y sus riquezas la envidia de los magnates. El pueblo odiábalos también; se aseguraba que vivían entregados á abominables prácticas, que vendían cristianos á los moros, que escupían, blasfemando, á un crucifijo [y adoraban á una espantosa cabeza llamada *Bafometo* que era la encarnación de un terrible espíritu. Esta sombría nube cernida sobre la desventurada Caballería del Temple, no había de tardar en descargar. En efecto: la confesión atribuída á dos caballe-

ros Templarios,—Momfocón, Prior de Montefalcón, y Nofe-Dei-Florentín—de algunos delitos horrendos, imputados á toda la Orden, determinaron á Felipe IV *el Hermoso*, Rey de Francia, á decretar en 13 de Octubre de 1307, la prisión de todos los Templarios residentes en Francia, formándose una resonante causa, en la que fueron expulsados del Reino algunos Caballeros, sujetos á dura prisión los más, y condenados otros al suplicio, no sin que todos hicieran protestas de su inocencia.

De este modo fueron quemados vivos en París, en las inmediaciones de la abadía de San Antonio, cincuenta y nueve caballeros Templarios, entre otros el gran Maestre Jacobo de Molay; Guico, Comendador de Aquitania, y Peralda, Gran Prior de Francia. Sin embargo, los atroces delitos que se les imputaban no llegaron á probarse, lo que no obstó para que el papa Clemente V, cediendo á las presiones del monarca francés, suprimiera en 1312 la Orden.

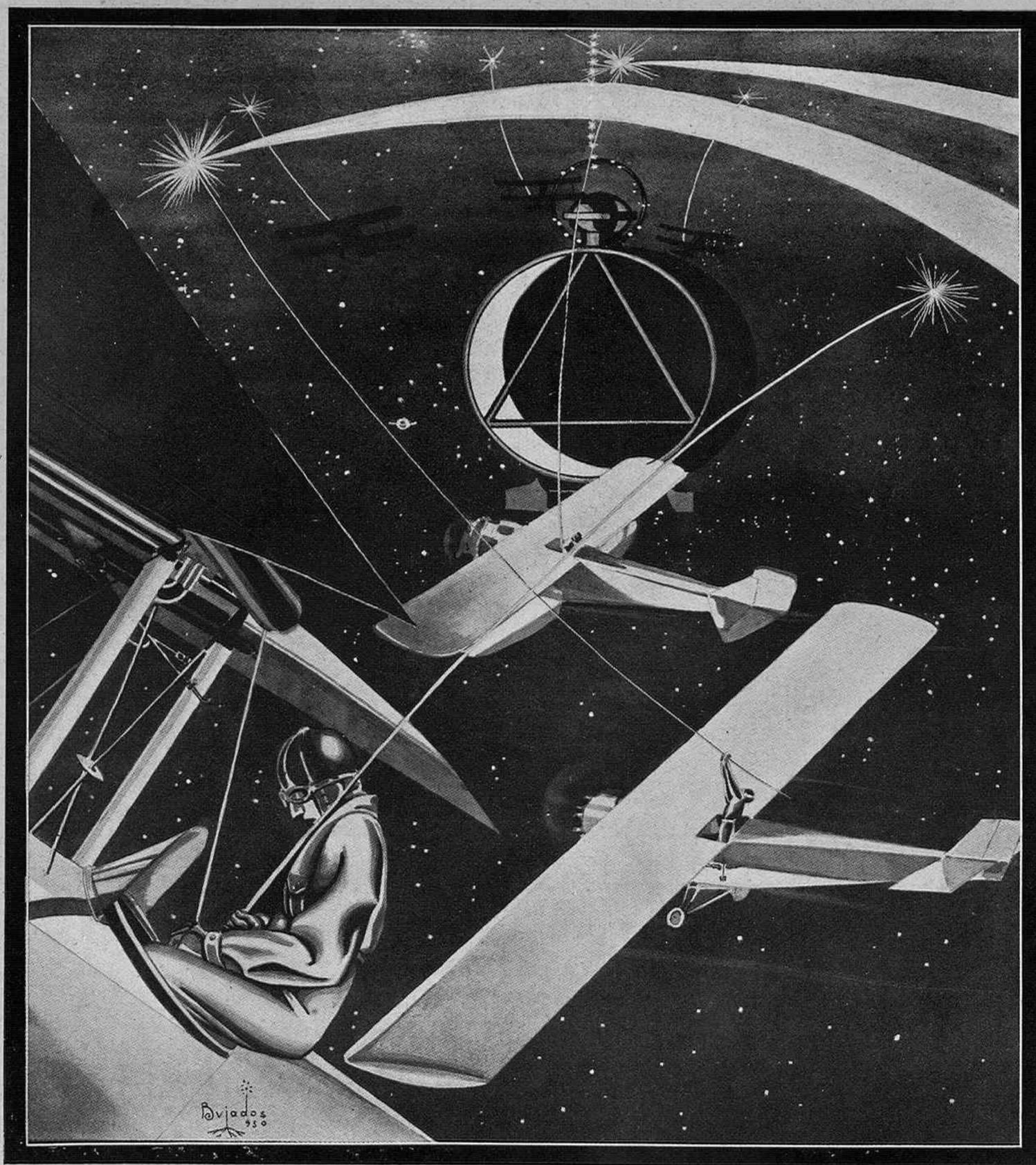
En España fueron juzgados por el Concilio Tarraconense de Aragón y Valencia, y por el Salmantino de 1310 los de Castilla y León, siendo gran Maestre del Castillo de Ponferrada, don Rodrigo Yáñez, cuya noble figura llena de valor y dignidad retrata magistralmente el magno escritor leonés don Enrique Gil Carrasco, en su novela histórica *El señor de Bembibre*.

Una fría y nebulosa mañana se reunieron en la plaza de armas del castillo de Ponferrada los Templarios de León. Tristes y silenciosos, llenos de lágrimas los ojos, acudían á dar el postrero adiós á aquella gloriosa fortaleza, que como las de Valcárcel, Bembibre y Cornatel, sabían perdidas para siempre. Juntos partieron, horas después, á Salamanca, «montados en sus soberbios caballos de guerra, seguidos de sus pajes y esclavos africanos», (1), de cuyo Concilio no debían volver, pues si bien en él resplandeció su inocencia, fueron despojados de sus castillos y destinados sus bienes á distintas Ordenes religiosas.

Sólo nos queda de grandeza tanta, unas miserables ruinas y un escudo, borroso ya por los ultrajes del tiempo, cuya inscripción, leída por Rodrigo Yáñez, el último Maestre, con embargado acento, fué repetida en baja voz por los caballeros Templarios al trasponer por última vez el puente levadizo del castillo: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*.

CECILIO BENITEZ

(1) Enrique Gil. *El señor de Bembibre*.



FAROLEROS DE ESTRELLAS

*• Cuando se apaga el Sol
salen los faroleros
para encender los luceros.*

*Corred, ¡oh aviadores faroleros!,
por los siderales senderos
con vuestra lanza luminosa,
y en fantásticos vuelos
encended en los cielos
toda esa teoría caprichosa
de estrellas que iluminan
la ciudad misteriosa,*

*en donde los humanos
tenemos la ilusión
de pasear nuestra eterna mansión
espiritual,
cuando llegue el momento
de echar á los gusanos
nuestro lastre carnal.*

Goy DE SILVA

(Dibujo de Bujados)



Mlle. Roland, la famosa aviadora, caballero de la Legión de Honor, ante su aparato

ACTIVIDADES FEMENINAS

LAS MUJERES QUIEREN GANARSE LA VIDA

LA mujer parece cada día más resuelta á librarse de la tiranía del hombre, y para ello, sabiamente, comienza por libertarse de la esclavitud económica, procurando ganarse la vida por todos los medios posibles.

Son ya innumerables las profesiones que las mujeres han abordado con buen éxito y comienza á ser lógico que los hombres se preocupen de esa invasión, sobre todo en determinadas profesiones, de las que acabarán por ser totalmente eliminados.

Si la orientación profesional, de la que tanto se habla y de la que se hace tan poco, fuese ya un hecho de constante aplicación social, se hubiera comenzado por establecer una diferenciación sexual de las profesiones; una clasificación que, en lo posible, hubiera indicado qué ocupaciones correspondían preferentemente, por lo menos, á cada uno de los sexos.

Decimos preferentemente, porque no es tan fácil como antaño se creía establecer esa diferencia profesional entre los dos sexos; hay muchas profesiones que son lo que podríamos llamar «sexualmente indiferentes», y hay, por otra parte, en los casos individuales, mujeres que son más fácilmente adaptables á profesiones masculinas, y hombres de más fácil y útil adaptación á las femeninas.

Lo contrario es, naturalmente, el caso general, y, en definitiva, cuando se dan las excepciones, es, evidentemente, porque en las glán-

dulas de secreción interna, ó entre las glándulas de secreción interna, no existe el equilibrio indispensable que da la normalidad sexual completa; son casos que caen perfectamente dentro de los dominios del doctor Marañón y por él sólo podrían ser debidamente comentados y, en lo posible, curados, si son enfermos.

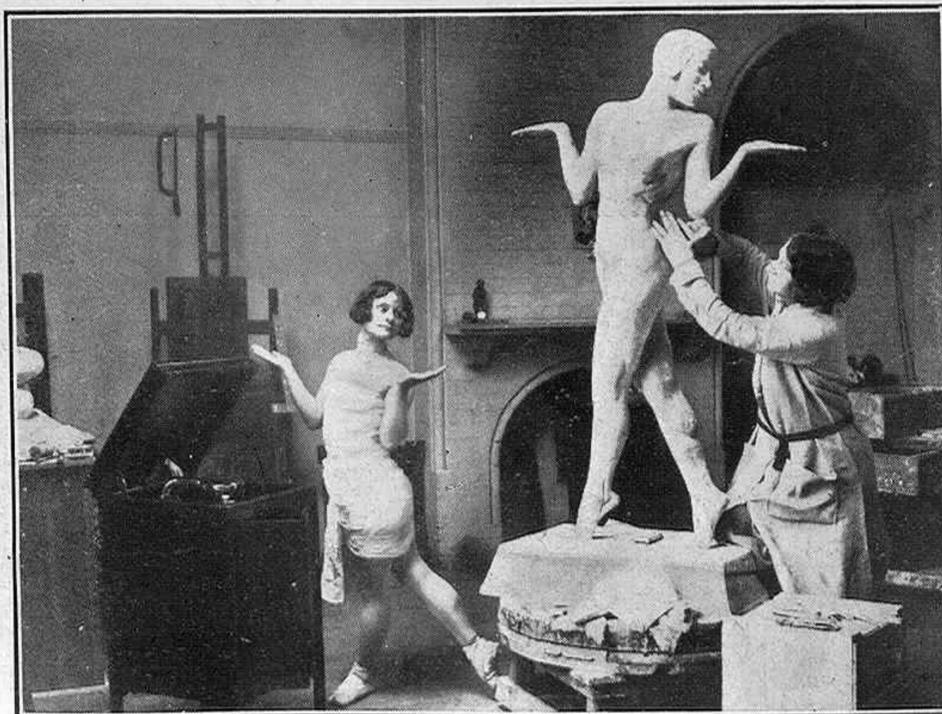
Tal el caso de esa mujer francesa que ha lle-

vado su masculinismo hasta hacerse amputar los senos y ha entablado un pleito contra una Sociedad que no quiere admitirla entre los varones. Se trata, naturalmente, de un hecho excepcional, y lo excepcional, en tales condiciones, suele ser patológico.

Sin llegar á tanto, es evidente que muchas mujeres se dedican ahora á trabajos que podrían

y deberían ser considerados como preferentemente masculinos; hace veinte años sólo se las consideraba admisibles como empleadas de mostrador en ciertos ramos del comercio. Después vino la época que pudiéramos denominar burocrática, que va llevándonos rápidamente al predominio de las taquimecas en oficinas públicas y secretarías particulares, y casi al mismo tiempo invadieron, con excelente éxito muchas veces, las bellas artes que antes las estaban casi vedadas: la pintura, primero, y la escultura, después; y ahora, fuera de nuestro país, también la arquitectura. En la música, que fué de antiguo su campo propio, ampliaron y elevaron su condición; de meras ejecutantes, ascendieron á compositoras, y aun como ejecutantes ganaron inmensamente terreno: dejaron de ser sólo pianistas y algunas lograron ilustrar sus nombres como virtuosas de instrumentos de cuerda. También las hay—pero, afortunadamente, muy excepcionales—ejecutantes en instrumentos de viento.

Dentro de esas profesiones, que



La escultora francesa Edith Gabriel, que copia sus modelos en movimiento

ya podríamos llamar más suyas, la mujer es innovadora, lo que da buena idea de su superioridad intelectual. Así, por ejemplo, la famosa escultora francesa Edith Gabriel, imitando á los pintores japoneses, que hicieron del ritmo de la vida lo esencial de su arte, copia á su modelo en movimiento; lo que la interesa no es la *pose*, lo estático, sino lo dinámico, y lo que persigue no es el cuerpo inmóvil, como muerto, sino el ritmo del movimiento muscular. Ahora hace una bailarina, y su modelo, una muchacha profesional del baile, danza mientras Edith Gabriel modela diestra y rápidamente, procurando sorprender la actitud ansiada.

Otras profesiones, evidentemente menos femeninas, son también muy diestramente ejercidas por mujeres excepcionales.

Así, miss Ella Tronth, que fué condecorada durante la Gran Guerra por haber salvado heroicamente á algunos tripulantes de un barco torpedeado, se dedica á la pesca de langostas, con la que ha logrado ya una gran fortuna, y ella misma prepara hábilmente los cestos que ha de emplear en su trabajo.

De miss Ella Tronth no podría decirse en el padrón, según la vieja fórmula española y al hablar de profesión, «S. L.»; y, sin embargo, sus labores propias son éstas: preparar cestos, pescar langostas con ellos, y enriquecerse.

¡Qué inmensa distancia entre esta mujer y aquellas muñequitas frágiles y débiles, juguetes de los hombres, que conocieron nuestros antepasados!

De cómo avanza la mujer dentro de cada profesión, da buena idea un *garage* de Berlín, donde la mayoría, sino todos los obreros, son femeninos.

La mujer conductora de «autos» es ya cosa vulgar; fué esa una de las varias profesiones á que la mujer llegó más pronto, durante la Guerra, y de la que aún quedan restos en el «punto», en algunas capitales, y quedan, además, bellas deportistas



Betty Jane Hart, con su caballo «Ponto», después de haber ganado la copa para jinetes novicios en California

en el volante; pero eran poquísimas las que practicaban la mecánica; ahora han conquistado también ese terreno, y en el *garage* berlinés ellas se lo hacen todo.

En Francia, siguiendo el ejemplo de algún otro país, hay ya una escuela de «marineras», y en ella, las alumnas dan diariamente pruebas de que podrán sustituir á los hombres en ese oficio peligroso que antes parecía estarles reservado.

Ella Tronth parecía una excepción; ahora podría convertirse en regla.

Hay, sin embargo, profesiones que aún parecían más difíciles que fuesen abordadas por la mujer, y una de ellas, la de capitán de bandidos, tiene ya, sin embargo, un bello representante femenino.

Amelia Bascon, una muchacha de diez y nueve años que, en Nueva York nada menos, capitaneaba una partida de ladrones de tiendas, y que ha sido detenida.

No se trata, efectivamente, de una representante más de las famosas ladronas — *a la tivée*, como dicen allí — de almacenes, tan conocidas en París, sobre todo, sino de la captura de una verdadera y neta cuadrilla de ladrones que asaltaba, de noche, los almacenes de la gran ciudad norteamericana y los desvalijaba totalmente.

Amelia Bascon tenía en su «trabajo» una especialidad, que parece señalarla como caso para un frenópata y que, en otras condiciones, podría ser considerada como un caso de fetichismo: se dedicaba preferentemente á saquear almacenes de calzado.

Sería curioso saber, y algún día podremos tal vez contarlo, cómo llegó Amelia á esa «profesión» y cómo eligió en ella esa especialidad.

DOROTEA



Las obreras de un *garage* de Berlín, que sólo tiene personal femenino



Miss Ella Tronth, heroína de la guerra y rica pescadora de langostas



Un grupo de «Bushmen» negros de una raza antiquísima próxima á extinguirse. Son pequeños y tienen la faz aplanada

ESCENAS Y TIPOS EN EL AFRICA INGLESA

LA VIDA DEL HOMBRE PRIMITIVO

Los pueblos indígenas del África Austral tienen un particularísimo interés actual, que pronto se transformará en puramente histórico; pertenecen casi todos ellos, con raras excepciones, á razas en camino de extinción, y si no han desaparecido ya se debe únicamente á que los europeos invasores no han necesitado mayores territorios para su extensión ó no han encontrado en los que aún podrían anexiarse los elementos de riqueza que les ofrecen otras regiones.

Prototipo de razas llamadas á desaparecer es la de los bosquimanos, ó *borgesmanen*, nombre que como *orang-utang*, significa, sencillamente, «hombre de los bosques». La igualdad de denominación indica la semejanza de tipo y ex-



El paso de un río en las colonias inglesas del S. O.—Un automóvil colocado sobre una balsa sostenida por cajas estancos y lleva pendiente un cable tractor

plica que muchos viajeros hayan tenido á estos negros por solamente semi-humanos; hombres en cuanto á la forma externa, bestias en cuanto á su género de vida é instintos.

Semejante opinión es, por lo menos, poco caritativa; más exacto sería considerarlos como ex hombres: hombres que fueron, con toda la dignidad de la especie, pero que han ido perdiéndola, arrancada por las espinas de una azarosa existencia.

Los antropólogos juzgan que se trata de una de las razas más antiguas y nobles de África, que fué vencida, expulsada de sus territorios y reducida á la vida nómada por razas invasoras más fuertes, y que está, desde hace muchos años, en pleno perio-



Un convoy de indígenas dedicados al transporte en el valle de Karamuti, en el distrito de Caprivi

do de regresión. En todo caso, son los suyos caracteres de degeneración que no presentan cuando constituyen, en determinadas localidades, pueblos que pueden vivir en condiciones normales y cuyos individuos se parecen ya menos á los pigmeos del Africa central.

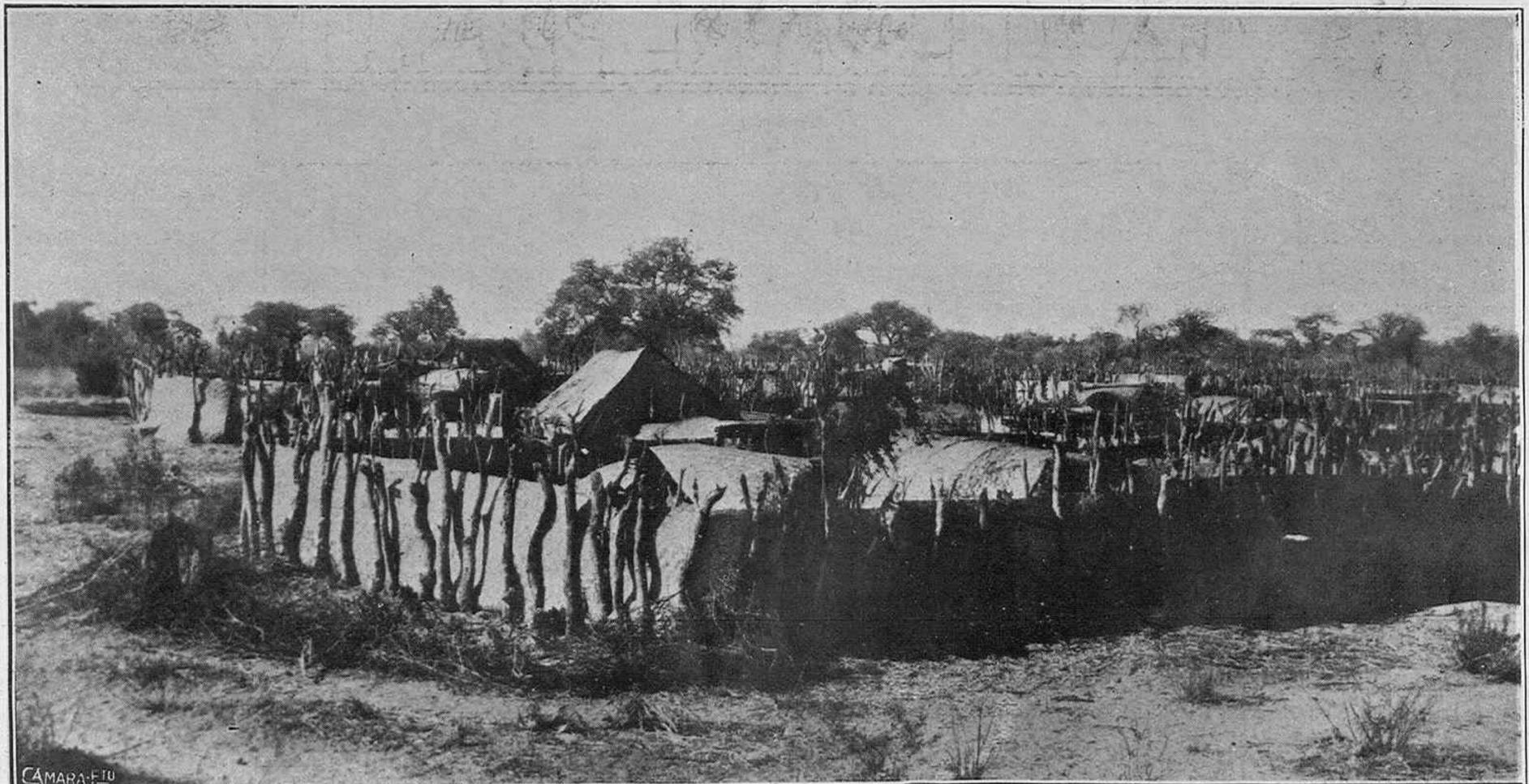
Contrastan con ellos los *cafres* ó *basitus*, que deben el primero de estos dos nombres á su religión: cafre viene, efectivamente, de la voz *kefir* con que los árabes designan á todos los

que (infielos, según su término) no profesan la religión islámica. El nombre de cafre ha dejado de ser tan ampliamente genérico y se aplica preferentemente á los pobladores de una región determinada en el nordeste de la Colonia del Cabo y en el Natal. De ellos se diferencian, con otra denominación, los *zulús*, que viven en la cuenca del Tugela y hasta los límites de las colonias portuguesas.

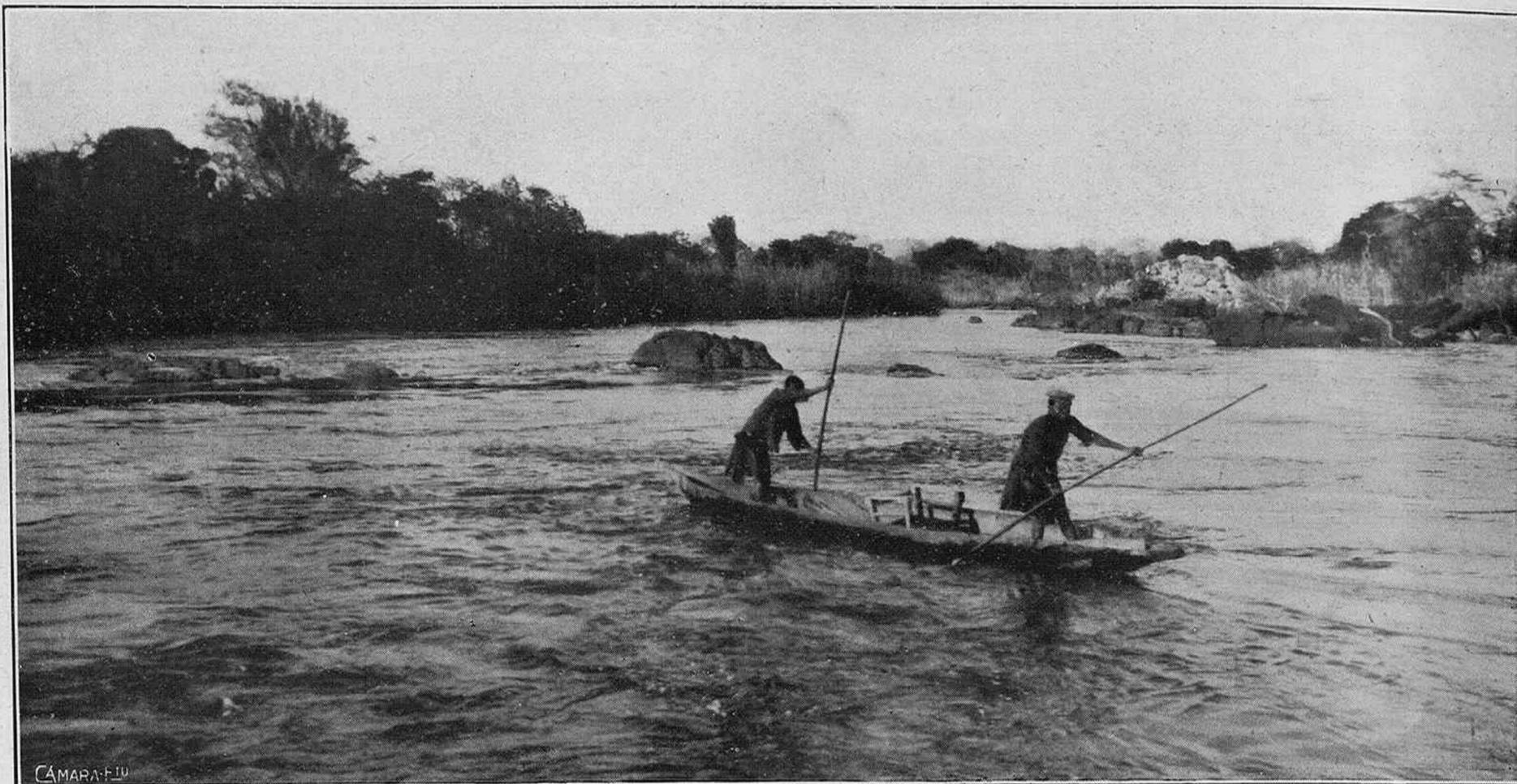
A pesar de la penetrante invasión europea,

los cafres constituyen aún una gran masa; y, hombres pacíficos, que hacen vida sedentaria, se reproducen enormemente, merced también á las condiciones naturales y climatológicas de la región en que viven: la Cafrería es la región relativamente más poblada del Africa Austral.

Los cafres tienen la primacía entre los bautus por la belleza, por la fuerza, por el valor y por la inteligencia. Semejan á los europeos por la finura general de sus facciones, en la que di-



Una aldehuela kaffir en el Africa de S. O.—La valla que defiende al pueblo es muchas veces insuficiente contra las fieras



Indígenas atravesando el río Okavango, en el distrito de Caprivi

suenan sus labios gruesísimos. Sus sentidos tienen más aguda sensibilidad que los nuestros, y su valentía y resistencia han sido en unos instantes pesadilla, y en otros, además, asombro—como durante la huelga del hambre de los Amatrora—de los ingleses, á quienes su ambición colonizadora ha puesto más de una vez en lucha con ellos.

Hay dos razones para juzgar de la intensa vida mental de los cafres: una, de orden patológico: el gran número de locos que entre ellos existe; otra, pedagógica: la impresión favorabilísima á la inteligencia de aquellos indígenas, que han tenido cuantos pedagogos han pretendido educar á los pequeñuelos de aquella raza.

Por su historia, son interesantes los *matabeles*, habitantes de la Rodesia meridional. Su nombre, *matabeles*, quiere decir hombre que desaparece, y le deben al enorme escudo que llevaban á las batallas y tras del cual se ocultaban, desaparecían, durante la lucha.

Pueblo esencialmente guerrero en un principio, acostumbrado á la matanza, no podían los *matabeles* casarse ni educar á sus hijos. Estaban en constante campaña, vivían sobre los países en que peleaban y se abastecían por el pillaje y el saqueo, en el que comprendían mujeres y niños.

Más tarde, cumpliendo una ley natural, los guerreros se trocaron en labra-

dores, los trashumantes en sedentarios, y los *matabeles* constituyeron ya familias.

Los holandeses estuvieron á punto de destruirlos; pero semejante labor «colonizadora» correspondió allí, como en tantos otros lugares, á los ingleses.

Cecilio Rodhes, un financiero y político poco escrupuloso, fué el alma de aquella empresa, para realizar la cual se constituyó, á imitación de la de Indias, una *Compañía inglesa* del Africa del Sur, con veinticinco millones de capital.

La Sociedad envió un minúsculo ejército,

unos 200 hombres, al mando de Jameson, al que se unieron pronto muchos aventureros y buscadores de oro del Transvaal y del Orange.

Jameson logró primero penetrar pacíficamente hasta la residencia de Solenguh, jefe entonces de los *matabeles*, que se la abrió incauto, y poco después un motivo fútil, la rotura de unos hilos telegráficos, sirvió de pretexto á los ingleses para declarar la guerra que fatalmente había de ser funesta para los indígenas, más numerosos, pero con menos y menos eficaces medios de acción guerrera. En 1895, cinco años después

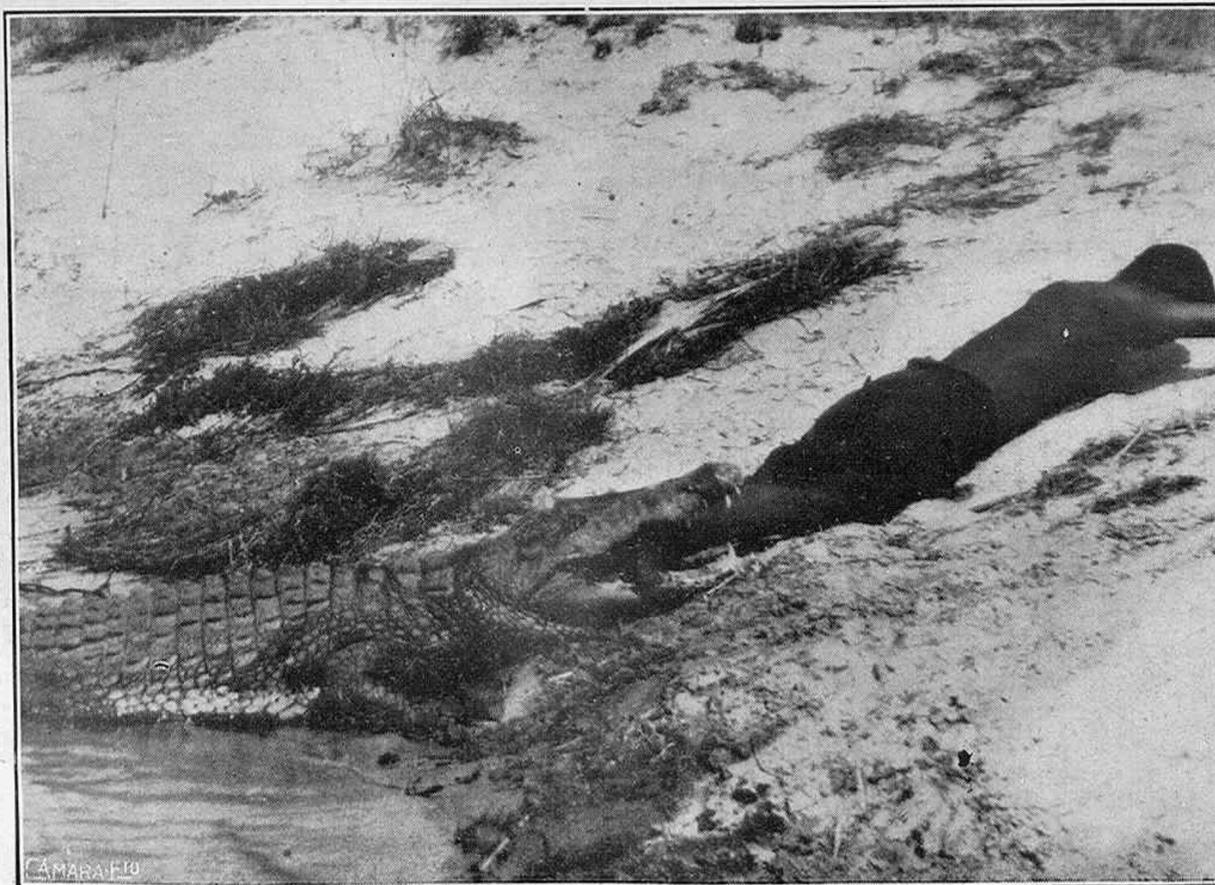
de la llegada de Jameson, todos aquellos territorios eran ya ingleses y se daba á la colonia el nombre oficial de Rodesia.

Aquella conquista sólo costó á Inglaterra 124 vidas.

Más tarde, durante la guerra del Transvaal, los *matabeles* se alzaron de nuevo contra Inglaterra; pero inútilmente.

Sería muy larga la enumeración total de aquellas razas y de aquellos pueblos cuyas costumbres hemos relatado parcialmente muchas veces, y de las que hoy damos nuevos informes gráficos; pero entre todos esos pueblos son perfectamente típicos los cafres, los bosquimanos y los *matabeles* á que hoy nos referimos.

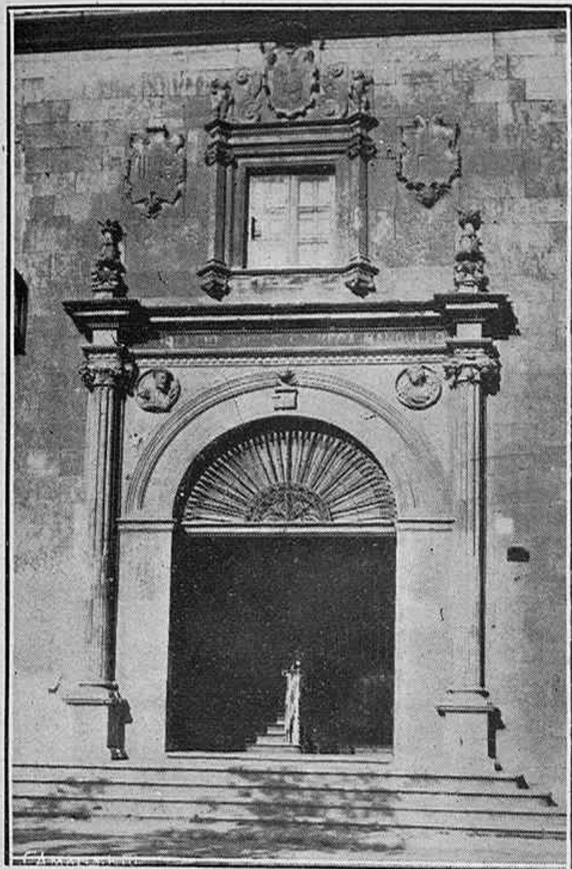
El pasado y el porvenir de esas razas constituyen admirables capítulos de la historia del hombre. Su presente sirve para darnos idea de cómo vivió el hombre primitivo.



Un cocodrilo atacando á un indígena dormido á la orilla del Zambesee (Rodesia del Sur) (Fots. Vidal)

SALAMANCA

EL PALACIO DE LOS GARCIGRANDES

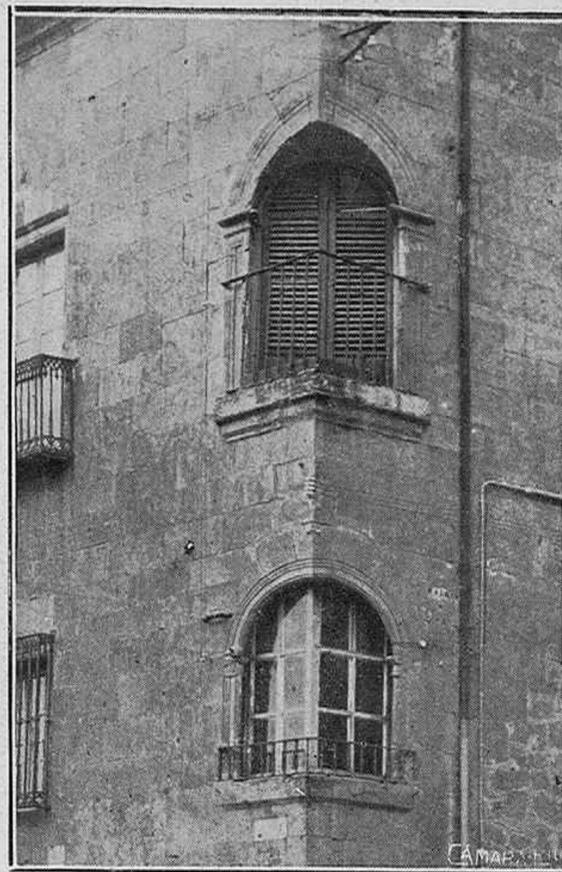


Portada principal del palacio de los Garcigrandes, que mira á la Plazuela de los Bandos

CUENTA Bell en su preciosa monografía sobre la historia del Renacimiento español, que cuando el Padre Francisco Vitoria explica sus lecciones de derecho de gentes en la Escuela, y Fray Luis de León profesa de agustino y acude á las aulas en los primeros cursos, se inicia el arte plateresco en la roja ciudad del Tormes. Se labran entonces las fachadas de *Sancti Spiritus*, de San Esteban y de la Catedral nueva; acaban de decorar Monterrey y se construye esta casa de los García Grandes, llamada después de los Garcigrandes por haberla adquirido los Espinosas, que llevan aún en nuestros días el vizcondado de este nombre, en plena calle de Zamora, á la vera del corazón de la ciudad. Esta preciosa casa plateresca, con sus escudos, sus ventanuales, su portal y sus graciosos medallones, coge ya á Salamanca en pleno Renacimiento. Sería curioso estudiar, siguiendo las indicaciones del notable investigador de la vida y obras de Fray Luis de León, estudiar si en Salamanca fué el cuadro antes que el marco ó éste primero que aquél. Se plantearía así el curioso problema de si el ambiente de la Escuela forjó el de la urbe, ó el de la urbe el de su estudio. Posiblemente, las dos transformaciones son coetáneas y paralelas, y obedecen al mismo ritmo espiritual de las gentes. El precioso balcón esquinado de este palacio y la ventanita del plano inferior, situadas en el lienzo lateral, hoy profanado por canalones y palomillas, sus hermanos gemelos de

otros huecos de casas contemporáneas. El gótico se va asalmantinando, hasta que asoma el plateresco en toda su pujanza. Y el plateresco es el comentario que hace la piedra, obediente y roja, á las inquietudes renacentistas de la ciudad. Solamente ante estos primores pueden escribirse la oda á Salinas sobre la música y las páginas admirables de *La perfecta casada*. Se adivina que, fatalmente, necesita de este escenario el agustino para forjar los jalones de su severidad espiritual.

Y hasta que estos palacios no se levantan por todos los barrios de la ciudad, hasta que no se termina el artesanado de Sancti-Spiritus, hasta que los dominicos—enemigos naturales en la Escuela de los agustinos—no acaban su solemne morada de San Esteban, hasta que los arquitectos y decoradores no dan fisonomía á las portadas de la Catedral y á los dragones y quimeras de las cornisas de Monterrey, Salamanca no sabe comenzar una vida intensa é inquieta en su estudio. Salamanca cuenta ya con diez mil escolares y toda la ciudad es una prolongación de su Academia. Estos palacios se construyen para que los habiten estudiantes ricos, seguidos de su corte de capigorriones hambrientos que tapan con sus capas cortas la parvedad y sotileza de sus vestidos y muestran en la cuchara del chapeo la necesidad de comer caliente antes de filosofar despacio. Y en Salamanca pudo el lazarillo engañar al ciego, hurtándole vino de la bota, tapando con holitas de cera los remiendos de la bota. De un lugar cercano á Salamanca hace proceder Cervantes á Cortadillo, rey de la tahurería y príncipe del robo y de la martingala. La Escuela es también refugio de la picaresca, y sus estatutos son tan democráticos y tan tolerantes, que todo el mundo tiene derecho á penetrar en las aulas, á contender con los maestros y hasta á fingirse escolar, oficio que tiene más privilegios que obligaciones. El que sabe tañer una vihuela ó soplar en una gaita zamorana, instrumentos que tanto temía aquella tía fingida de la donosa Esperancita, no necesita de otras habilidades para justificar su oficio. Estas casas grandes, como los Colegios, como los Conventos, habitados también por estudiantes de mejor condición, sin su cocina al aire libre en los días inciertos. No se consume más carne que la de carnero en la ciudad, y las truchas del Tormes y las Jubias de Arévalo, y no digamos nada de las famosas empanadas del figón ó tasca del Humilladero son manjar reservado para los titulares de los Colegios Mayores y para los hijos de los magnates. El sol de Salamanca, que dora

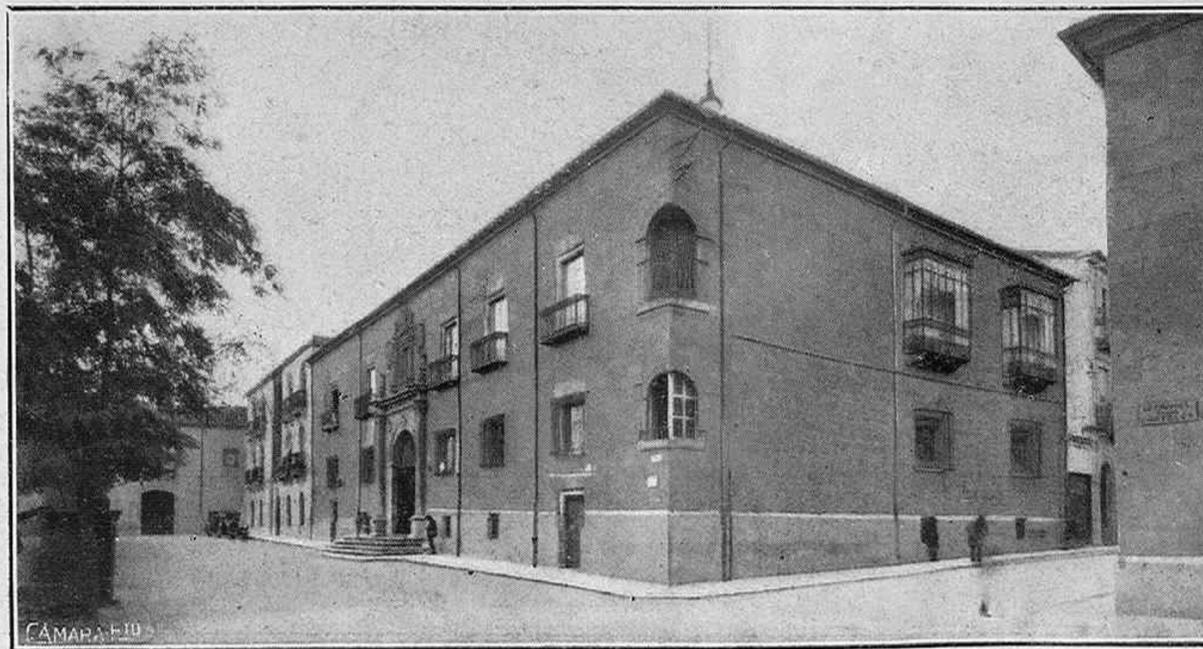


Balcón y ventana, esquinados, del palacio de los Garcigrandes

y enrojece la piedra de la casa de los Garcigrandes, es el mejor remedio para tantos males. Muchas veces es una mujer, la que por oír en buen romance una sátira de Marcial ó un canto suave del cisne de Mantua, socorre al necesitado.

La casa de los Garcigrandes aparece en Salamanca cuando su Estudio vierte su espíritu renacentista é inquieto por toda la ciudad. Se alza en una preciosa plazuela salmantinísima y traza las elegancias platerescas al barrio de los labradores y forzados de la tierra. Este palacio, como casi todos sus hermanos, se ha ido plagando de mal humor á las necesidades de los tiempos. Abandonado de sus dueños, fué casa de banca y hoy sirve de abrigo á varios vecinos á la vez. Pero no ha logrado perder su prestancia y su alegría y desde la mañana á la noche recibe los besos y las caricias del sol, que lo ha dorado y enrojecido. Caminando hacia el centro de la ciudad, hacia la Plaza, súmanse ya la zona barroca y churrigueresca de la ciudad, que tiene también su encanto. En la ciudad del Tormes, los arquitectos de las postrimerías del siglo XVII y del siglo XVIII no saben estar ociosos, y sus labores detallistas, cargadas y opulentas, conciertan con el tono burlesco de don Diego de Torres Villarroel, y con las trovas artificiales de los Arcades bobos que debaten en el zaguán endiablados diálogos de amor libresco y de galantería forzada con sus Cloris fingidas y sus Batilos no menos fingidos y engañosos.

José
SANCHEZ ROJAS

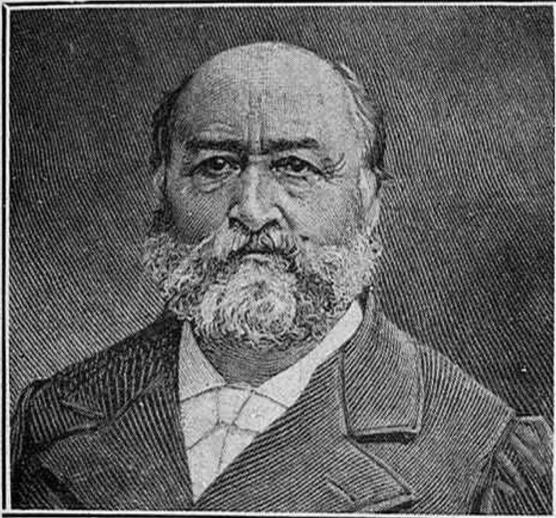


Palacio de los vizcondes de Garcigrandes, en Salamanca (hoy casa de los hijos de Rodríguez Vega)

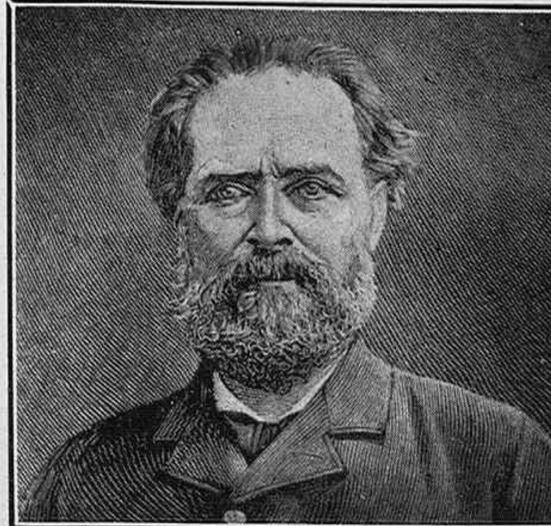
UNA BELLEZA BUROCRÁTICA



La señorita Rosa María Colomo, bella mecanógrafa mejicana empleada en una conferencia internacional en Londres y única que ha sido capaz en estos tiempos de psitacosis al loro, que acompaña en sus viajes al secretario de Estado Mr. Stimson



ELIAS RECLUS



ELISEO RECLUS



ONESIMO RECLUS

No ha sido acogida cordialmente en la Prensa francesa y en los centros intelectuales ó Sociedades sabias de París la iniciativa expuesta por *Les Nouvelles Littéraires*, pidiendo que se celebrara el 15 de Marzo el centenario del nacimiento de Eliseo Reclus. Es curioso este hecho y digno de estudio, porque revela un aspecto del estado de conciencia de las minorías cultas, que se atribuyen á sí mismas la categoría social de una superioridad intelectual.

Pocos nombres entre las legiones de franceses que lograron fama mundial en el pasado siglo se conservan tan íntegramente en el conocimiento y en la admiración de las generaciones actuales como el de Eliseo Reclus. Se va borrando y olvidando, precisamente, lo que había en su personalidad y en su vida de discutible y de abominable, para los criterios conservadores ó moderados. Perdura ese monumento de saber, de paciente investigación, de ordenación admirable, de selección juiciosa, que llega á los lindes de la adivinación, titulado *Nueva Geografía Universal*, cuya construcción, empezada en 1875, consume casi la vida entera de Eliseo.

En Francia misma se decía que el francés era un señor condecorado que no sabía geografía. Eliseo Reclus, con su obra clara, amena, incitadora, transforma á Francia; le despierta la curiosidad de los estudios geográficos; aviva el afán de competir con Inglaterra, que estudiaba geografía y se estaba haciendo dueña del mundo. A partir de esta fecha, todos los exploradores y viajeros, capitanes y diplomáticos que van formando el espléndido imperio colonial que hoy posee Francia, fueron previamente lectores de Eliseo Reclus, y leyendo á Reclus concibieron las osadas empresas de unir al dominio de Francia estas dilatadas tierras que se llaman Madagascar, Cambodge, Laos, Alto Volta y África occidental francesa...



ARMANDO RECLUS

¿Cómo no proclamar la gloria de este hombre y la de sus hermanos Elías y Onesimo, que le ayudan en sus estudios geográficos y los completan? ¿Cómo no unir en esta evocación á los otros dos hermanos, Armando, el marino, y Pablo, el cirujano, con tan gran talento, con tan singular carácter, con tan denodado temple como los geógrafos? Acaso en esta realidad esté el desafecto con que se ha mirado la iniciativa del centenario.

Los Reclus constituían una familia de admirables locos. Hijos de un pastor protestante, místico visionario, fervoroso practicante del culto, catequista infatigable y de una maestra de enseñanza superior, que preparaba jóvenes para exámenes de bachillerato y pedagogía, estos niños aprendieron en su hogar la laboriosidad afanosa, la curiosidad de saber, el amor al estudio; todo menos la fe religiosa y el acatamiento de la tradición.

Criados en el país vasco, cerca de la frontera de España, en Orthez, pueblo situado entre Pau y Bayona, estos niños revelaron desde sus primeros años un espíritu indómito y un afán de propia personalidad, característicos de aquella raza. Su incredulidad, su revolucionarismo amargó la existencia del pastor protestante y de la maestra, tan tozudamente ortodoxos. El cisma desperdigó la nidada bien pronto y lanzó á los chiquillos Reclus á la lucha de la vida.

Elías se declaró librepensador y socialista; Eliseo, ateo y anarquista. Los demás fluctuaron entre ambas lindes de la deliciosa tierra de Acracia. Eliseo siguió la carrera de ingeniero brillantemente en la Escuela Central, de París. Elías publicó un libro titulado *Los primitivos*, en el que asegura é intenta probar que la civilización de los pueblos que llamamos salvajes es superior á la nuestra. A pesar de sus doctrinas, al estallar la guerra con Alemania cuatro de los hermanos se incorporaron á la guardia nacional y prestaron servicio, hasta que, hundido el imperio, surgió el grito airado de la Commune. Y Elías y Eliseo contribuyeron al triunfo efímero. Nombrados directores de la Biblioteca Nacional, salvaron sus tesoros durante las horas enloquecedoras de los incendios. Elías pudo escaparse; Eliseo, aprehendido, fué condenado por el Consejo de guerra de Versalles á deportación perpetua. Entre tanto, Armando, oficial de Marina, fué sorprendido por los alemanes haciendo unos sondeos, y condenado también á una grave pena. El menor, Pablo, fué desde muy joven uno de los mejores operadores que ha tenido Francia. Maestro en la Escuela de Medicina, de París, edificaba á sus alumnos, no sólo con la seguridad genial de su bisturí y con su saber, sino con la unción religiosa que ponía en el cuidado de los enfermos. Le dolía el dolor ajeno, y cuando se rendía ante un mal incurable, lloraba como un niño.

Trabajando, llegaron á reconstituir sus hogares, y, amnistiados, se encontraron de nuevo reunidos en París. Eliseo tenía dos hijas muy

agraciadas, estudiosas é inteligentes, que le ayudaban en su labor. Un día fueron á visitar al geógrafo dos alumnos de la Escuela Politécnica. Conocieron á las muchachas y departieron con ellas unas horas. Eliseo las invitó á acompañarle en su cena frugal de vegetariano impenitente. Alzados los manteles, una de las muchachas dijo:

—Padre: mi hermana y yo creemos en las palabras que nos han dicho estos hombres.

Y Eliseo replicó:

—Casaos, si les tenéis amor Sed felices. Podéis retiraros.

Es este mismo niño ingenuo, que, según ha referido León Treich, llegó un día desconsolado á casa del doctor Nyssens, sollozando: «Mi mujer me ha engañado!» Y como, al consolarle su amigo fraternal, pusiera en duda la traición, Eliseo insistió:

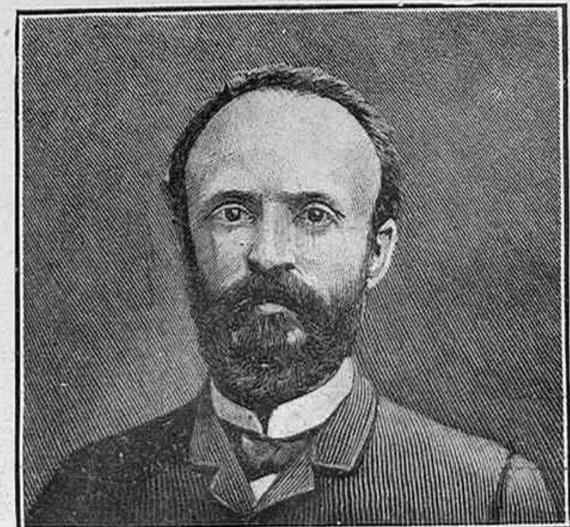
—Me engaña inicualemente... ¡La he sorprendido esta mañana vertiendo jugo de carne en las espinacas!

¡Pobre soñador de quimeras! En 1893, iniciada ya la campaña terrorista, Vaillant arroja una bomba en la Cámara de Diputados... Y Eliseo, acusado de complicidad en el atentado, no niega sus relaciones con los anarquistas militantes ni abjura de su fe en el acratismo. Y va á la cárcel. Y en su calabozo, privado de libros, que eran su única pasión, su único entretenimiento, cura el aburrimiento de las horas lentas, canturreando la letrilla libertaria:

*«Dansons la Ravachole,
vive le son, vive le son.
Dansons la Ravachole,
vive le son
de l'explosion!»*

¿Por qué no rendir homenaje á estos locos admirables de la familia Reclus?

MINIMO ESPAÑOL



PABLO RECLUS



Una escuela de política para señoras. A ella asisten en la actualidad veintiocho alumnas, esposas de miembros del Parlamento

ERA muy lógico que desde el momento en que la mujer comenzó a luchar por su independencia social y económica sintiera la necesidad de conseguir, como premura in-

dispensable para mayores empeños, la independencia política que forzosamente había de cimentarse en el reconocimiento de la personalidad femenina como derechohabiente en los

negocios públicos. El sufragismo tuvo, como todas las grandes ideas, su período heroico y sus mártires, que ahora comienzan a lograr, como compensación de aquellos sacrificios y molestias, la glorificación, desgraciadamente *post mortem* muchas veces.

Leader del movimiento en Inglaterra, y de allí partió para conquistar el mundo femenino la idea de la mujer votante, fué miss Emmeline Pankurst, una mujer decidida y resuelta que capitaneó diversos movimientos revolucionarios femeninos en las calles de la gran metrópoli inglesa, hizo

su nombre universal, fué perseguida y encarcelada más de una vez y tuvo también la iniciativa de la huelga del hambre en la prisión.

Miss Pankurst murió sin ver el triunfo defini-



Un grupo de mujeres japonesas votando en uno de los Congresos que frecuentemente celebran



Las sufragistas japonesas en una de las visitas que han hecho a los prohombres de su país



MISS EMMELINE PANKURST

tivo de sus ideas; pero pudo ya sentir la satisfacción íntima de ver su idea en marcha y aceptada en muchos países. Emmeline Pankurst no llegó a ministro; pero lo fueron, gracias a ella y a sus intrépidas coreligionarias de primera hora, otras mujeres inflamadas por el mismo entusiasmo feminista.

Ahora las mujeres inglesas, cada día más entusiasmadas del voto femenino, han querido demostrar su gratitud a miss Pankurst y han hecho alzar en los jardines de Victoria Tower, muy cerca del Parlamento inglés, un monumento a la famosa heroína y mártir del sufragismo.

La estatua, muy característica y alzada sobre un pedestal modesto que el día de la fiesta inaugural fué cubierto de flores y banderas, figura a Emmeline pronunciando un discurso.

Ante ella, cuando la estatua fué descubierta, había una enorme multitud, en que naturalmente predominaban las mujeres, que parecía escuchar a su redentora.

Ante el monumento desfilaron después millares de sufragistas, llevando algunas las banderas de sus organizaciones.

El desfile sirvió, entre otras cosas, para convencer a los hombres que se refugiaban como en el último baluarte para defender su hegemonía, en un concepto completamente equivocado del tipo «sufragista», de que hay muchísimas mujeres, jóvenes y bellas, que aspiran a la personalidad política y de que tampoco es de rigor ni mucho menos, y aún parece mejor una prueba de mal gusto, demostrar el entusiasmo político mediante una indumentaria descuidada y quizás un poco hombruna.

Nadie puede pensar, en estos tiempos, que la sufragista sea un marimacho ni un monstruo andrógino, arisco é intratable. Ser bonita, vestir bien y aspirar al voto, son cosas completamente compatibles, y en los homenajes rendidos ahora a Emmeline Pankurst ha quedado en evidencia una vez más.

Además, actualmente las mujeres que aspiran a intervenir en la vida pública, alzándose sobre la base de una cultura general muy amplia, comienzan a prepararse especialmente para esa misión y hay ya escuelas de «políticas», puede decirse que cuando no las hay aún de políticos, y no faltan hombres, aparentemente sensatos, que piensen en la eficacia para gobernar de la preparación y el buen éxito en otra disciplina, por extraña que sea la gobernación de los Estados.

A una escuela de ese género, en el Bonar Law College (Berkhanstead) asisten actualmente veintiocho señoritas, esposas de miembros del Parla-



Emmeline Pankurst en el momento de ser detenida, cuando al frente de una manifestación femenina se dirigía al Buckingham Palace para entregar un mensaje al Rey



Inauguración del monumento a miss Pankurst, en un jardín próximo al Palacio del Parlamento, en Londres

mento, que tienen también organizaciones políticas y se preparan mediante un curso especial para realizarlos.

Las alumnas, verdaderamente selectas, de esa escuela, siguen muy atentamente las explicaciones de sus profesores:

Donde el movimiento sufragista actúa ahora con máxima intensidad es en el Japón, tan dócilmente seguidor de las ideas inglesas y de máxima actividad política en los momentos actuales.

Las sufragistas inglesas han hecho recientemente una campaña en que han tratado de convertir a sus ideas a los hombres más influyentes en la política del país.

También las japonesas procuran especializarse para el ejercicio de la política y frecuentemente celebran consejos, en que discuten los más interesantes temas y en que, al par, se acostumbra rápida y fácilmente a las costumbres parlamentarias.

En nuestro país las mujeres han luchado menos por lograr los derechos políticos que por conseguir la independencia económica, base de la social.

Tampoco han necesitado hacerlo para llegar si no al Parlamento, a su imitación, y en la Asamblea Nacional figuraron distinguidos representantes del sexo femenino, muchos de ellos dignos de mejor empleo.

DOROTEA

(Fots. Agencia Gráfica)

Elegancias

Los cambios sensacionales en la moda, así como las discusiones apasionadas que éstos han suscitado, han ofrecido un interés jamás igualado a los futuros trajes de entre-tiempo.

Los vestidos de tarde son los que mayor transformación han sufrido, pues de repente se convierten en largos y amplios como los de noche.

También los trajes para el paseo ó la calle, simple-



Lindo vestido de noche en «crêpe» de China y tul de seda color azul pálido

mente, han sufrido un cambio brusco en su aspecto general; en el talle, en el busto y en las caderas, y no digamos en la largura, pues de las corvas casi ha bajado la falda hasta poco más arriba del tobillo.

El contorno se acusa mucho en la nueva silueta, y para ello el corsé y el sostén han de sujetar perfectamente las carnes á fin de que la línea se mantenga impecable bajo los sutiles tejidos de la primavera.



Vestido de seda estampada en colores azules y grises



Vestido de «crêpe marocain» verde oscuro, con amplia chaqueta hasta la rodilla



Cuatro modelos creados por Mado, todos en pajas finas, con adornos de cintas de seda

Los creadores de esas prendas no descansan buscando sin cesar nuevos modelos encaminados á conseguir la máxima perfección.

La moda actual tiene, entre otros muchos inconvenientes, el de oprimir dolorosamente el cuerpo, pues las mujeres, en su afán de conseguir una línea, llena de perfecciones, no dudarán de someterse á las torturas de un corsé rígido y un sostén opresor que las mortifique, como ocurría antaño.

Los modistos quieren inducir á las mujeres á que acepten esta moda, aten-

dículos artefactos que siempre fueron la mofa de las modernas generaciones.

La falda larga no debe dar motivo á cambios tan bruscos en los accesorios y detalles complementarios de nuestra vestimenta; buscar ideas nuevas es el lema de todo creador. Si tan exhaustos se hallan sus cerebros que no las encuentran, dejen las cosas como están; porque la mujer no querrá nuevas orientaciones que la haga ceder en belleza y en juventud.

ANGELITA NARDI



Linda cabellera rizada según la moda actual



Vestido de noche en «crêpe satin» gris perla, con el cuerpo completamente ceñido al busto



Vestido de noche en «crêpe georgette» color malva, con un adorno de flores de seda en la cintura

diendo sólo á su lucro, pues temen al peligro de la moda demasiado sencilla, que tan fácil resulta de copiar, y aspiran al «gran modelo», lujoso y complicado.

Sabido es que la moda es un lujo y que ésta se acepta siempre con satisfacción, por la deleitosa vanidad que nos ofrece; pero no es razonable que desaparezca ahora este régimen de sencillez que imperaba y que volvamos á la falda larga, y con ella á los mitones, á las medias de seda negra ó blanca, al peinado de moño ó de tirabuzones y á la sombrilla y el paraguas alto, antiestéticos é incómodos. No, no es tolerable que se desfunden del olvidado rincón de los recuerdos los ri-

JANSEN

DÉCORATION
ANTIQUITÉS

PARIS:
6 et 9, RUE ROYALE

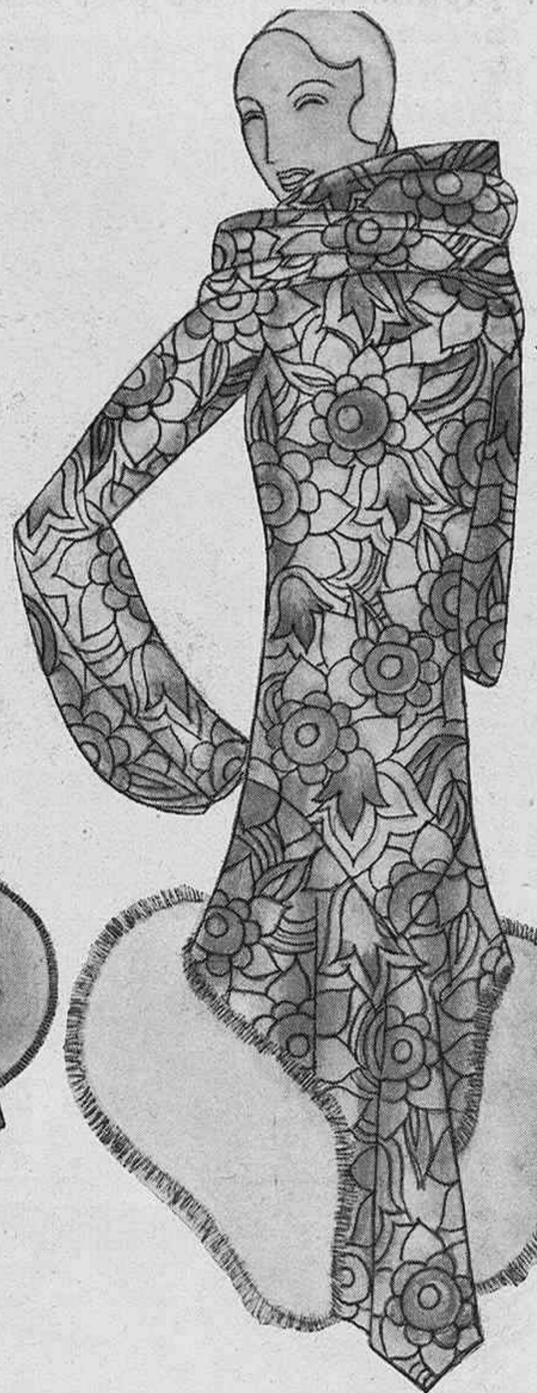
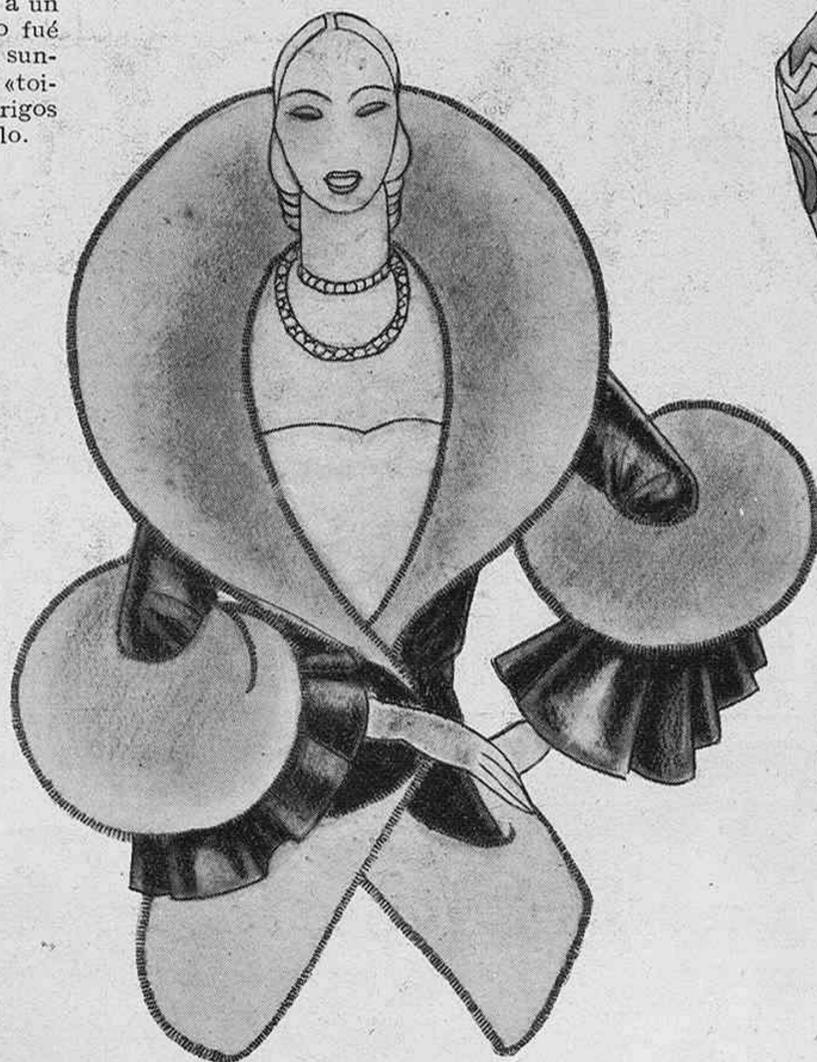
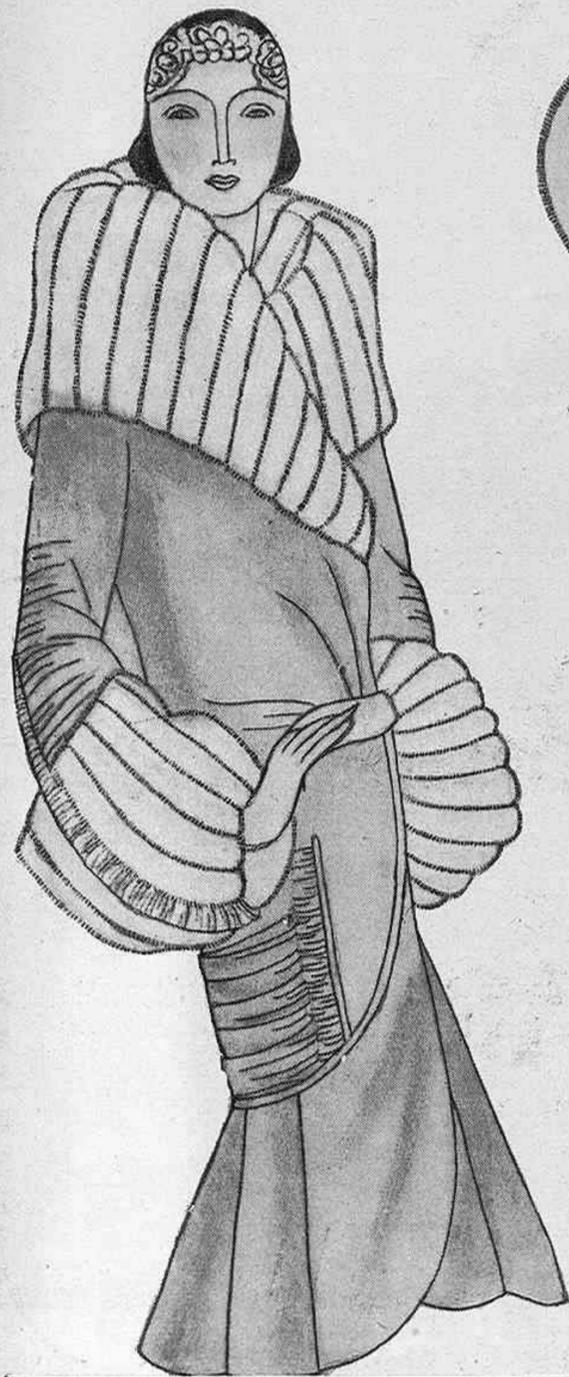
Exposición de Barcelona 1929

GRAN PREMIO

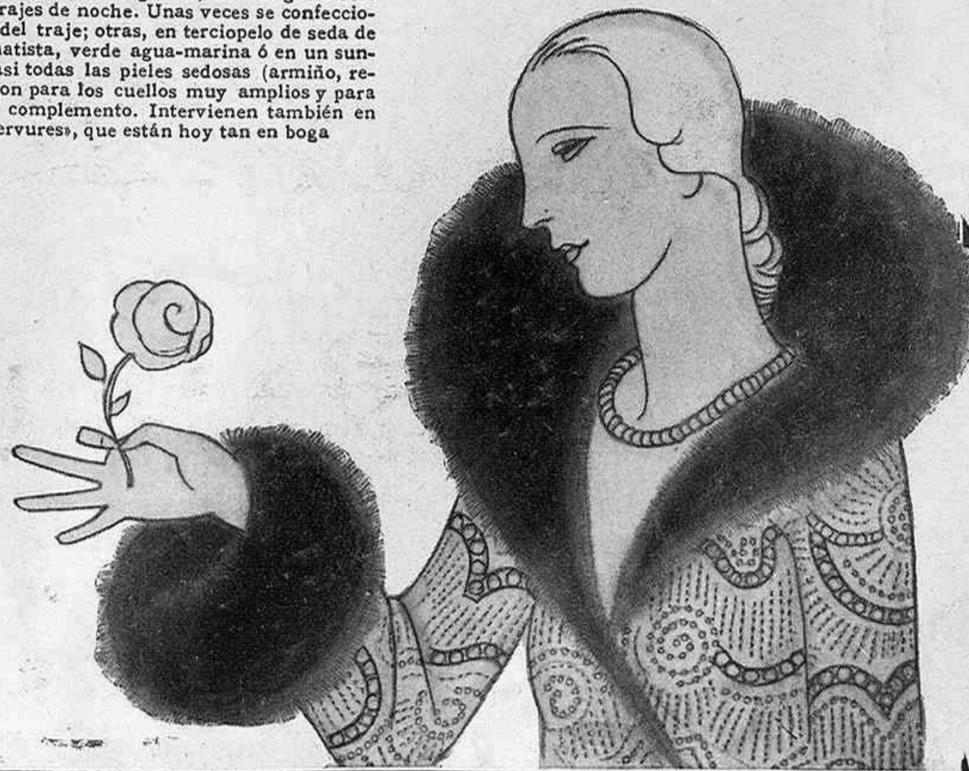
En las «toilettes» de noche están hoy en boga los elegantes abrigos cortos

A lo largo de las horas del día, el traje es práctico, sencillo; apenas hay en él, por la mañana, por la tarde, sino una elegancia precisa, indispensable, supeditada a lo que requiere el valor práctico de los afanes de la jornada. Pero, esa sencillez, ese valor utilitario de los trajes, va transformándose a medida que las horas avanzan. El máximo de la sencillez está en los trajes matinales, trajes deportivos, trajes caseros. Luego, por la tarde, el traje, aun dentro de esa simplicidad, está más adornado. Adorno que, por la noche, en esos trajes que son gala é ilusión de la mujer, logra su máxima belleza.

¡Traje de la noche, traje aguardado ilusionadamente durante las horas del día! Quedó a un lado todo carácter de utilidad, y el modelo fué ya, exclusivamente, elegancia, refinamiento, suntuosidad. Dos características hay en las «toilettes» de noche actuales: trajes largos y abrigos cortos. El contraste es verdaderamente bello.



He aquí varios modelos, verdaderamente elegantes, de abrigos cortos para complementar los largos trajes de noche. Unas veces se confeccionan con material idéntico al del traje; otras, en terciopelo de seda de tono oscuro, rojo geráneo, amatista, verde agua-marina ó en un suntuoso «lamé» de oro ó plata. Casi todas las pieles sedosas (armiño, renard, lince, cibelina, cisne...) son para los cuellos muy amplios y para las guarniciones que van como complemento. Intervienen también en estos cortos abrigos las «nervures», que están hoy tan en boga



La producción instantánea del hielo artificial

IMPROVISAR un patinadero en pocos minutos, aun en pleno rigor del verano, cubriendo cualquier superficie lisa de una gruesa capa de hielo propicia al *skating*, es el ideal de los aficionados á ese atractivo deporte. Ello acaba de ser realizado por el ingeniero industrial Gurth, de Berlín. Su procedimiento no exige la menor instalación frigorífica. Basta extender unos cuantos litros de cierta sustancia química en el lugar elegido como pista y regar luego el suelo con agua tomada de un pozo ó una fuente, para que en el breve espacio de un cuarto de hora se congele la mezcla, con la bastante consistencia para el *skating*, y con una duración de tres ó cuatro horas. Nuestra fotografía muestra al inventor del sistema, haciendo una demostración práctica en un hotel de Berlín.



La ciencia explica

y la experiencia de muchos años confirma el alto valor de este remedio garantizado por la Cruz Bayer. Con dos tabletas se quitan los dolores de cabeza, muelas y oído, se cortan los resfriados o ataques gripales y se alivian las molestias particulares de la mujer.

Levantán las fuerzas sin atacar el corazón ni los riñones y no causan sueño.

¡Desconfiad de las tabletas sueltas!

CAFIASPIRINA

